
COLÓN –AMÉRICA-MEDELLÍN

MANUEL URIBE A.

12 de octubre de 1892

Dedica este trabajo
A sus amigos los doctores

NICOLÁS F. VILLA
Y
LUIS EDUARDO VILLEGAS

1892

COLÓN

Hay una historia que se halla escrita en gran porción de libros; historia conocida por todas las naciones de la tierra, narrada con exquisito gusto por muchos autores ilustres, repetida á cada momento por boca de numerosas gentes, enseñada en las escuelas y tan universalmente esparcida, que es ya del dominio del vulgo. Esa historia encierra en sí filosofía tan profunda, rica, poderosa y sublime; está llena de episodios tan interesantes; es tan instructiva para ser sabida, tan útil para ser conservada en la memoria, y, sobre todo, tan importante por su valor real, que nunca deberemos fatigarnos de su estudio y su meditación. La leyenda á que me refiero es la historia de Cristóbal Colón, descubridor de América.

Bosquejaré esa vida, porque pienso que de su examen puede salir bastante luz para llevarnos al conocimiento del carácter moderno del mundo.

Lejos de mí la pretensión de pintar un cuadro cuyos vivos y bien distribuidos colores se encuentren en perfecta armonía con la magnificencia del asunto. Estoy íntimamente persuadido de que mi aliento de escritor no alcanza para tanto, y por eso referiré la cosa tál como la he aprendido en mis lecturas, sin lujo y sin frases pomposas. Todo irá desnudo, simple y sencillo, como si se tratara de referir al amor del hogar una historia cualquiera, para solaz de la familia. Acaso el asunto contenga en sí mismo savia tan opulenta é interés tan natural y feliz, que su sola mención, sin artificio alguno, ofrezca un poco de poesía y frise en ocasiones con la epopeya.

Ciertamente, la carrera de Colón, prescindiendo de los sucesos subalternos y de las singulares aventuras de su existencia, abarca en sí un hecho culminante, de colosal grandeza: el hallazgo meditado de un mundo. Hay en esta materia, si el entusiasmo no ofusca á mi inteligencia, algo semejante a una jornada del Génesis; porque la obra del genovés parece una como segunda creación; “Dios dijo; que la luz sea, y la luz fue”, y Colón dijo: “descúbrase un nuevo mundo”, y ese nuevo mundo surgió del seno de los mares. Disimúleseme este atrevido símil que equipara la obra y el espíritu de la criatura, con la obra y con el espíritu

de Dios, y no se entienda lo dicho sino como el justo homenaje tributado al genio, cuando es movido en su destino por la mano benéfica del Omnipotente.

Es cosa bastante particular, y sin embargo exacta, el que no se conozca á punto fijo en qué lugar nació Cristóbal Colón, Rosselly de Lorgues, Belloro, Isnardi Napione y Cancellieri opinan alternativamente que el descubridor de América nació en Savona, en Cogoleto y en Cuccaro. En estos últimos años, Casanova sostiene ser Calvi, en la Isla de Córcega, la verdadera patria de Colón. Hoy se considera resuelto el pleito y bien demostrado que nuestro inmortal navegante fue hijo de Savona, si bien es cierto que D. Juan de Castellanos dice haber sido Nervi la verdadera cuna del héroe y que fue allí donde vio la luz primera en el año de 1436. Su padre se llamaba Domingo Colón, y su madre Susana Fontanarrosa, cardadores de lana. Tuvo dos hermanos, Bartolomé y Diego, y una hermana que murió pobre y oscura, casada con Diego Balbacello.

Hizo Colón sus primeros estudios, debido á la protección de un tío, en la Universidad de Pavía, donde manifestó desde temprano dotes intelectuales y notable preferente aplicación al estudio de la matemática, en que llegó á ser versadísimo para los tiempos que corrían.

Créese que su familia mostraba gran deseo de que se dedicase a la carrera del foro; pero la vocación triunfó, y las ciencias exactas, que debían ser el pedestal de su grandeza, absorbieron toda su atención. Es probable que en medio de su labor constante, no descuidase la bella literatura, porque los documentos que de él han sobrevivido revelan buen gusto y erudición.

Aunque dado á ciencias exactas el joven genovés, su organización delicada y sensible, lo arrastraba, como por magia, á toda empresa maravillosa, de peligros y aventuras.

A los catorce años de edad se dio Colón á la vida precaria y conmovedora de los mares. Su primer viaje de importancia se efectuó en 1459, haciendo parte de una expedición montada en Génova por Juan de Anjon, duque de Calabria, con el fin de recuperar á Nápoles para su padre René, duque de Provenza.

Algunos historiadores lo mencionan como si hubiera estado al servicio de Luis XI de Francia, mandando algunos buques genoveses de 1474. Esto es por lo menos improbable. De otra parte se sabe que Colón llegó á Lisboa en 1470, después de un combate naval entre genoveses y venecianos, habido cerca de la

costa de Portugal. Colón, en medio de la refriega, cayó al agua, y á favor de un remo nadó y ganó tierra. De allí se trasladó á Lisboa, en donde conoció á Da. Felipa Moñiz, hija de un italiano, famoso marino, con la cual casó, y de la cual tuvo, viviendo en Porto-Santo, á su hijo Diego.

En el intervalo comprendido desde su primer viaje como marino, hasta la época que he fijado como de su apareamiento en Portugal, el inquieto italiano recorrió toda la escala de su futura profesión, yá en excursiones de cabotaje, yá en expediciones de dilatado curso, y casi siempre en la marina mercante. El Adriático y el Mediterráneo al principio, y más tarde el Atlántico hasta Madera y Canarias, ocuparon sus primeros trabajos y fueron teatros alternativos de sus brillantes y sostenidos estudios.

Algunos atribuyen el origen de la primera idea que tuvo el genovés respecto á la existencia de tierras situadas muy lejos, al occidente el viejo mundo, á relación que le hizo alonso Sánchez de Huelva en las Canarias. Según el decir de algunos, Sánchez le refirió que al navegar al occidente de la Isla de Madera, recio viento, al que no pudo contrarrestar, lo empujó mar adentro hasta dar en una isla, de la cual regresó penosamente y con pérdida de la mayor parte de sus compañeros. Este relato, que algunos autores respetables mencionan, y que otros igualmente distinguidos pasan en silencio, que unos aceptan y otros rechazan me parece, ya que nó imposible, inverosímil, porque antes de la fecha á que ese asunto atañe, parece que el italiano hablaba de la atrevida pretensión que tenía de llegar á las Indias, navegando hacia el ocaso. Cierta ó nó esta confidencia, nada quita á la gloria del descubridor, así como tampoco se amengua su inmortalidad por la circunstancia de que los escandinavos hubieran conocido el continente de América antes que él.

Durante todo este tiempo, la aplicación asidua á las observaciones náuticas, unida á práctica constante, le dieron pericia suprema en el Océano y lo colocaron en primera categoría entre los pilotos contemporáneos. En aquella vida sus relaciones fueron extensas, y el conocimiento diario de los sucesos de los navegantes contribuía en gran manera á dotarle de la vasta erudición que le hizo siempre familiares las operaciones de su oficio,. Por muerte de su suegro Bartolomé Moñiz de Perestrello, heredó Colón los apuntes y cartas de marcar trabajados con grande esmero y ciencia por aquel célebre piloto. Esto, el estudio prolijo que de tales documentos verificó, el conocimiento y trato frecuente con centenares de marinos portugueses y un viaje que, según se dice, hizo en Febrero de 1477, por el norte de Europa, hasta Islandia,

le dieron capacidad y brío suficientes para empujarle á la consecución de un intento declarado desde 1474, y que consistía en buscar un nuevo camino por el mar de Atlante para las Indias Orientales.

Antes de seguir en sus pormenores las operaciones ejecutadas por el descubridor de América, me ocuparé un momento en algunas generalidades conducentes á la mayor claridad de este trabajo.

A principios del año de 1492 los reyes católicos Fernando é Isabel, después de haber hecho surgir, como por encanto, la ciudad de Santa Fe, en las fértiles vegas del Genil, para estrechar el sitio de Granada, estaban á punto de celebrar la famosa capitulación que dio en tierra con los últimos restos de la dominación morisca en la península Ibérica.

En aquella sazón el espíritu de los descubrimientos marítimos, iniciados por el príncipe Enrique de Portugal, bullía en el cerebro de los reyes, de los pueblos y de los aventureros. Roma fue en un tiempo el emporio de todo el comercio de Oriente, y su codicia proverbial era el abismo en que se perdían las riquezas de todas sus lejanas colonias. Con la desmembración de su imperio, las ciudades italianas quedaron gozando, en escala más reducida, como señoras del monopolio, ventajas idénticas á las de la gran metrópoli. Las naciones europeas tributarias de Venecia, Génova y otros lugares, se encontraban de hecho como excluidas del beneficio de tan pingüe tráfico, España y Portugal, que tenían costas sobre el Atlántico, y que no veían al frente vecino alguno con quién ponerse en comunicación, ardían en deseos de llevar sus naves investigadoras á los dilatados y lejanos países que los pintaba risueños y llenos de maravilla su acalorada fantasía meridional.

La España, sin embargo, mal constituida todavía en su organización interior, y empeñada en una guerra formidable con los sarracenos, carecía, si no de vigor y de fuerza, si por lo menos de ocasión oportuna para entrar en la liza con esperanzas de triunfo.

Los portugueses, por el contrario, un poco más desocupados en el interior y con capitanes atrevidos é inteligentes, habían empezado ya, á brazo partido, la campaña y el combate.

La invención del astrolabio, aunque databa de la mitad de la decimatercera centuria, ó caso de un poco más atrás, no había sido aún aplicada con provecho á la navegación en largas distancias.

Los portugueses, pues, aprovechando las ventajas de la aguja imanada, habían llevado sus buques hasta el cabo Verde en la costa de África, durante el reinado del infante D. Enrique. Un poco más tarde, Bartolomé Díaz, bajo el de Juan II, descubrió el cabo de Buena Esperanza, cuyo nombre, bastante significativo, fue seguido inmediatamente por la realización de lo que prometía tal hallazgo, porque Vasco de Gama, después de doblarlo, llegó hasta las Indias orientales. En efecto, la ruta deseada para la comunicación con el mundo oriental estaba ya conseguida.

Los súbditos de Fernando é Isabel, aunque menos dados por entonces á las empresas marítimas, habían tomado posesión de las islas Canarias ó Afortunadas, cuya conquista, efectuada por Juan de Bethencourt, quedó completa en 1495 con el sometimiento absoluto de Tenerife.

La legislación española, con respecto á negocios comerciales, había sido bastante atendida por los monarcas, que siguieron en esto la senda trazada de antemano por Enrique III de Trastamara; mas á pesar de sus franquicias y su protección al tráfico de mar, puede decirse con seguridad, que las leyes sobre la materia carecían de la perfección deseable, cosa que en verdad encuentra su disculpa en la índole de la época y en la adolescencia en que estaba aquel ramo de civilización.

España y Portugal, en la arena de los descubrimientos, debieron hallar y hallaron efectivamente, algunas dificultades en cuanto al título de propiedad de sus respectivas posesiones; dificultades que, sin embargo, quedaron zanjadas por el texto preciso del tratado de 1479, sobre la guerra de sucesión. Dicho arreglo estatuyó que los españoles no podrían descubrir á lo largo de la costa africana para el sur, y que sus rivales no podrían hacerlo siguiendo el rumbo de Occidente por el mar Atlántico.

Una línea tirada de norte á sur en el sentido de un meridiano terrestre, y alejada cien leguas el occidente de las costas europeas y africanas, marcó el linde que debía separar en lo porvenir las exploraciones de nuevas tierras entre los dos estados. La parte extendida al oriente de dicha línea tocaba á

los portugueses, y la que se dilataba al ocaso á los españoles. El descubrimiento y conquista del Brasil, hecho posterior al tratado, se consideró como una falta, que también tuvo su arreglo oportuno.

Tras esta digresión, volvamos á las noticias biográficas.

A fines de 1484 desembarcó en el puerto de Palos de Moguer, en Andalucía, un extranjero que frisaba ya en los 50 años. Ese hombre se llamaba Cristóbal Colón y llevaba de la mano á un niño, que era su hijo Diego.

Después de abandonar la corte de Portugal y de haber solicitado, sin éxito favorable, la protección de Génova y Venecia, se dirigía á los reyes católicos, en busca de apoyo, para llevar á cabo la empresa extraordinaria que bullía en su cerebro hacía algunos años.

Como resultado de sus meditaciones y de sus estudios, como deducción natural de sus relaciones íntimas con viajeros ilustres, como consecuencia precisa de lo hecho y descubierto hasta entonces y, más que todo, como conclusión lógica de sus grandísimos conocimientos en la Geografía de la época y en la ciencia cosmográfica, Colón había llegado á una idea positiva que, arraigándose y tomando formas en su inteligencia, alcanzaba el grado de una convicción inquebrantable, de que viajando para el Oeste se llegaría á las costas orientales de la gran Tartaria.

El había leído con detención las relaciones maravillosas de Mandeville y Marco Polo, sobre los reinos misteriosos y florecientes, de Cipango y de Catay; sabía de memoria las poéticas profecías del Dante y de Pulci, y, más que todo, él mismo se sentía predestinado, á pesar del torrente de oposición vulgar que encontraba en su camino, á dar existencia material á lo que se consideraba como delirios de imaginación. La redondez de latiera era un hecho adquirido ya para la ciencia, y en tal virtud, las teorías del genovés eran precisas como una fórmula matemática.

Podía muy bien engañarse en cuanto á los pormenores de aquella sublime intuición; más en cuanto á la substancia de su intento el error era imposible.

Tengo dicho que heredó los papeles de su padre político, y agrego que por este medio reforzó las miras vastísimas de su genio. Hospitalario por carácter, mientras residió por algún tiempo en la isla de Madera y en Lisboa recibía con benevolencia á todos los marinos que solicitaban su ayuda. Esta circunstancia patentiza su noble condición y pone á las claras otra de sus numerosas fuentes de aprendizaje. El mismo era pobre y ganaba la vida levantando y vendiendo cartas de marcar.

Cuando la idea de descubrir un nuevo mundo hubo llegado á madurar en la mente del italiano, requirió, para ponerla en práctica, el apoyo de Juan II de Portugal; mas en lugar de concederlo, aquel monarca y sus indignos cortesanos pretendieron sacar subrepticamente para sí todo el provecho de empresa tan atrevida.

Uno de los lados más bellos en el carácter de Colón fue el altivo respeto con que guardó en toda circunstancia el decoro de su nombre. Así, pues, justamente ofendido con este primer desengaño, resolvió definitivamente llevar su solicitud a otras cortes.

En efecto, al propio tiempo en que él se embarcaba para Génova y Venecia, partía su hermano Bartolomé para Inglaterra, á gestionar el beneplácito de Enrique VII para la empresa. Las operaciones de este su hermano no dieron resultado que merezca conmemorarse por la Historia.

Después de haber hecho comprender rápidamente el estado general de las cosas en aquel período, volvamos á la relación de los sucesos más notables del grande hombre, desde su llegada á Palos.

A poca distancia de aquel puerto, está, sobre una colina, el convento franciscano de la Rábida, del cual era guardián, á la llegada de nuestro piloto, el padre fray Juan Pérez de Marchena.

A la portería del convento llegó a pedir abrigo y pan para su hijo, pequeñuelo aún, el por entonces desdichado y después ilustre aventurero. Quiso la suerte que fray Juan Pérez de Marchena, á la par que virtuoso sacerdote, fuese hombre de muchas letras y muy aficionado los estudios náuticos.

Por eso y porque Colón no era hombre cuyo porte pudiese pasar inadvertido, el guardián le recibió con caridad y agasajo, le hospedó, y entabló con él largas pláticas acerca de su oficio.

Con tal oportunidad, es muy fácil comprender que Colón la aprovecharía para manifestar á su benéfico huésped el caudal de sus muchos conocimientos. Dicen algunos historiadores, que el marino llevaba entonces traje de piloto. Su aspecto era noble, copiosa su palabra, y su natural facundia tenía por base la verdad, que es la más convincente de todas las elocuencias. Dijo al fraile que el Atlántico era seguro camino para llegar á las Indias, y que dar la vuelta al mundo era, según su opinión, asunto practicable, y unió á su discurso pormenores nuevos y sorprendentes para el sacerdote, quien, convencido al instante y cautivado por mérito extraordinario del viajero, mandó llamar á Garcí Fernández, su amigo, y á la sazón docto médico de Palos. Sobre éste cobró el italiano la misma influencia que ejercía yá sobre el guardián, y entonces, en aquella humilde junta, se resolvió que Colón fuese inmediatamente á Córdoba, donde la corte estaba reunida y trabajando en los aprestos para la toma de Granada, á exponer á los reyes su proyecto.

Las circunstancias no eran felices para conseguir éxito favorable; pero las profundas convicciones del genovés, la fe y entusiasmo de fray Juan Pérez y el sagaz consejo de Garcí Fernández dominaron, y el viaje se efectuó.

Fray Juan Pérez de Marchena había sido confesor, en otro tiempo, de la reina Doña Isabel la Católica, y era entonces amigo íntimo de Hernando Talavera, hombre importante en la privanza de los soberanos y confesor de la misma reina. Para este personaje llevó D. Cristóbal Colón una carta escrita por Pérez, que contenía fervorosa recomendación personal.

Hernando de Talavera era varón de esclarecidas virtudes. No carecía de instrucción; mas era instrucción conventual é intolerante, á uso de la época. Como no pensase que la novedad con que se presentaba su recomendado estuviera de acuerdo con la ortodoxia de sus doctrinas, ó como no tuviese en mucho la importancia del amigo que le escribía, ó por cualquiera otra causa, como la de pensar por el momento, de una manera algo exclusiva, en la mitra que divisaba en lontananza, lo cierto fue que recibió á Colón con frialdad y que no sólo no patrocinó jamás sus pretensiones sino que le hostilizó constantemente.

No podían ser peores los auspicios bajo los cuales se hallaba la solicitud del ambicioso genovés. Estaba escaso de dinero y se presentaba, si no como mendigo, sí por lo menos como en situación de penosa

estrechez. La tarea de buscar valedores era imposible por entonces; los reyes se ocupaban casi únicamente en el empeño de triunfar de los musulmanes; los clérigos miraban mal á nuestro héroe; los militares, por ignorancia, le despreciaban; los literatos no penetraban la profundidad de sus miras; y el vulgo ruin se mofaba de él y le tenía por loco.

Los soberanos, sin embargo, después de conocer su proyecto y de considerar su petición, le envolvieron en dilaciones, sin atreverse á darle negativa; pues aunque confiaban poco en la certeza de las ofertas del marino, el carácter astuto del rey y la penetración superior de la reina les obligaban á posponer de un modo indefinido la solución del asunto, porque aun cuando parecía inverosímil, no querían dejar escapar la más mínima circunstancia que pudiera redundar algún día en su provecho.

Disculpándose con las exigencias de la guerra comenzada, con la penuria del tesoro y con las urgencias de la situación, pero sin darle un nó claro, lo mantuvieron por mucho tiempo esperando en las antesalas, solicitando audiencias, recibiendo desengaños, padeciendo desprecios y vislumbrando esperanzas, todo alternativamente, hasta que una comisión nombrada para examinar su proyecto, informase sobre el valor y sobre la verdad de su contenido.

Convocados por el soberano los sabios más conspicuos del reino, se reunió una junta, en Córdoba según unos, en la Universidad de Salamanca según otros, á la cual fue sometido el proyecto de Colón. Los miembros de la asamblea, con raras excepciones, calificaron de quimérica la empresa. Algunos religiosos de San Esteban comprendieron, sin embargo, la exactitud de los razonamientos; pero sus opiniones y votos quedaron ahogados por la mayoría que sostuvo lo contrario. Esta junta ocurrió en el invierno de 1486.

Durante el curso de este año, el futuro descubridor de América vivió en Córdoba, como de limosna, en la casa de Alonso de Quintanilla, Secretario privado de la Reina Da. Isabel. Ya en esta época había el ilustre aventurero cortejado á Da. Beatriz Enríquez, dama de aquella ciudad, noble y de aventajados pensamientos.

Con el eficaz apoyo de esta señora, las conexiones del genovés se extendieron y mejoraron notablemente. Sus relaciones amorosas con la cordobesa se estrecharon en sumo grado, por el nacimiento de un hijo, que se llamó Fernando y que fue luego historiador de su padre.

Mucho se ha discutido y aun se discute hoy con seriedad sobre el carácter más ó menos legítimo de las relaciones del ilustre marino con Da. Beatriz Enríquez, sosteniendo unos que fue su legítima aunque oculta esposa, y otros, que nó.

Como no faltan partidarios actuales de la canonización del italiano, me contento con decir que, en mi humilde opinión, á D. Cristóbal le falta mucho para ser santo en conformidad con las prescripciones de la Iglesia católica, y le sobra algo para ser inmortal ante la historia del mundo. Que el personaje tuvo sus flaquezas, cosa es sabida y fácil de probar, no tanto por lo que se dice acerca de sus amores con la dama mencionada, cuanto por su conducta cruel y sanguinaria con los pobres indios de la isla de Santo Domingo.

La amistad con Quintanilla le procuró el afecto de la marquesa de Moya, llamada “la latina”, camarera de la reina y dueña de grandes influencia sobre el espíritu de la soberana. Se ligó también con amistad estrecha á Luis de Santángel, y al duque de Medinaceli, de quienes recibió protección.

Desde la primera junta convocada para juzgar la empresa de Colón, hasta el año de 1490, en que se reunió otro congreso científico, convocado con el mismo intento y provocado por sus amigos, pero seguido de iguales malos resultados, la existencia de aquel hombre predestinado fue varia.

Viviendo en ocasiones de la munificencia de sus protectores; recibiendo de vez en cuando la pensión asignada para sus gastos por los monarcas; siguiendo por temporadas las marcha de los ejércitos que lidiaban contra los moros; estableciendo transitoriamente su residencia en diferentes ciudades del reino; algunas veces combatiendo don valor por la fe, y razonando con elocuencia sobre el objeto de sus miras, pasaba de la escasez á la hartura, de la duda á la esperanza y de la ilusión al desengaño.

El mal éxito obtenido en la última deliberación de Salamanca, puso el colmo á la paciencia del genovés. Desesperado, arrepentido de tánto suplicar, persuadido de la ineficacia de sus ruegos y promesas, pero convencido siempre, resolvió llevar sus pretensiones á otros países y á otros soberanos.

Antes de poner en práctica esta última idea, determinó visitar una vez más, para despedirse de él, á su amigo Marchena. Este, Garcí Fernández y Martín Alonso Pinzón hicieron intervenir el influjo de su amistad y el interés extraordinario de la empresa, para disuadirlo de su empeño y para retenerlo en España.

La guerra contra los moros de Granada, estaba en lo más reñido y feroz de su período. El rey, la reina, el ejército, la nobleza, el clero y el pueblo tenían toda sus fuerzas concentradas en la consecución de la victoria, de suerte que, pensamientos de otro género, aspiraciones distintas, trabajos extraños, cosas que pudieran divertir, debilitar ó alejar la atención de tamaña obra, eran necesariamente desechadas.

Sin embargo, el taimado rey Fernando, que algo vislumbraba de útil y glorioso para su reino en la propuesta de Colón, se mantenía siempre con respecto á él en la región de las dudas y de los halagos, de las negaciones y de las reticencias, de las esperanzas vagas y de las grandes dificultades; todo con el fin de crear dilaciones y obstáculos que, haciéndole ganar tiempo á él, retuvieran en su corte al pobre aventurero.

El duque de Medinaceli, amigo íntimo de Colón y hombre de muchos caudales, tuvo por este tiempo la idea de armar una expedición á su costa, enviar en ella como jefe al genovés y protegerle decididamente. El noble patricio desistió bien pronto de tal fantasía, porque supo que en la corte se miraba con celos su proyecto, y, más que todo, porque conoció de ciencia cierta que el monarca veía de reojo tal idea.

Los amigos de Colón prosiguieron todavía sus operaciones en la corte, buscándole con afán buen resultado; pero á pesar del entusiasmo que en ello gastaron, el empeño creciente por la toma de Granada anuló todos los esfuerzos hechos con tal fin.

Fue también por este tiempo cuando el esclarecido navegante escribió una carta al rey de Francia, en que le hablaba de su proyecto y le pedía cooperación. La respuesta fue, se dice, muy favorable; pero inconvenientes y retardos de diferentes clases frustraron esta nueva tentativa.

El afecto cordial de Marchena por su antiguo huésped no flaqueó nunca; continuó con energía las gestiones en palacio, desplegando en ellas un fervor y una elocuencia tan persuasiva para que fuesen patrocinados sus deseos, que al fin, por su perseverancia y la de sus partidarios, y muy especialmente por el

influjo de Diego de Deza, Colón obtuvo que se le llamara al campamento, que se le diera nuevamente una pensión del erario y que se le oyera otra vez. Adunados entonces los esfuerzos del buen fraile, de Quintanilla, de la Marquesa de Moya, de Jeraldino, maestro de los hijos de Fernando, y de todos los partidarios de la empresa, se procedió con actividad y se obró oportunamente, pues la circunstancia feliz del triunfo sobre los moros llegó, como caída del cielo, en auxilio de la solicitud.

En la ciudad de Santa Fe, sobre la llanura de Granada, cuartel general del ejército español, se verificaron las nuevas conferencias, las cuales dieron por resultado el célebre contrato entre Colón y el rey Fernando. Digo “el rey Fernando”, por respeto á las prerrogativas conyugales, porque la justicia histórica pediría que se dijese más bien “la reina Isabel”. Los tres reinos españoles estaban todavía divididos, aunque gobernados por común acuerdo de los dos egregios monarcas, y el contrato á que voy refiriéndome no se concluyó, efectivamente, sino a nombre de Castilla.

Doña Isabel, al oír al inspirado piloto, penetró hondamente la exactitud de los razonamientos de éste, se inspiró, desenvolvió en su claro cerebro el vasto campo de gloria que se le ofrecía, y consagró á la empresa la más ardiente protección.

El 17 de Abril de 1492 fue la fecha memorable del célebre convenio, que debió poner á la faz de un mundo viejo un nuevo mundo. Por el temor de este convenio, Colón obtuvo, entre otras ventajas, el nombramiento de Almirante, Adelantado y Virrey, la inspección suprema sobre la administración de los países que se descubriera, la décima parte de los rendimientos y el derecho hereditario á éstas y á otras prerrogativas.

La misma pluma que sirvió para firmar este contrato, sirvió para firmar la expulsión de los indios, la libertad limitada de la prensa y la capitulación con los moros de Granada.

Arregladas las bases definitivas que debían servir para la prosecución del intento, los reyes expedieron órdenes perentorias para que el Puerto de Palos sirviese como punto de partida á la expedición y para que en él se hiciesen todos los preparativos conducentes á su buen logro.

El tesoro estaba un poco vacío; pero Luis de Santángel, tesorero, ofreció anticipar algunos fondos, y además la regia munificencia de Da. Isabel atendió con mano larga á todas las necesidades del momento.

Durante las conferencias últimas y en todo el período á que estamos aludiendo, el genio previsor, la poderosa elocuencia y la grandeza de carácter del descubridor del Nuevo Mundo cobraron formas tan altas, bellas y singulares, que bien se puede decir que á su influjo, ayudado por acaecimientos providenciales, se debió la realización definitiva de sus propósitos. Uno de los recursos de que echó mano el diestro mareante, fue el de poner enfrente de la devota imaginación de los reyes católicos el lucido horizonte que se ofrecía en los lejanos países que iba á descubrir, para la propagación de la fe. En cuanto á esto, es preciso convenir, porque se sabe de veras, que él no procedía solamente como hábil negociador, sino más bien como purísimo cristiano, lleno de unción; dote ésta que ponía de resalto su grandeza.

Dice también la Historia, y juzgo dice verdad, que una de las cosas que halagaban más la imaginación del viajero, al través de mares desconocidos, era el hallazgo que esperaba, del vasto y magnífico imperio del gran Kan, y la conversión de ese potentado al cristianismo. También pensaba emplear las ganancias de la empresa en una cruzada para la reconquista del Santo Sepulcro.

El nombramiento de su hijo D. Diego, el 8 de Mayo de 1892, como paje del príncipe Juan, heredero del trono, patentiza que ya el nombre de Colón había entrado en el rol de la nobleza española.

El 12 de Mayo dejó el Almirante la corte para seguir al puerto de Palos. Diez y ocho años habían transcurrido desde que este hombre eminente divulgó su primera idea, hasta el día en que supo hacerla aceptar; y la mayor parte de ese tiempo la había pasado en la miseria y siendo frecuentemente objeto de la burlas de muchos. Cuando su perseverancia triunfó, tenía 56 años de edad. ¡Cuán cierto es que la fijeza en las ideas y la tenacidad para hacerlas triunfar, forman el tipo de las almas grandes, de los hombres destinados á la inmortalidad y de los genios que imprimen su espíritu á las épocas de la Historia!

El 23 del mismo mes, Colón, acompañado de su amigo el padre Narchena, dio lectura en la iglesia de San Jorge, en Palos, á una ordenanza real que mandaba á las autoridades el que preparasen dos carabelas con su correspondiente equipo y las pusieran á disposición de él. También se le permitía, por la misma

ordenanza, aderezar otra por su propia cuenta y riesgo, y se intimaba la prohibición de llegar durante el viaje á tierra alguna de las descubiertas por los portugueses.

Fuera de lo dicho, señalaba la ordenanza penas para los que hostilizaran la expedición. Mas á pesar de eso, pasaron algunas semanas sin hallar un solo buque, y no faltaron opositores que agitasen la multitud en contra de la expedición. Por fin, á fuerza de maña y de paciencia, se logró que Alonso Pinzón y su hermano Vicente Yáñez Pinzón, hombres de valía en Palos, se presentaran, ofreciesen tomar parte en la empresa y suministrasen un buque. Otros fueron obligados por la autoridad á enrolarse en aquella singular campaña.

Conseguidos, bien ó mal, los recursos deseados, y todo pronto yá para darse á la vela, resultó que á principios del mes de Agosto la armada estaba compuesta como sigue: de las tres carabelas, la primera, la más grande, la *Santa María*, era montada por Colón; la segunda, llamada La *Pinta*, iba dirigida por Martín Alonso Pinzón, con su hermano Francisco Martín como piloto; la tercera, la *Niña*, estaba á órdenes de Vicente Yáñez Pinzón, Sancho Ruiz, Pedro Alonso Niño y Bartolomé Roldán venían como pilotos; Rodrigo Sánchez de Segovia, como inspector general de la flota; Diego de Arana, como alguacil mayor, y Rodrigo Escobar, como notario real. Había además un cirujano y un médico.

El viernes 3 del mes citado, á las cuatro de la madrugada, después de haber oído misa solemne y hecho los preparativos de conciencia, adecuados á la gravedad de la circunstancia, salió el Almirante de la barra de Saltes, islote formado por los brazos del Odiel, frente á la ciudad de Huelva. Al tercer día de la salida, como La Pinta diese señales de hallarse en mala situación, el Jefe comprendió que el daño provenía de los dueños mismos de la carabela, Gómez Rascón y Cristóbal Quintero, que habían sido compelidos á embarcarse y que anhelaban se les dejase en tierra. Se remedió el mal en lo posible, para poder llegar á las Canarias, donde arribó la escuadrilla del 9 de septiembre.

En aquellas islas se detuvieron un tanto, pero hubieron de dejarlas, con más presteza que quisieran, porque tuvieron noticia de que ciertos buques portugueses se venían espiándoles con el fin de prender á Colón. Parece que los lusitanos, arrepentidos de haber dejado pasar la propicia ocasión que se les había presentado de aprovechar los conocimientos de Colón, procuraban hacerse con su persona á todo trance.

Al embarcarse por segunda vez, zarpó la escuadrilla de la Isla Gomera y tomó rumbo hacia el Occidente. La falta de viento favorable embarazó la carrera por 3 días en esas inmediaciones, hasta que el domingo siguiente se divisó la Isla de Fierro, última de las “Afortunadas”.

Al abandonar este punto, dio el Almirante orden á los otros capitanes para que en caso de una separación involuntaria, navegasen setecientas leguas hacia el ocaso, y que de allí en adelante anduvieran con cautela y prudencia, por la segura vecindad de la tierra. Que el número de leguas no estuviese bien previsto, se comprende; pero la orden así dada muestra, á no dejar duda, la rara pericia del italiano.

El 14 de Septiembre, estando á 150 leguas de la Isla de Fierro, encontraron un mástil flotante, que debió de pertenecer á un buque de 150 toneladas y que revelaba haber permanecido largo tiempo en el agua.

El 13 del mes citado, á 200 leguas de la misma isla, notó Colón, por la primera vez, las variaciones de la brújula, lo que atribuyó á que la estrella polar describía diariamente un círculo alrededor del polo.

El 14 los viajeros se alegraron, porque creyeron en anuncios de tierra, pues vieron una gaviota y un pájaro llamado “Rabo de junco”. En la noche siguiente fueron sobrecogidos por gran susto, á la vista de un meteoro luminoso. El mar estaba sumamente manso, y comenzaron á encontrar hierbas marinas y raíces, que, á medida que avanzaban, crecían en cantidad.

Habíase prometido un premio á cualquier individuo de la tripulación que fuese bastante feliz para ver primero tierra y anunciarla. Con tal motivo, ansiosos los marineros de alcanzarla recompensa, sorprendían á cada instante con el grito; deseado; pero el anuncio resultaba vano; lo que dependía únicamente de la confusión que grupos de nubes apiñadas en el horizonte engendraban, por efecto de miraje, en la vista de los navegantes. Tan frecuente llegó á ser esto, que por fin el Almirante dio orden por la cual se prohibía repetirlo, y además privaba del derecho de obtener la recompensa si la noticia no salía verdadera. El premio fue discernido á Colón, aunque como bien se sabe no fue él quien vio la tierra por primera vez. El pretexto para la adjudicación se basó en que durante la noche, víspera del hallazgo, vio una luz que hizo notar á Pedro Gutiérrez y á Rodrigo Sánchez de Segovia.

La navegación iba ya larga; la distancia que separaba del patrio suelo á los atrevidos navegantes era enorme; las señales de tierra próxima habían salido fallidas; el mar se ofrecía solitario y ominoso; y nada revelaba el fin próximo de peregrinación tan temeraria.

Entre los hombres de aquella tripulación comenzó por fin a levantarse el sentimiento de la cobardía. A este síntoma de malestar moral, siguieron la murmuración y el disgusto.

De estos elementos reunidos se originó algo más peligroso para la persona misma del Almirante y de sus pocos amigos. La turba comenzó por concitarse en secreto; se quejó después en alta voz; de las quejas pasó á las recriminaciones; de las recriminaciones á los insultos; de éstos á las amenazas, y de ellas a la rebelión abierta.

En esta vez, como en todas las de peligro que acontecieron en la vida dramática del italiano, él supo erguirse y subir á la altura en que le colocaban su carácter y su genio. Lo más brutal de la soldadesca llegó á punto de enderezar sus armas contra el pecho de su jefe; mas Colón, lleno de serenidad, brío y altivez, logró calmar la conjuración que se agitaba á su alrededor. Un marinero, más insolente que los otros, tomando la palabra y encarándose con aquél, le colmó de denuestos; le llamó iluso, advenedizo y loco; le intimó á nombre de sus compañeros el abandono de la empresa intentada, y le exigió el pronto regreso á las costas españolas.

A este hombre mandó Colón que se le colgara de la entena del buque, como castigo debido al desacato que había cometido. La orden no fue cumplida estrictamente; mas el almirante humilló por su propia mano al atrevido.

Pasada aquella insubordinación, hizo el genovés junta de los personajes más notables de la escuadrilla, y en ella, con palabras persuasivas, demostró la verdad de sus cálculos, apaciguó el descontento y alentó el espíritu decaído de los suyos. Con esto continuó el viaje.

La mar, que hasta entonces había estado sosegada, vino, con el imponente horror de una borrasca, á poner nuevos embarazos en tan difícil situación.

La flota toda estuvo á pique de perderse, azotada por esos furiosos ciclones que estallan de repente en el mar de las Antillas. Sin embargo, el decreto de la Providencia, escrito de un modo irrevocable en el libro de los destinos humanos, debía cumplirse, y se cumplió.

Tranquilizado el Océano y apenas libres los navegantes del peligro que acababan de correr, el descontento y el motín comenzaron á levantar de nuevo sus cabezas.

La sedición llegó de nuevo á punto alarmante y terrible; pero en medio de la vocinglería y los desmanes de aquellos aventureros alterados, se hizo oír la voz respetada de Yánez Pinzón, viejo marino, con la cabeza y cara cubiertas de canas, sujeto experimentado en cosas náuticas, prudente, valeroso y lleno de consejo. Merced á su intervención, la multitud se aplacó, y mucho más, cuando el almirante les hubo asegurado, que respondía con su cabeza de que en el breve término de tres días llegarían a las apetecidas costas.

Siempre que en el curso de mis viajes he navegado sobre las olas del mar Atlántico, he traído á la memoria el recuerdo de aquel hombre extraordinario. Cuando montando un vapor de 2,000 toneladas, de esos palacios flotantes, que la milagrosa industria del hombre lanza hoy por cima de las corrientes encontradas de mares perfectamente estudiados, he sentido crujir pesadamente el maderamen de esas fuertes embarcaciones, batido por el empuje vigoroso del viento y de los tumbos embravecidos; cuando he visto la cara preocupada de los expertos capitanes modernos, al menor indicio de un trastorno en los elementos, y cuando he pensado que el Océano, en sus furias, intimida á los mareantes del siglo XIX, no he podido menos que trasladarme con la imaginación á aquellas edades, y me ha parecido ver en un punto distante del horizonte marítimo, la figura egregia del piloto genovés, gobernando un frágil leño de pocas toneladas, con el puño puesto en el timón, con el ojo clavado sobre el Occidente y con el corazón alentado por la fe.

En momentos tales no he podido detener el vuelo á la imaginación, y he exclamado; “¡Salud, sublime genitor de América!”.

El viernes 12 de Octubre de 1492, cuando los últimos vapores de la noche anterior comenzaban á ceder su campo á los cobrizos rayos de la luz de las Antillas, el grumete Rodrigo de Triana gritó por primera ocasión “¡Tierra! Tierra! Tierra!”, á la vista de las costas de Guanahaní, isla del grupo de las Lucayas. La tripulación entera, á usanza española, entonó un tedéum en acción de gracias, bendijo el nombre de Dios y el de Colón y se entregó al más exaltado regocijo que imaginarse pueda. En efecto, después de una larga y penosa gestación, el hijo de Europa presenciaba ese enorme alumbramiento. Hombres desnudos ó á medio vestir corrían por la playa asombrados con la llegada de seres extraños para ellos; la gigantesca vegetación del Nuevo Mundo, sus multicolores aves, los indescriptibles crepúsculos de su cielo y la majestad, en fin de la naturaleza, aparecían de una vez con todos sus encantos, á la vista maravillada de los extranjeros.

Tomada posesión de aquella isla, á nombre de los reyes católicos, y después de haber estudiado un poco las costumbres de los indios, siguió la escuadra en busca de nuevas comarcas, El 14 del mismo mes abandonaron á San Salvador, nombre puesto por los españoles á esta primera tierra, en reemplazo del que tenía. El 16 se aposionaron de Santa María de la Concepción. Poco después ocuparon la Fernandina, de mayor tamaño que las anteriores y con habitantes más inteligentes, entre los cuales se veían algunas mujeres vestidas con telas de algodón.

El 19 dejaron la Fernandina, en busca de una isla llamada Saometo, que bautizaron el nombre de Isabela, en honor y memoria de la reina. El 25 zarparon de la Isabela, y, navegando 3 días largos, después de tocar á un grupo de 7 á 8 islas que llamaron de Arena, llegaron á Cuba, en la mañana del 28 de Octubre. Colón creyó que esta gran isla era la famosa Cipango, la de sus ensueños y delirios anteriores.

Traía el Almirante desde España cartas de recomendación, que el rey Fernando le había dado, para los potentados de los países que encontrara. En Cuba resolvió mandar embajadores al señor de la tierra, y al efecto encargó de esta faena á Rodrigo de Jerez y á Luis de Torres. De esta comisión, la Historia conserva solamente, como recuerdo el hallazgo de las papas y del tabaco. Colón murió en la creencia de que Cuba hacía parte del Continente.

Del 12 de Noviembre en adelante, yendo en busca del país de Babeque, fueron las carabelas combatidas por un temporal. Entonces hallaron en cierto golfo, bautizado con el nombre de mar de Nuestra Señora, infinidad de islotes, á los cuales dieron el nombre de Jardín del Rey.

Empeñados en nuevos descubrimientos, permanecieron en las aguas de Cuba hasta principios de diciembre, época en la cual, navegando al Sudoeste, descubrieron el cabo Haití y anclaron en la bahía de San Nicolás. La isla de la Tortuga fue hallada también en esta ocasión.

Estando á la vista de Haití, vino hacia los expedicionarios una gran canoa, cargada de indios y mandada por el cacique Goagacanari, quien les brindaba con la hospitalidad. Desembarcados, vieron que los habitantes eran de la misma índole mansa que los otros, y fueron regalados y socorridos con todos los productos del suelo. Navegando Colón una noche, rendido por el cansancio, encargó el timón á cierto mozo, que se durmió é hizo encallar el buque en un banco de arena. Los indígenas le favorecieron con afán, y tan eficazmente, que sin este oportuno auxilio habría zozobrado la embarcación.

En la isla de Haití encontraron los extranjeros vida tan holgada, que los mismos hombres tumultuarios y feroces de antes, pedían á su director se fijase la residencia permanente en ella, y que no volvieran á España, por ser obra dilatada y expuesta en demasía, yendo tantos en las carabelas. Colón, como diestro, aprovechó esa circunstancia feliz, que le proporcionaba campo para sentar las bases de una colonia. Con tal fin, ordenó la construcción de un fuerte, que bien pronto estuvo concluido; y como gran número de sus cabos pretendiese el mando de la fortaleza, el almirante lo encargó al cordobés rodrigo de Arana, hombre importante por su firmeza y su prudencia. El número de europeos que quedó entonces en Haití, ó la Española, era de 50.

Los habitantes de la comarca, atraídos por la curiosidad, concurrían diariamente de diversas partes, con el objeto de ver á sus huéspedes.

Los indígenas traían en gran cantidad los frutos especiales á la tierra, y, sobre todo, abundante cantidad de oro. Este oro venía á los blancos á trueque de baratijas. Fue en esta parte donde acabaron de proveerse de él, de piedras preciosas, de animales curiosos, de algunos indios y de todos los productos

suministrados por el país, para llevar en su próximo viaje á España, y dar con ellos un golpe decisivo á la expectante ansiedad de los reyes, de los cortesanos y de todo el viejo mundo.

El 4 de Enero de 1493 el Almirante salió de regreso para Europa. Al principio se dirigió á la isla que llamó Monte-Cristo, donde permaneció 12 días. Emprendido de nuevo el viaje, halló “La Pinta”, que se había separado, desde la arribada á Cuba, del resto de la escuadrilla. Pinzón alegó en su defensa que el extravío había sido involuntario; pero se supo luego que, engañado por un indio, el capitán había andado en busca de cierto territorio extenso hacia el Este y que, enredado en multitud de islotes, había por fin ido á la Española, recogido gruesa cantidad de oro, apropiándose la mitad y repartido el resto entre sus compañeros, para hacérselos propicios.

El 12 fue el Almirante sobrecogido por recia tempestad, que volvió á separar La Pinta de las otras carabelas y que las puso á todas en inminente peligro. El 15 un marino, de nombre Ruy García, vio tierra, á la cual no pudieron acercarse hasta el 17; era Santa María de las Azores. Queriendo Colón cumplir un voto que había hecho á la Virgen, mandó que desembarcase la mitad de la tripulación, con el objeto de visitar la iglesia y con ánimo de mandar el resto á lo mismo, al retorno de la primera partida; mas no bien hubieron sus hombres puesto el pie en tierra, cuando Castañeda, Gobernador de la isla por los portugueses, los hizo á todos prisioneros. No fueron puestos en libertad hasta que el jefe manifestó las cartas que había recibido de los reyes.

Colón zarpó de Santa María el 24 de Febrero, y el 4 de Marzo llegó á la boca del Tajo. De aquí despachó inmediatamente un correo á los reyes, para anunciarles su regreso á España- El 15 de Marzo desembarcó en Palos, de donde había salido el 3 de Agosto del año precedente.

En la misma tarde del día que llegó Colón al primer puerto español, fondeó igualmente en él, Martín Alonso Pinzón, comandante de La Pinta, mas por consecuencia de una terminante de Fernando, en la cual le prohibía presentarse en la corte, este desgraciado marino enfermó y murió.

De Palos siguió el Almirante para Barcelona, donde se hallaban por entonces los reyes; y tanto en el puerto como en los lugares del tránsito, aquél y su cortejo eran rodeados por inúmeras multitudes, que

concurrían anhelosas y extasiadas á ver de cerca á aquel hombre esclarecido y á sus fuertes y audaces compañeros, y acaso más, las singulares aves que traían, el oro, las piedras preciosas, las armas, los vestidos indígenas, los productos y sobre todo, á los naturales mismos.

En Barcelona, los reyes hicieron lucido recibimiento al gran loco de marras, convertido en el hombre prominente del siglo. Como hincase las rodillas delante de sus Majestades, le hicieron alzar con agasajo y le mandaron sentar. Se hicieron contar por él las aventuras de su peregrinación, las maravillas del mundo descubierto y todos los sucesos de su gigantesca odisea. El marino refirió los pormenores de su viaje, con el donaire y la afluencia que le eran geniales. Escuchando su relación, algunos cortesanos, acaso antiguos enemigos, y profetas ahora de lo sucedido, admiraban y decía, como suele acontecer en semejantes ocasiones: “Nosotros lo habíamos predicho; es un genio”.

Movidos los soberanos por el sentimiento de la más profunda gratitud, y estimulados por lo enorme del hallazgo, hicieron llover sobre el Almirante, para él y sus descendientes, un diluvio de honores, títulos, distinciones y recompensas. La letra del tratado de Santa Fe fue mantenida en todas sus partes, y aun reforzada con otras dádivas a Colón.

Juan Rodríguez de Fonseca fue nombrado director de los negocios generales de Indias, y en calidad de tal recibió órdenes para obrar activamente en los preparativos de una segunda expedición, que debía llevarse á término, bajo el mando inmediato del venturoso genovés.

Por real decreto se dispuso que todos los buques españoles, surtos en los puertos de la Península, se pusiesen inmediatamente á disposición del Almirante, quien debía escoger entre todos ellos los más adecuados para el desempeño de su comisión. Al propio tiempo se mandó que los dueños no pusiesen obstáculos á la aplicación pública que se hiciera de sus naves, y hasta se llevó la arbitrariedad al punto de dar autorización al director de la armada y á sus inmediatos subalternos, para promover un alistamiento forzoso de tripulación, en el caso de que así fuese preciso.

El 28 de Mayo se despidió de los reyes el genovés y enderezó el rumbo para el puerto de Cádiz.

La nueva flota á sus órdenes era yá verdadera escuadra; se componía de diez y nueve barcos. Se hizo á la vela el 25 de Septiembre.

El 1° de Octubre llegó á las Canarias. Se detuvo en Gomera, para proveerse de leña y de agua, al mismo tiempo que de muchas semillas y de varios animales que faltaban en América, que trajo y que, por ende, vinieron á ser después sumamente abundantes.

El 3 de Noviembre descubrieron la isla Dominica; inmediatamente después la Marigalante, y luego la Guadalupe, en la que desembarcaron el 4. En esta isla hallaron y comieron por primera vez la piña, cuyo sabor y aroma hubieron de encantarles. Dícese también que encontraron un instrumento de hierro, cosa bastante rara y aun dudosa. Las casas no tenían la misma forma que las vistas hasta entonces, porque, en vez de ser circulares, eran cuadradas. Había en ella gran cantidad de huesos humanos, y las vasijas en que bebían los aborígenes eran cráneos de hombres. Esta última circunstancia, unida á otras, los persuadió, como era cierto, de que estaban en tierra de caníbales; pero quiso su fortuna que á la sazón estuviese habitada solamente por mujeres, porque los hombres se hallaban ocupados en una de sus habituales correrías. Sin esta ocurrencia, una expedición que á órdenes de Alonso de Ojeda se había internado un poco, hubiera perecido.

El 10 emprendió Colón de nuevo su camino hacia el Norte, y atravesando un hermoso archipiélago, bautizó las islas que encontraba al paso, con nombres tales como Monserrate, Santa María, la Redonda, la Antigua y San Martín. Ancló el 14 en la isla de Ayay, conocida después con el nombre de Santa Cruz, y, siguiendo su derrota, encontró un grupo de islas tan numeroso, que tuvo á bien llamar á la más grande Santa Úrsula, y á las otras “Las once mil vírgenes”. La de Boriquén, apellidada más tarde “Puerto Rico”, fue descubierta inmediatamente.

El 22 de Noviembre arribaron á la de Haití, ó sea á la Española, como la había llamado el Almirante, desde su primer viaje.

El destacamento dejado en la Española, al mando de Rodrigo de Arana, había perecido todo, durante la ausencia de Colón. Estos españoles, abusando de sus ventajas personales, se dieron á todo linaje de excesos.

La crueldad con los pobres indios, y la liviana concupiscencia de la soldadesca, hicieron que los naturales perdieran la alta y casi divina idea que de su naturaleza se habían formado. Después de varias peripecias, más ó menos dolorosas y sangrientas, todos los peninsulares habían muerto. El caudillo comprendió que no era aquel punto el adecuado para el establecimiento de su pretendida colonia, y resolvió trasladarse a otro lugar, de mejores influencias.

Como deseaba devolver la mayor parte de los buques á España, y no tenía copioso botín para cargarlos, resolvió mandar una comisión á órdenes de Ojeda, en busca de las ponderadas minas de Cibao. Las noticias traídas á este propósito fueron halagadoras, hasta el punto de que por fin hubo lo bastante para hacer regresar 12 navíos al mando de Antonio de Torres, quedando sólo 5 para el servicio de la colonia.

El 6 de Febrero (1494), acabada la iglesia de la primera ciudad de las Indias, construída á diez leguas de distancia de Monte-Cristo, se cantó la primera misa por fray Boile y doce eclesiásticos más.

Se descubrió una conspiración organizada por Bernal Díaz de Piza y Fermín Sedo, contra Colón, con la mira de apoderarse de las naves y regresar á España; se arrestó á los comprometidos, y si bien se les castigó con poca severidad, cobró el almirante por este hecho crudas enemistades.

Resuelta una entrada á Cibao, guiada por él mismo, encargó D. Cristóbal el mando de la ciudad á D. Diego, su hermano. De este viaje volvió sumamente satisfecho; y como meditase poner en práctica una correría de más monta, sobre el mar de las Antillas, acabó de organizar el gobierno de la isla, y nombró de entre los más conspicuos de su ejército, un consejo que obrara de acuerdo en todo con su hermano. Esta última parte, se hacía tanto más urgente cuanto la insurrección comenzaba á germinar y á dar señales evidentes de pronta explosión en contra de los Colonos.

Creyendo seguro el orden establecido en la Isabela, nombre de la ciudad, se embarcó de nuevo, y en su viaje, visitó otra vez á Cuba, que, como antes, tomó por tierra firme, estuvo en el archipiélago que llamó Jardín de la Reina, descubrió á Jamaica, la Evangelina (hoy la isla de los Pinos), la Cruz y algunas otras.

A fines de septiembre de 1494, cuando regresó á la Española, después de muchas vueltas y revueltas, fue el Almirante gravísimamente atacado por una extraña enfermedad, que le hizo perder de repente la memoria, lo mismo que la vista y casi todas las demás facultades físicas, y que le sumergió en la letargía profunda rayana de la muerte.

Alarmados los tripulantes, temieron que el fallecimiento de Colón estuviese realmente cercano, abandonaron la prosecución del viaje, y, dando la vela al viento del Este, tan frecuente en esos mares, lo condujeron en estado de completa insensibilidad á la bahía de Isabel. Allí tuvo el Almirante el placer de hallar á su hermano Bartolomé, quien, cuando fue mandado por él á Inglaterra, desvió su derrotero y se unió á Bartolomé Díaz, descubridor del Cabo de Buena Esperanza. Más tarde, es cierto, Bartolomé Colón estuvo en la corte de Enrique VII, y la historia anota como importante la circunstancia de que este monarca fuese uno de los más listos en prestar oído á los proyectos del italiano y confesar su solidez.

Don Cristóbal nombró inmediatamente Adelantado de Indias á su hermano Bartolomé; lo cual desagradó el rey Fernando, porque entrañaba usurpación de las prerrogativas de la corona. Un poco se aquietó el espíritu sedicioso de los compañeros de Colón, con la llegada de éste al puerto y el rápido restablecimiento de su salud; mas no tanto, que algunos descontentos no siguiesen con empeño sus planes hostiles.

Don Pedro Margarites y el padre Boile se entendieron mañosamente para apoderarse de algunos buques y tomar en ellos la derecera de España. Al primero de estos sujetos se le había mandado, de acuerdo con el Consejo, á la parte interior de la isla, encargado de una comisión pacificadores respecto á los indios rebeldes; pero, en vez de cumplirla como era su deber, se entretuvo en las vegas cercanas al mar, cometiendo todo linaje de desacatos, crueldades y rapiñas. Dícese que este español contrajo, por sus relaciones carnales con las indias, una enfermedad hasta entonces desconocida, y que por esta causa aligeró su viaje á Europa.

Entretanto, los cinco caciques, señores del país, declararon á los blancos guerra cruda, en que el Almirante tuvo que combatir personalmente; pero en la cual triunfó siempre. Fue entonces cuando, después de sus victorias, estableció esa enorme abominación que los anales americanos han conocido con el nombre de “tributo de los Indígenas”, lunar que afea la alta figura de aquel descubridor.

Los europeos residentes en Isabel y en los demás puntos de la isla, llevaban vida disoluta: no trabajaban y se entretenían solamente en despojar y abatir á los naturales. Estos, abrumados yá por el horror de su situación, no pensaban sino en huir y en abandonar sus antiguas labores, y aún morían de dolor; por manera que muy pronto todos los habitantes, indígenas y españoles, se hallaban bajo el peso del hambre, de las enfermedades y de la miseria más desastrosa. El mal estado del establecimiento, el odio por los Colones, avigorado por el orgullo y por la altivez de que éstos tres caudillos se habían dejado poseer, por consecuencia del éxito feliz de su empresa, vinieron á hacer la isla campo perenne de desatinos, rivalidades, reyertas y desgracias que no intento referir.

La llegada de Antonio Torres con algunos buques cargados de bastimentos, alivió un tanto las congojas producidas por la escasez. Pero Torres traía cartas del rey para el Almirante, en que le llamaba á la península, con el laudable, pero tal vez aparente objeto, de encargarle el arreglo de un tratado con Portugal, sobre límites en los países nuevamente descubiertos. El Adelantado no pudo verificar por entonces viaje alguno en cumplimiento de la orden recibida, porque su salud había vuelto á alterarse, y, en su reemplazo envió á su hermano Diego.

Con la venida de Torres supo también el almirante, que Margarites y Boile habían informado en contra de él en términos un tanto negros y calumniosos, y que con esto habían producido una reacción de pésimo augurio. Dijeron que era cruel con los indios, que hacía á los reyes pinturas exageradas, extravagantes y mentirosas, sobre la tierra hallada; que su conducta con respecto á los simples colonos era tiránica, y que con los nobles se manifestaba descortés, insolente y duro. Agregaban que los rendimientos de lo descubierto eran tan exiguos, que debían considerarse como ruinosos para el Estado, si se comparaban con los gastos que exigían.

Todo lo dicho pasaba en la última parte del año de 1494 y en los primeros meses del 95. En esta sazón se expidió por los soberanos una ordenanza en que, previas algunas restricciones, se permitía á todo español avecindarse en Indias, hacer nuevos descubrimientos y traficar en ellas por su cuenta.

Sin duda alguna, las influencias dañinas de los enemigos del Almirante calaron pronto en el espíritu del Soberano, porque inmediatamente se nombró á Juan Aguado como Juez residenciario, para que se trasladase á la Española y conociese en el asunto de los Colones. Aguado había recibido grandes favores de D. Cristóbal, había sido recomendado por él en la Corte, y honrado con su amistad; pero, aleve, venía ya en contra de aquél y con intención de perderle. En su compañía vino también D. Diego Colón, y apenas llegados, entabló Aguado un orden tal de torcidas perquisiciones, que bien pronto se creyó en posesión de los documentos precisos para desbaratar traidoramente la honra y el valimiento de su antiguo benefactor.

El juez, provisto de esos documentos, resolvió regresar á España, y D. Cristóbal determinó hacer el viaje con él. En esa época, el alma del piloto estaba agobiada de pesadumbre, de terribles desengaños y de amargas ingratitudes. Su cuerpo sentía ya los comienzos de la cruel enfermedad que, minando sordamente su organismo, debía conducirle á la tumba. Empero, su espíritu, dotado por el cielo de energía suprema, se alzaba siempre al contacto de todo obstáculo y crecía hasta tomar proporciones gigantescas.

El viaje de vuelta fue penoso é incierto: los vientos contrarios y las dilaciones forzosas (por haber seguido una ruta entonces mal conocida) produjeron mucha demora, por la cual los víveres se agotaron y la tripulación se vio amenazada á morir de hambre. Aguado y sus compañeros determinaron matar á dos indios para proveerse de carne; y así hubiera sucedido, si el carácter noble y humanitario del genovés, no se hubiera interpuesto para impedir con su influencia personal la perpetración de tan horrible atentado. Por fin, el 11 de junio anclaron en Cádiz, después de un viaje de tres meses.

En Cádiz tropezó el Adelantado con una escuadra que, á las órdenes de D. Pedro Alonso Niño, debía seguir para América, y recibió al mismo tiempo carta de los soberanos, fechada el 12 de Julio de 1496, en que le daban el parabién por su afortunado regreso. Tal carta fue seguida de un decoroso recibimiento, con que lo obsequiaron aquéllos.

Valiéndose el genovés de estas que él reputaba buenas señales, pidió inmediatamente que se le concedieran seis buques para emprender su tercer viaje, que tendría por objeto el pleno descubrimiento de la tierra firme. Mas las intrigas de sus émulos y el perplejo estado en que se encontraban las cosas del reino, engendraron, como de costumbre, nuevos embarazos, con que se pretendía impedirle que continuase avanzando por el camino de la gloria. No fue, pues, sino el 30 de Mayo de 98 cuando pudo ver satisfecha su petición.

Esta vez levó anclas en el puerto de San Lúcar de Barrameda, y el rumbo que tomó fue distinto de los anteriores. Navegó hasta las islas de Cabo Verde, procurando ponerse en la línea equinoccial, para seguir luego al Occidente hasta llegar á tierra.

En la isla de Fierro dividió su escuadra, y mandó tres de sus buques á llevar auxilios para sus amigos de la Española. Mandaban al primero Alonso Sánchez de Carvajal; al segundo, Pedro de Arana, cordobés, hermano de Da. Beatriz Enríquez, y al tercero, Juan Antonio Colón, pariente del genovés. El 27 de junio llegó á las islas de Cabo Verde, y dejó la isla de Buenavista el 5 de julio, Obligado, por corrientes contrarias, á torcer un poco el rumbo, descubrió el 31 la Trinidad. Después de hecho esto, siguió costeando, y alcanzó á divisar una tierra, que se extendía como veinte leguas y que era, aunque no sospechó que lo fuese, el nuevo Continente. Estaba en ese laberinto de islotes que, con sus numerosos brazos, forma el Orinoco cuando se avanza en el mar.

Todo el mes de Agosto fue empleado por él en nuevos descubrimientos y en trasladarse, urgido por sus crecientes enfermedades y por la pequeñez de sus buques, á la Española. En este tercer viaje descubrió, á más de lo dicho, la Boca del Dragón, el Golfo y Costa de Paria, Margarita, Asunción, Concepción y Cubagua. El 13 fondeó en las costas de la Española. Estaba casi ciego.

La persona del genovés, durante este tercer viaje, está relacionada íntimamente con operaciones de colonización, que son extrañas al fin que me he propuesto. Una rebelión, mixta de indios y españoles, capitaneada por un tal Roldán, criatura del mismo Colón y hombre ingrato y perverso, si los hubo, llevó la existencia del italiano, de azar en azar, á término inaudito. Su valor y perseverancia no se desmintieron nunca; pero la adversidad comenzaba yá á devorar sus entrañas, La tropa de facciosos comandada por

Roldán atentó diversas ocasiones y con diferentes pretextos contra la vida misma del Almirante, ya con motivo de la ejecución de un criminal, acusado de violación á la mujer de uno de los caciques principales, ya por causa de haber mandado que se sacara á tierra una carabela que Roldán pretendía dejar en el agua, ya, en fin, por lo que se susurraba contra la tiranía de los Colones.

El Gobierno de D. Bartolomé y las disposiciones de su hermano Cristóbal no eran ciertamente bien acertados y lastimaban muchas pretensiones, por lo cual se les tenía generalmente como malos gobernantes. Sus antagonistas no eran mejores, bajo ningún aspecto. Lo cierto es que en esa naciente anarquía se mostraba un hervidero de codicia y de ambición, de donde nació la pugna.

La persecución á los infelices naturales; el deber que se les impuso de trabajar gratuitamente en las minas; el tributo con que se les abrumaba; la inhumanidad de tenerlos y venderlos como esclavos; la sevicia con que se les trataba, y otros mil agravios, todos ellos odiosos, tolerados unos por el Almirante, y prescritos otros por él mismo, debían dar, y dieron en efecto, el lamentable resultado que era de temerse. Debe agregarse á lo dicho, que el tono del Adelantado, su hermano y la conducta altanera del Almirante respecto de los europeos, se había hecho intolerables para éstos.

Después de algunos encuentros en que los dos hermanos contrarrestaron briosamente los ataques de Roldán y sus parciales, la contienda vino á terminar en una especie de capitulación humillante para D. Cristóbal. Convino en repartir las tierras entre sus enemigos, y les permitió además compeler á los indios á que sirviesen como esclavos, en trabajos agrícolas y de minería.

Cuando éstos y otros acontecimientos, que no menciono, ocurrían en Santo Domingo, llegó al puerto Alonso de Ojeda, que venía protegido por Fonseca, director en España de los negocios de Indias y enemigo personal acérrimo del Descubridor. Mando el genovés un comisionado á informarse con Ojeda acerca de la situación, y supo por éste que sus asuntos iban de mal en peor en la Península; que la reina, su protectora decidida, estaba gravísimamente enferma y en peligro inminente de muerte; que la noticia de sus descubrimientos en tierra firme, había alborotado los espíritus y estimulado la ambición de los aventureros, que sus trabajos náuticos y sus cartas de marear habían servido para nuevas exploraciones; que él, Ojeda, protegido por varios comerciantes ricos, acompañado por Américo Vespucio y teniendo por piloto al hábil

práctico Juan de la Cosa, había visitado los mismos parajes que el Almirante en su tercer viaje, y aun más, había avanzado hasta las aguas de Venezuela.

El efecto que estas noticias debieron obrar en el ánimo de Colón, puede comprenderse. La declinación de su carrera comenzaba á ser palpable; pues al propio tiempo que esto pasaba, sus enemigos proseguían activamente en la obra de perderlo. El avariento Rey Fernando, viendo que sus adquisiciones de ultramar más le quitaban que le producían, comenzó á dar oídos al corto número de verdades y á la caterva de calumnias que contra Colón y sus hermanos se propalaba. La Reina, por su parte, miraba por los intereses de su protegido; pero la codicia, el odio, el rencor y muchos elementos más conjurados contra el grande hombre, prevalecieron al fin y amenazaban dar en tierra, una vez por todas, con aquel personaje esclarecido.

Corría ya el año de 1500, cuando los reyes determinaron enviar, investido de plenos poderes, á D. Francisco de Bobadilla, de la orden de Calatrava, como encargado del arreglo de las cosas de Indias. Bobadilla era hombre rígido y mal humorado. El Juez no podía ser menos propio para formar juicio recto y dictar fallo equitativo en los negocios que se le habían confiado.

Conductor de una carta para Colón, en que los reyes le ordenaban respeto y cumplimiento á las órdenes expedidas por su visitador, Bobadilla llegó el 20 de Agosto á la Española. El Almirante y su hermano Bartolomé estaban ausentes; y D. Diego, que había quedado encargado del mando de la ciudad, rehusó al principio acatar las órdenes del recién venido, mas éste, severo por demás se apoderó de todo sin delación; soltó algunos presos; se adueñó de la casa del Almirante, de sus muebles, de sus joyas y de su vajilla y obró discrecionalmente en todo lo demás. Intimó al punto á Colón orden de que compareciese ante él, á la cual el Almirante se denegó atrevidamente; pero su osadía cejó cuando hubo leído la carta en que los reyes le mandaban obediencia á los preceptos de Bobadilla.

Se inició sin pérdida de tiempo, un sumario contra Colón y sus hermanos; sumario en que Bobadilla aceptó como válidos los testimonios de hombres apasionados y enemigos netos del italiano, y que pareció bastante para autorizarlo á tomar la determinación de mandar á los presuntos, bajo partida de registro y en calidad de reos de estado, á la Península.

Pusieron grillos en las piernas de Colón y en las de su hermano; les metieron en un buque, y, bajo la inmediata vigilancia de Alonso de Vallejo, los mandaron á España. Vallejo y Andrés Martín les trataron con benevolencia en la travesía. Su llegada á España levantó clamor general, sea dicho para honra y decoro de esa nación.

Los reyes, indignados ó avergonzados, mandaron que se les restituyese prontamente la libertad; hicieron por calmar la irritación del almirante; le regalaron 2,000 ducados de oro para sus gastos personales; le instaron que compareciese en la Corte, y, como reparación, le prometieron destituir á Bobadilla.

Cuando se ve con atención y se medita la historia del mundo, se tropieza á cada momento con hechos que han quebrantado tan profundamente el sér de algunos personajes, que el lector no se admira de que la muerte repentina haya sido la consecuencia inevitable y pronta del golpe recibido. Por esto no podemos explicar cómo el hombre de quien tratamos hubiera podido sentir sobre sus miembros el frío de los grillos y el peso de una cadena, y más aún, el torcedor producido por la ingratitud de sus contemporáneos, sin exhalar al punto el último aliento.

Nicolás de Obando fue nombrado para venir á América en reemplazo de Bobadilla. Su viaje ocurrió á principios de 1501, y el cortejo que lo acompañaba fue el más numeroso y rico que había venido á estos países. Entretanto, el desgraciado Colón permaneció algunos meses en Granada, procurando, aunque en vano, poner orden en sus negocios, alterados por los atropellamientos de Bobadilla. Al fin, cansado de vida que venía tan mal á su índole emprendedora y activa, solicitó de los soberanos permiso y auxilio para un cuarto viaje, que tendría por objeto investigar la existencia de un paso interoceánico, que debía hallarse según sus cálculos, en lo que hoy es Istmo de Panamá.

Despachada favorablemente su solicitud, después de haberle negado otra que hacía para obtener el mando de una cruzada dirigida á la reconquista de la Tierra Santa, se embarcó para el Nuevo Mundo el día 3 de Abril de 1502. en este último viaje, su derrotero fue poco más ó menos el mismo que en el anterior; pero sin avanzar tánto al Sur. Después de haber tocado en algunas islas de las antillas, yá conocidas, pretendió fondear en Santo Domingo; mas esto le fue prohibido por Obando. Una expedición para España estaba á punto de dejar la isla, á la llegada del Almirante; y aunque la ofensa que le infería fuese enorme, la faz más

honrosa de su carácter, que no le abandonó jamás, le movió á dar el consejo de que se transfiriera la partida de la flota, anunciando la proximidad de una gran borrasca, que la haría perder irremisiblemente. La advertencia del genovés fue tenida en poco; se menospreciaron sus conocimientos náuticos, y los buques se dieron á la vela. La tempestad sobrevino según el anuncio; el avieso Bobadilla y el sedicioso Roldán perecieron; una embarcación que conducía intereses pertenecientes á Colón se salvó; y su propio buque sólo padeció algunas averías, porque, listo el buen piloto, le había buscado abrigo con tiempo.

Observando con pesar las hostilidades crecientes respecto á su persona y los embarazos que por dondequiera le salían al paso, reparó un poco su flotilla, y en unión de su hermano Bartolomé puso proa al Suroeste.

En este cuarto viaje descubrió la costa de Honduras y, navegando al Sur, el país de los Mosquitos, la Costa Rica, la tierra de Veraguas, Portobelo, el Retrete y el ancho seno en que el potente Atrato derrama sus aguas —el Golfo de Darién.

Fuera de los lugares mencionados, el Almirante y su hermano, en esta larga correría, llena de contratiempos vieron y conocieron islas, islotes, cabos, promontorios y bocas de grandes ríos, en número tan crecido, que su especificación sería fastidiosa.

Halagado por la suma riqueza de las minas de Veraguas, pretendió establecer una Colonia en las orillas del río Belén; pero indios guerreros y atrevidos, á quienes él cándidamente llamaba “grandes mágicos”, se lo impidieron.

Destituído de recursos, fatigado por los reveses, anciano yá, enfermo y desilusionado acerca del logro de su último deseo, resolvió abandonar la costa del Darién y trasladarse por entonces á la Española. En el trayecto descubrió varias islas.

Desviado en su camino por vientos contrarios y por temporales, no pudo, como quería, arribar á Santo Domingo, y se halló obligado, á pesar de mil dificultades, á buscar asilo en uno de los puertos de Jamaica. En

esta isla tenía de experimentar nuevas desdichas. La ingratitud de los hombres, que le persiguió sin tregua, desde el principio hasta fin de sus días, debía en esta ocasión darle uno de los más duros golpes.

Francisco y Diego de Porras, hermanos, sujetos con quienes había sido siempre liberal, corrompieron á la tripulación, animaron á los naturales contra él, le abandonaron y le dejaron exhausto de medios, acompañado sólo de unos pocos marineros enfermos, y, por lo mismo, incapaces de servirle con eficacia.

Los dos hermanos rebeldes hicieron causa común con los naturales, y se quedaron en la isla, instigando á éstos para que negasen toda clase de socorro al Almirante. Como éste tratase de hallar arbitrio para salvarse de aquella forzada detención, nacida del desbarate completo de sus embarcaciones, ordenó á su criado, Diego Méndez, que en una piragua y acompañado por seis indios, fuese desde Jamaica hasta Haití, en requerimiento de recursos para librarse de trance tan apurado. El fiel y valeroso Méndez llenó el encargo de su señor; se embarcó; fue á la Española, y, venciendo numerosas dificultades, logró volver á rescatar á su amo.

Mas, durante el término de cerca de ocho meses gastados por Méndez en el desempeño de su comisión, el Almirante y su hermano experimentaron dificultades y sinsabores, que habrían aflojado ánimos menos enteros que los suyos.

Entre los restos de tripulación enfermiza y desalentada que le habían quedado, se levantó un hombre oscuro y le amenazó con nueva revuelta, lo que agregaba un ultraje más á los hechos antes por los hermanos Porras.

En cierta ocasión se extremó la hostilidad de los indios, y vino á ser espantosa la miseria, y la situación personal de los Colones soberanamente afflictiva. A fin de salir de este conflicto se valió el Almirante de un ardid, harto eficaz para obrar sobre el apocado espíritu de los naturales, y mostrarse á ellos como adivino. Daba la casualidad de que estuviese para verificarse un eclipse, hecho bien sabido de él. Con este motivo les dijo que la luna, diosa á quien adoraban, estaba ofendida con ellos por su falta de hospitalidad y que como manifestación de su cólera y como señal de próximo castigo, esa noche se cubriría de sombra y les negaría su luz. El eclipse se efectúa como ha sido predicho; los indígenas se prosternan abatidos y suplicantes á los

pies de aquel genio, que reputan igual á Dios; los víveres vienen en abundancia; y el respeto y la veneración acompañan en adelante la procera figura del piloto. Sin embargo, ese ardid no era aún suficiente.

A modo de burla de la suerte, se presentó en el puerto Diego de Escobar, quien mandaba un buque enviado por Obando. Traía una carta, un poco de vino y un jamón para el almirante, junto con las excusas, en apariencia muy corteses, de Obando, por no poder venir personalmente en ayuda de los confinados, á causa de carecer de embarcaciones.

A la sazón, los Porras y otros descontentos, segundados por algunos indios, amenazaron á los Colones en su propio cuartel. D. Cristóbal, que por entonces estaba en cama, postrado por un ataque de gota, mando al Adelantado que saliera y tratara de calmar á aquella gente. D. Bartolomé, en ejecución de la orden, tomó 50 hombres regularmente armados, salió al encuentro de los facciosos y les hizo algunas intimaciones pacíficas, que fueron desoídas; y como él, más que parlamentario, fuese hombre de pronta lanza y aguda espada, les atacó y les venció, mató á muchos é hizo prisioneros á varios, entre ellos á los caudillos. En ese combate murió Juan Gómez, el primero que había tenido el atrevimiento de sacar la espada contra el Almirante.

Por fin, pasado un año, llegaron dos buques, uno mandado por Obando, con Diego de Salcedo por capitán, y otro por Méndez, quien lo había fletado por cuenta del Almirante. Con este auxilio navegaron para Santo Domingo. Desde la isla Beata escribió el italiano una carta á Obando, en la que anunciaba su próxima llegada, la que efectivamente sucedió el 13 de Agosto.

Obando y algunos sujetos más salieron á encontrarle, y le dieron el parabién por su salvación; pero eso no bastó para hacerle agradable la permanencia en la isla; porque de una parte notaba falsía en las atenciones de su competidor, y de otra, desgüeño y decadencia en todo, por el pésimo gobierno. Las rentas del genovés no habían sido cobradas, por haberse puesto impedimento para ello.

El 12 de Septiembre se embarcó Colón para España, en compañía de su familia y de algunos de sus compañeros de viaje, precisamente aquellos que más lo habían hecho padecer durante su permanencia en Jamaica. Por efecto de su ingénita y siempre sostenida generosidad, les favoreció con sus propios dineros.

Después de penosa travesía, arribó á San Lúcar, y se dirigió á Sevilla, donde esperaba hallar reposo para su cansado cuerpo, y reparación justa y merecida para su honra y sus intereses.

De Sevilla pensaba trasladarse á la Corte, que estaba entonces en Segovia; pero le fue imposible, porque la gota, más tenaz y frecuente cada vez, lo retenía en el lecho, incapacitándole aun para escribir. Por conducto de su hijo Diego entabló sus reclamaciones; pero la suerte, que no se cansaba de perseguirle, le había quitado ya el sostén y apoyo que esperaba de parte de Doña Isabel, su protectora; y además, el rey Fernando, que acaso nunca sintió gran estimación por el genovés y sus proyectos, se mostraba frío para con él.

La vida de Colón en Sevilla, desde su llegada y en el invierno y parte de la primavera de 1505, fue penosísima. Enfermo y pobre, se quejó en una carta de verse obligado a vivir de posada, á tomar prestado para comer, y á no pagar sus deudas.

Al cabo se le permitió, en Mayo, trasladarse á la Corte, donde se le recibió con algún agasajo por el rey y se le reintegró en sus prerrogativas. Cosa esta última que no se cumplió, porque Fernando se disgustaba de reclamaciones demasiado justas para negadas, y demasiado grandes para satisfechas.

El monarca llevó su mezquindad hasta pretender que el Almirante renunciase á sus derechos; designio ridículo al cual se negó con nobilísima altivez el ilustre descubridor.

Habiéndosele permitido seguir en la Corte, fue con ella hasta Valladolid, y se le asignó un sueldo del Erario; mas se tornó á tenerle por loco y á tomar como enfadosa su presencia.

Celoso defensor de sus títulos y dignidad, y con pleno vigor de inteligencia, pleiteaba siempre su causa con energía. Empero, era ya tarde, porque sus achaques, llegados al último período lo postraron de nuevo y lo redujeron á completa incapacidad.

El 19 de Mayo de 1506, viendo cercano su fin, cumplió con todos los deberes religiosos y agregó un codicilo á su testamento. Murió al día siguiente.

Se depositaron sus restos en el Convento de San Francisco en Valladolid. Seis años después fueron pasados al Monasterio de Cartujos de Sevilla. Últimamente, á la isla de Santo Domingo, en 1536, de donde los trasladaron á la Iglesia Catedral de Cuba, en 1795.

Américo Vespucio, por la circunstancia de haber hecho un solo viaje al Nuevo Mundo, logró que la posteridad honrara su nombre, dándosele á este enorme continente. De todas las naciones de América, solamente la nuestra ha consagrado su nombre con el del eminente genovés.

Doña Eugenia de Montijo pagó su tributo de reverencia al genio, y dio muestra de consideración, regalando a Colombia una bella estatua del Almirante. El Congreso Nacional, en sus sesiones de 1806, por decreto especial, aceptó con reconocimiento el obsequio, y dispuso que la estatua que representa al grande hombre fuese colocada en la ciudad de Colón, en el Istmo de Panamá, uno de los puntos que recuerdan sus trabajos, sus glorias y sus padecimientos.

El carácter moral é intelectual del descubridor de América puede colegirse, con todo su heroísmo, su grandeza y su parte de humana pequeñez, de la relación condensada y sencilla de los principales hechos de su existencia en el bosquejo que precede. Los comentarios y las interpretaciones están por demás.

Respecto al hombre físico, nos resta todavía agregar algunas palabras. . Cristóbal Colón era alto de cuerpo, recto, flexible en sus movimientos, cumplido en sus modales, de aire sereno y majestuoso, que se cambiaba en familiar y festivo durante sus horas íntimas en la vida. El cabello, rubio en la juventud, se le convirtió en gris á la edad de 30 años, y en blanco desde su segunda juventud. La piel fresca y rubicunda cuando mozo, se bronceó y tostó á los rigores de la intemperie. La frente era espaciosa y saliente; las cejas, arqueadas y espesas; los ojos, grises, casi azules; la nariz aguileña, y el pelo de la barba, abundante.

La palabra del Almirante era fácil, fluida y elocuente, y su discurso lleno de erudición. Naturalmente apasionado é impetuoso en la discusión, la contrariedad lo exaltaba, pero, pronto para calmarse, el fondo de su alma volvía á ser manso.

Cuando la Providencia pretende en sus inescrutables designios cambiar el modo de ser del hombre colectivo en ciertas épocas, prepara el campo y lanza una de esas creaciones admirables, que, bajo la figura de hombres, llenan el programa de la voluntad divina. Todos los genios confirman la exactitud de este principio; y D. Cristóbal Colón fue acaso uno de los más briosos campeones en ese gran palenque donde se pelean todas las grandes batallas de la historia.

Voy á concluir.

Si los contemporáneos suelen ser ingratos con los grandes hombres, la historia es siempre justa, aunque á veces un poco tardía en sus rectificaciones. Mucho valen los descubrimientos de Colón, y mucho pesan los grillos y las cadenas con que lo aprisionaron; pero la apoteosis que presencia el mundo, en la declinación del siglo XIX y al ajustar el cuarto centenario de su portentoso descubrimiento, son pago cumplido de la deuda y cumplida reparación de la injusticia. Se siente uno avergonzado al recordar cómo trataron los coetáneos en sus postrimerías, al primer navegante de los siglos; más también se experimenta orgullo al ver cómo se congregan en este año todos los pueblos de la tierra en torno del monumento que se levanta á la gloria imperecedera del que descubrió el Nuevo Mundo.

En los límites de lo humano, nadie ha rayado á mayor altura que Colón, ni con la pluma, ni con la lira, ni con la espada, ni con telescopio, ni con nada de lo que engrandece; y de su gloria podemos decir á boca llena y con razón lo que sin ésta escribieron los antiguos en las columnas de Hércules; “No hay más allá”.

Rompió con los errores y preocupaciones de su tiempo; dio impulso sublime á la navegación, lanzando cerca de mil miriámetros mar adentro y al Occidente, las endeble naves de la época, que parecían destinadas á vivir al abrigo de las costas de Europa y África; descubrió un nuevo continente, de tres millones de miriámetros cuadrados, que goza de todos los climas, que ocupa todas las zonas y que baña, en sucesión maravillosa de golfos, bahías, cabos, promontorios, ríos, puertos, montañas y volcanes, su flanco oriental en el Océano Atlántico, y su flanco occidental en el Océano Pacífico, al propio tiempo que sumerge su extremo septentrional en el Océano Glacial del Norte, y toca con su punta meridional el Océano Glacial del Sur; duplicó la extensión entonces conocida del planeta; amplió prodigiosamente la flora y la fauna corriente de su centuria; dotó á la humanidad con las ingentes riquezas del Nuevo Mundo; dio campo para que surgieran las

veinte naciones que se extienden hoy desde el estrecho de Béhring hasta la tierra del Fuego, y, en fin, creó este vasto palenque de América, donde pienso que las razas, la industria y las ciencias vendrán á resolver algún día estos tres capitales problemas: la fraternidad práctica de los hombres, la equitativa distribución de la riqueza producida por la combinación del capital con el esfuerzo humano, entre el empresario y el obrero, y el perfecto deslinde de la libertad de cada uno con la seguridad de los demás. Entonces (así lo espero con fe religiosa y científica) los cañones que truenan en los campos de batalla, como signos de muerte, de miseria y de tiranía, sólo sonarán, como hoy, en el cuarto aniversario del descubrimiento del Nuevo Mundo, para pregonar la gloria de los grandes hombres.

AMÉRICA

Como este Continente fue descubierto por consecuencia natural de la alta concepción y esfuerzos sobrehumanos de Colón, quiero recordar algo de lo expresado últimamente, para facilitar la inteligencia de lo que sigue.

Casi todo el mundo lo sabe, pero no perjudica repetirlo. En la madrugada del 12 de Octubre de 1492, un cañonazo salido de La Pinta, carabela de las tres que formaban la flotilla del Almirante D. Cristóbal Colón, y el grito “Tierra”, lanzado por Rodrigo de Triana, anunciaron el descubrimiento del Nuevo Mundo. Los aventureros descubridores desembarcaron por la mañana de aquel memorable día en la isla de Guanahaní, á la cual pusieron por nombre castellano San Salvador.

Pocos días después arribó Colón con sus naves á la costa norte de Cuba, que tomó por el continente, y, virando luego al Este, después de doblar el Cabo Maisí, alcanzó a divisar el islote llamado hoy “La Tortuga”, y frente a él, hacia el Sur, la espléndida tierra de Haití, á la cual llamó él “La Española”.

Viendo que todo lo hallado era bueno, colectó variadas curiosidades naturales, para demostrar el tipo característico del país, y tomó rumbo para España, con el propósito de llevar la buena nueva á los monarcas católicos que habían favorecido la grandiosa empresa.

La gente del Viejo Mundo quedó asombrada cuando supo que los delirios del pobre genovés, mirados como de febricitante, se convertían, de repente, en palpable realidad.

Colón iba en busca de las Indias Orientales, pero se le interpuso un enorme continente, que le detuvo el paso. No por esto su genio es menos grande, ni su gloria menos duradera.

Tres viajes más hizo D. Cristóbal á las tierras inventadas por él, si se permite esta hipérbole, y en esos tres viajes todo el mar de las Antillas vino á hacer parte de la geografía moderna.

Fueron entonces vistas todas las islas que, en forma de media luna, se extienden desde el golfo de Paria hasta la extremidad más septentrional de la isla de la Culebra, vecina á Puerto Rico.

Fueron descubiertas las grandes Antillas, las Lucayas, el archipiélago de las Bocas del Toro y una infinidad de islitas más, que tapizan, como estrellas terrestres, toda la extensión del mar Caribe.

En el último viaje, el anciano Almirante, gotoso y cansado, llena el alma de angustia, y profundamente entristecido, pero siempre ilustre y de excelsa magnitud, quiso hallar un pasaje al través del muro que la Providencia había arrojado en medio de su camino. Deseaba, antes de acostarse á dormir el sueño interminable, dar un vistazo á la grande isla de Cipango y á la comarca de Catay.

Esta esperanza del héroe fue burlada. Víctima de tenaz miseria, de espantosas tempestades y de otros obstáculos, la empresa final de su vida sólo agregó al mapamundi un jirón de tierra, extendido desde el cabo Gracias á Dios hasta el golfo del Darién.

El mundo descubierto no se llamó Colombia, se llamó América. No digo por qué, pues todos lo saben.

El 20 de Mayo de 1506, los frailes cartujos de Sevilla colocaban en una de sus cuevas funerarias el cadáver de un hombre, y al lado de los despojos, unos pesados grillos de hierro, por orden del individuo á quien iban á enterrar. El cadáver era el del grande Almirante de las Indias, y los grillos, los que, por obra de la injusticia humana, había llevado en sus poderosas piernas de viajero. Al dar esta última disposición, pronto á caer en el profundo abismo de lo eterno, Colón lanzaba una elocuente protesta contra los que, en vez de aceptar su gloria, habían pagado el servicio inmenso que les hacía, con el desprecio y el martirio.

Eso que hemos narrado hasta ahora, se refiere á los últimos años del siglo XV y á los seis primeros del siglo siguiente.

En el primer cuarto de la decimasexta centuria, Sebastián Cabot, inglés de familia veneciana, después de explorar el Plata, navegó por la parte la parte Nordeste del continente, y descubrió las tierras del Labrador, de la Groenlandia, de la Nueva Bretaña y de una gran parte del litoral de la América del Norte. Muchas de aquellas tierras habían sido vistas por los escandinavos; pero como eso hacía ya buenos siglos, como las habían abandonado y estaban tan totalmente olvidadas, que ni aun la más ligera noticia de ellas se tenía en Europa, era preciso volver á buscarlas, con seguridad de que su hallazgo sería considerado como enteramente original.

Todavía estaba vivo el Almirante, y ya muchos de sus compañeros, y muchos que, sin serlo, habían entrado en aquel mar inmenso de aventuras, concurrían, ansiosos de gloria unos pocos, y de oro todos, al archipiélago de las Antillas.

Alonso de Ojeda, Américo Vespucio y Juan de la Cosa recorrieron desde muy temprano el Norte de la América meridional, á que llamaron Tierra Firme.

Vicente Yáñez Pinzón, los dos hermanos Marañones y el lusitano Díaz Cabral, viajaron sobre las aguas litorales del Brasil.

El mismo Ojeda, Rodrigo Bastidas y Diego de Nicuesa traficaban en el golfo del Darién, y ejecutaban hechos de inmensa grandeza algunos, y de incalificable barbarie otros.

D. Francisco Pizarro, D. Sebastián de Belalcázar y Vasco Núñez de Balboa, estuvieron lidiando por algunos años con los enormes obstáculos que ofrecía la conquista de los indios vecinos al golfo de Urabá. Cada uno de ellos se hacía veterano en el nuevo sistema de guerra que debía ser empleado en América, y todos tres templaban su alma para arrostrar impávidamente las dificultades que habían de ofrecerles campañas de nuevo género, en que la parte más fácil del plan consistía, sin duda alguna, en dar batallas. Sí; porque la contienda con una naturaleza bravía, nueva y desconocida, iba á ofrecerles ocasiones casi imposibles de ser dominadas.

Antes de ser las doce del día 25 de Septiembre del año de 1513, Balboa, desde una de las más elevadas cumbres de la cordillera de los andes tropicales, en el Istmo, había visto, extasiado y con sentimiento de inefable gozo, el nuevo mar que se ofrecía á sus ojos.

La mirada del conquistador pudo ir hasta muy lejos en la contemplación de las tranquilas olas del Océano; pero la visión interior de su inteligencia, extendiéndose más y más allá, descubría acaso, uno tras otro, multiplicados horizontes, y pasaba por encima de las desconocidas islas de Polinesia y de la Sonda, para detenerse, después de torcer al Norte, en las playas de la China y del Japón. Este hallazgo parece corolario de la gloriosa obra de Colón y especie de satisfacción póstuma dada á la memoria del sublime navegante.

Digamos lisa y llanamente que en aquel día un nuevo mar quedó descubierto. En el siguiente, tres veteranos comandantes de tres partidas distingas, ponían su atrevida planta en las orillas de aquel Océano. El primero que llegó fue Alonso Martín, D. Francisco Pizarro el segundo, y el inmortal Balboa el tercero. Cuando este último personaje, con el pendón de Castilla en la mano derecha, penetró un poco en las aguas, según las formalidades entonces en uso, para tomar posesión de aquel mar, todo quedó dicho, y desde entonces se le reputó propiedad de los Reyes de Castilla.

Las brisas que rizaban blandamente aquellas aguas eran tan mansas, y las olas se desplegaban con tanta tranquilidad y reposo, que el bautismo quedó virtualmente hecho, y se llamó desde entonces á lo hallado: "Océano Pacífico".

Cuando el último de estos aventureros, Vasco Núñez de Balboa, se había granjeado por sus hazañas, por su cordura y sobre todo por su descubrimiento del mar Pacífico, gran reputación entre sus compañeros de armas, llegó, para su daño, Pedrarias Dávila, en calidad de Gobernador de Panamá. Aquel sujeto era la encarnación viva de la envidia, y para satisfacer ese sentimiento, de naturaleza profundamente negativa y feroz, puso los ojos en Balboa, por lo mismo que le era superior en virtud y altas facultades.

No importó á Pedrarias para la consecución de sus aviesas miras, el que Balboa llegase á ser su presunto yerno: diole siempre las más peligrosas y difíciles comisiones.

Llegada á Europa la noticia de tal descubrimiento, una entusiasta explosión de placer agitó todos los corazones. La seguridad de ver completo el mundo, y al comercio y á la industria dándole vueltas interminables, satisfizo todas las aspiraciones y llenó todas las esperanzas. Para América, el mar Pacífico era el camino que debía ponerla en relación directa con el mundo oriental. Por ese camino debían venirle, envueltas en las ondas del viento, las esencias balsámicas del cinamomo de Ceilán, del clavo de especia y de infinitos vegetales de aquellos países encantados. Por las aguas de ese Océano debían llegar á las costas occidentales del Nuevo Mundo, las mercaderías de Oriente, y por sobre ellas mismas se vería navegar, al Norte y al Sur, en indagación de nuevas tierras y en busca de ignotas y portentosas riquezas.

Desde el ocaso de la América hasta los contornos orientales del Asia, y hasta los multiplicados grupos de las islas de la Oceanía, la distancia era enorme. Empero, no era difícil vaticinar que algún día, al traves de esa distancia y por encima de ese piélago, buques altivos por su fuerza y su poder, traerían á las riberas de este continente el marfil de Malabar y de Borneo, los juguetes misteriosos del Celeste Imperio y los diamantes luminosos de Golconda. Pudiera también haberse adivinado que la vegetación de éste y la de aquellos territorios, á pesar del inmenso espacio que las separa, estaban unidas por los vínculos de una lejana y remota confraternidad natural, porque allá como acá, la *Latania borbónica* y el *Ceroxylum andícola*, podían mecer, en idéntica atmósfera, sus rizados penachos de verde y brillantísimo follaje.

Además de los distinguidos adalides de que he tratado, estaban en el grande archipiélago americano los dos hermanos del Almirante Colón, D. Francisco de Garay y D. Diego Velásquez, que dominaban como amos el campo de descubrimientos y conquistas.

De aquel grupo de famosos caudillos y de aquel cuartel general de aventureros, fueron esparciéndose poco á poco, en diferentes direcciones, diversos sujetos, que debían distinguir sus nombres con notables hechos, ya de crueldad, ya de bizarría, en las partes meridional y septentrional del Nuevo Mundo.

Un romántico caballero, D. Hernando de Soto, penetró en la Península de la Florida, en busca de oro y de una fuente de carácter mitológico, que decían daba juventud eterna. En vez de lo buscado, halló tierra húmeda, fiebres letales, hambre cruel, indios bravíos y saetas emponzoñadas. Este hombre tenaz, acompañado de otros, penetró muy adentro en la espesura de aquellos bosques seculares, de clásica belleza, y, como fruto de su audacia, vio el primero entre todos los europeos, las lodosas aguas del caudaloso Misisipí. Abrumado por la fatiga y minado por la fiebre, exhaló el último aliento sobre la arena movediza de aquella playa solitaria. Sus amigos, para ocultar á los indios la muerte de este capitán, llevaron el cadáver sobre estrecha piragua, y luégo con enorme peso atado al cuerpo, lo depositaron en el fondo de las aguas. Las ondas fueron el sudario de aquel bravo y atrevido paladín.

Acontecía el año de 1541. Un poco más tarde, cierto hidalgo francés Marquetti, acompañado por Joliet y cinco soldados más, salieron de Québec, atravesaron el Canadá, navegaron los grandes lagos y descendieron hasta la confluencia del Arkansas, al mismo río descubierto por Soto, y que debía ser explorado pronto, en la mayor parte de su curso, por el intrépido Cavallier de la Salle. De éstos el primero cayó aniquilado por las privaciones y murió a la temprana edad de treinta años. El último fue asesinado vil y traidoramente por uno de los que formaban en la arriesgada expedición.

En el año de 1530, Gonzalo Pizarro salió de Quito, á la cabeza de una lucida falange de conquistadores. Iba al Oriente, en busca del país de la canela y de problemáticos depósitos de oro, que decían existir en aquellas desiertas regiones.

El capitán Francisco de Orellana, que hacía parte de esta osada correría, y que era tan audaz como desleal, en vez de desempeñar fielmente una delicada comisión que se le encargó por su jefe, se dejó deslizar aguas abajo, á lo largo de una corriente tributaria, y llegó á potentísimo río, que navegó hacia su desembocadura, con arrojo tal, que más parecía insensatez.

Del nombre de este intrépido soldado tomó el río el de Orellana. Tan raro capitán, que no obstante ser valiente, era infatigable hablador, una vez que hubo llegado al Atlántico, se detuvo por algún tiempo en las islas de Trinidad, Margarita y Cubagua. Allí soltó la lengua, para hacer á los desperdigados argonautas de la conquista americana, una inexacta relación de las aventuras ocurridas en el viaje. Además de otras cosas, dijo que entre aquellos bárbaros había una belicosa nación, compuesta exclusivamente de mujeres, tan esforzadas y valientes, que lo habían combatido con heroísmo en defensa de su territorio. De esta manera hizo revivir la antigua leyenda de las Amazonas, y este nombre fue el que definitivamente se dio al mayor de los ríos del orbe.

Vuelto de España este temerario capitán, con el título de Adelantado, rindió el postrer aliente al llegar al desaguadero de aquella abundosísima arteria terrestre.

Quedó el Amazonas abandonado hasta el año de 1560 en que, bajo la protección del Virrey del Perú, fue á la conquista de sus habitantes D. Pedro de Ursúa, aventajado guerrero en las lides de entonces. La campaña dirigida por este hidalgo, lleno de coraje, tuvo infausto resultado. Su ejército quedó bien pronto convertido en campo de Agramante, por el desarrollo de celos, envidia y pretensiones amorosas. Da. Inés de Atienza, bellísima peruana, hacía parte de la expedición y fue causa de terribles contiendas. Estas dieron por resultado el que las aguas del río fuesen salpicadas de rojo con la sangre del caudillo, alevosamente asesinado, y con la de sus compañeros, cuya mayor parte tuvo aciago fin por la funesta influencia de Lope de Aguirre.

Más tarde, el infatigable misionero Samuel Fritz, venciendo con tenacidad inconcebible todos los obstáculos que presentaba aquella naturaleza primitiva, levantó el plano del río y de sus principales tributarios, con admirable exactitud.

Cerca de dos siglos después, el sabio La Condamine verificó un viaje científico á lo largo del prolongado curso del Marañón, y la luz quedo en parte hecha en lo que se refiere á la hidrografía de aquellos extensísimos lugares.

Antes que lo referido tuviera cumplimiento, ya Solís había visto las ondas del opulento Plata y remitido á Maldonado y á Mendoza el examen posterior.

De esta manera, el Misisipí, el Amazonas y el Plata, tres mediterráneos de agua dulce, con sus vertientes principales, quedaron á la faz de la ciencia, del comercio y de la industria.

Y no era eso sólo: en diferentes años y en distintas épocas, diversos viajeros habían estudiado, con más ó menos detención, el Makensie y el Hudson, el río del Norte y el Delaware, el Potomac y el Savaanah, el Grande de México, y el Chagres, el Atrato y el Magdalena, el Orinoco y el Ezequibo, el Tocantins y el San Francisco, el Manle y el Nionío, el Guayas y el Esmeraldas, el Santiago y el Patía, el Dagua y el San Juan, el Colorado y el Columbia; y todo eso sin contar centenares de ríos confluentes, navegables unos, intransitables otros, pero extendidos todos sobre la superficie del continente, como una inmensa red fecundante y civilizadora.

Deseoso de no interrumpir el hilo de la descripción hidrográfica que antecede, he pasado por encima de importantísimos hechos referentes al descubrimiento circunstanciado del Nuevo Mundo, sin respeto por los preceptos cronológicos. Empero, la referencia de lo que sigue coordinará unos con otros los acontecimientos.

Don Hernando Cortés, el más valeroso y terrible lidiador de aquellos tiempos, se desprendió en el año de 1519 del grupo formado en las Antillas, y siguió el camino iniciado por Fernández y Grijalva. Llegado que hubo á las playas mexicanas, penetró en el interior del país y lo sometió a la tutela de España, con incomparable heroísmo y rapidez.

Después de luchar con innúmeras falanges de indios en la capital y en sus alrededores; después de experimentar clásica derrota en la memorable jornada de la Noche Triste; después de levantar su arrojo y su

tenacidad, más alto aún de lo que las generaciones presentes pueden concebir, y después de luchar y al fin triunfar de los naturales, y de sus compatriotas, comandados por un antagonista vulgar, dióse á reconocer el territorio y á someter los moradores á su voluntad de hierro y á su carácter incontrastable.

En aquellas memorables correrías, avanzó Cortés sus pasos hasta el territorio de las Californias; hizo figurar en el mapa una prolongada península, y navegó sobre las aguas del mar que denominó Bermejo, el mismo que los geógrafos modernos han calificado con su nombre esclarecido.

Algunos tenientes de Cortés, y entre ellos el esforzado y suelto Don Pedro de Alvarado, siguieron al Sur, y descubrieron las fértiles tierras de la América Central, notables antes y notables, hoy, por ostentosas riquezas vegetales, por frecuentes conmociones seísmicas y por los bramidos de sus tremendos volcanes.

Descubierto el mar del Sur y abierta la senda para más lejanas expediciones, Don Francisco Pizarro, Don Diego de Almagro y el Prebendado Hernando de Luque, formaron asociación para emprender nuevas é importantes investigaciones. El primero de ellos, á la cabeza de algunos distinguidos obreros, salió de Panamá, y en el examen del litoral Pacífico tuvo ocasión de examinar el enrejado de los manglares de la costa, de admirar la belleza de Tumaco y de meterse en las peligrosas aguas de la Gorgona. Después de grandes dilaciones y contratiempos, llegó á Tumbes. Adelantó en su segunda correría hasta Cajamarca y el Cuzco.

Es harto popular la relación de aquella tremenda lucha que tuvo por campo el Imperio de los Incas. Iniciada por el traidor asesinato de un inocente Emperador, aquella contienda memorable terminó con la desaparición de la más humilde y pura corporación humana que haya visto el mundo. Un puñado de hombres, con el pretexto de extender la civilización, destruyó sin misericordia una sociedad que, bien dirigida y más ilustrada, habría podido ser muy pronto el ornato de la humanidad. Otro tanto había acontecido en México; y lo mismo se había visto por todas partes en el Nuevo Mundo. Pero siempre queda como verdad indiscutible, que la tarea de Pizarro y sus hermanos, la de Almagro y Alvarado, y la de Solís un poco más tarde, pusieron de manifiesto la importancia de la zona ecuatorial, la incalificable opulencia del Perú, la riqueza prometida por la comarca chilena, los portentos de la cordillera andina, y las esperanzas lisonjeras ofrecidas al porvenir por las pampas dilatadas ó infinitas de Buenoasires.

Agustín Guerrero, Jorge Spira, Jerónimo de Ortal, Ambrosio Alfingel y el perseverante cuanto desventurado Antonio Cedeño, esguazaban unos las difíciles corrientes y las ruidosas cataratas del Orinoco, y descubrían todos ellos tierras y florestas en los países que fueron después Venezuela y Nuevo Reino de Granada.

El Licenciado Gonzalo Jiménez de Quesada triunfaba de obstáculos no imaginados, al subir las turbias aguas y al respirar el aire pestilente del Magdalena, para reunirse después en la mesa de los muiscas con Don Nicolás de Federmán, que asomaba por el Oriente, y con Don Sebastián de Belalcázar que se presentaba por el Sur.

Primero que estos últimos, el viejo Magallanes, al servicio de Carlos V, buscaba por la extremidad austral del Continente, pasaje que lo condujera al mar Pacífico, y habiéndolo hallado en 1519, dio su nombre al estrecho por donde transitó. Lanzado al través de los mares, murió en una de las islas de la Oceanía; mas uno de sus tenientes, Sebastián del Cano, tomó á su cargo la tarea de dar la vuelta al mundo. Quedó entonces resuelto el problema de la posible circunvalación de la esfera terrestre, y se agregó un nombre más á la gloriosa lista de los navegantes atrevidos.

Los portugueses examinaban los asombrosos parajes del Brasil y encontraban en ellos fértiles veneros metalíferos y multiplicadas producciones vegetales. Los holandeses, ingleses y franceses sentaban su planta de propietarios en las Guayanas, y estos mismos extranjeros, guiados por Cartier, Champlain, Corte Real, Hudson, Baffin, Roberval, Smith y otros muchos, denunciaban en la vasta extensión del Canadá, los campos de Arcacia, la Nueva Escocia y otros puntos al Sur, en que hoy se han levantado florecientes y venturosas las felices poblaciones de la Unión Americana del Norte.

En busca de un pasaje al Nordeste, hacia el hemisferio boreal, fueron primero Forbisher y Davis en 1576 y 77.

Pedro el Grande mandó al memorable danés Béhring en 1798, quien hizo ver al mundo el estrecho que entre los cabos oriental y occidental separa la América del Asia.

En época más reciente Cook, Carteret, Lemaire y Schuton adelantaron para el Sur el camino de Magallanes, y señalaron otro estrecho entre la extremidad de la Tierra del Fuego y las heladas islas que se extienden más allá.

Posteriormente fueron halladas la Tierra Sabrina, la de Victoria, la de Derby, las Horcadas, las Malvinas y la Nueva Georgia.

Con lo que hemos dicho hasta ahora, se podrá ver, como en relieve y en sus más breves detalles, el Nuevo Mundo hallado. Este descubrimiento fue hecho, en todos sus pormenores conocidos, en el largo espacio de tres centurias y por la labor perseverante de aventureros y capitanes, náuticos y sabios.

Efectivamente, todos los trabajadores á que aludimos surcaron con la quilla de sus buques, los mares vecinos y los ríos caudalosos; escudriñaron con escrupulosa atención los más recónditos pliegues de las Indias de Occidente, y, por decirlo de una vez, levantaron con el tacón de sus botas de campaña el plano geográfico de un inmenso territorio.

Entonces se demarcaron las diferentes secciones de terreno que debían servir más tarde, para nuevas y grandes nacionalidades, y quedó revelada la existencia física de esta parte del globo, en los puntos más salientes de su estructura material, y en conexión con las demás partes de la tierra.

La turbamulta de conquistadores y de viajeros ultramarinos en aquellas tres centurias, se componía en su mayor parte, de hombres adocenados que perseguían con ahínco las eventualidades favorables de la vida, y de guerreros audaces, para quienes la tarea cometida era simplemente de exterminio. Un grupo de individuos de noble carácter, de muchas luces, de cumplida moralidad y de trascendental filantropía, forma excepción honrosa en la dura calificación que hemos hecho.

Aquellos hombres, considerados en conjunto, estuvieron completamente desprovistos del sentimiento de lo grande, de lo bueno y de lo bello. Así debemos pensarlo, porque, á no haber sido de esa manera, las obras que nos legaron en herencia, demostrarían lo contrario, y porque á no haber sido así, el cuadro que se

desarrolló ante sus ojos y ante su imaginación, debió haberlos conmovido profundamente. Si no hubieran carecido del instinto de la poesía, ó si por lo menos hubieran cultivado un tanto las facultades del espíritu, grande habría sido el aliento con que hubieran cantado la sublime epopeya de la naturaleza, en el país espléndido y virgen que se desenvolvió delante de sus miradas.

Más esmerada educación, y habrían visto con sorpresa las elevadas crestas de los Andes, de los montes Rocallosos, de la sierra de los Mimbres, de los Alleghanys y de Parima y las ricas cimas de Matogroso. Siguiendo con la observación los puntos culminantes de esas gigantes moles, habrían pasado revista de los nevados y volcanes, que desde el monte San Elías, hasta la Tierra del Fuego, se ofrecen al estudio; ya por las formas caprichosas y apacibles de los primeros, ya por los rugidos y explosiones de los segundos. Se habrían deleitado con el examen detenido del Orizaba, del formidable Popocatepetl, del Jorullo y de la hornaza inmensa formada por los picos volcánicos de Centro-América. Habrían seguido con emoción las ondulaciones de las sierras nevadas de Santa Marta y de Mérida; habrían observado alternativamente el Tolima y el Ruiz; el Huila y el Puracé; el Chiles y el Cumbal; el Cayambo y el Imbabura; el Pichincha y el Cotopaxi; el Ninahuilea y el Ilinisa; el Antisana y el Altar; el Chimborazo y el Azuay, y habrían asistido con interés á las vistosas iluminaciones del Sangay y á las aterradoras convulsiones del Tunguragua.

Con espíritu más cultivado, en la exploración de los ríos y de los torrentes, habrían visto extasiados y oído con asombro el solemne ruido del Niágara, la formidable altura del Guadalupe, y el fracaso atronador del Tequendama. La enramada de bosques seculares que arroja su penumbra, como inmenso manto, sobre las corrientes de los ríos; las cascadas, los remolinos, los chorros, el reposo de las ondas en la llanura, que contrasta con los mil rumores formados en la pendiente de la montaña, habrían sido bastantes para sacudir profundamente la férrea organización de aquellos batalladores endurecidos.

Peregrinos perdidos en la soledad de los bosques y de las selvas intactas de América, aquellos hombres habrían gozado con la magnificencia de árboles centenarios, con el silencio de las florestas, ó bien se hubieran conmovido con las furiosas tempestades que en ellas se desatan de repente. El aspecto de la magnolia americana, la hoja argentada de las begonias, la borla encendida del arizá, el lucido follaje de las ericíneas y el tupido ramaje de las alternanteras, habrían sido capaces de levantar en la más grosera organización y en el espíritu más pobre, un canto místico, como expresión de alabanza al autor de tan lujosa creación.

El puente de Pandi y el de Rumichaca, la cueva de Tuluní, los desiertos de Sechura y Atacama, las estepas del Nuevo México, las florestas interminables, las sabanas de Apure, Casanare y San Martín, y las pampas del Plata, con sus bellezas infinitas y sus típicos caracteres de magnificencia, habrían estimulado cerebros y sensibilidades menos apocadas que los de nuestros primitivos conquistadores. Sin embargo, cada época del mundo tiene su fisonomía especial y agentes propios para delinearla. El programa de entonces se cumplió letra por letra y los elementos americanos que hemos enumerado, restan como base, apenas desflorada, de otros tantos capítulos en el gran libro que algún día consagrará un cantor sublime á la grandeza del mundo descubierto por Colón.

No es difícil comprender que mucho pudiera extenderme en la enumeración sumaria de las bellezas de nuestra patria; pero la índole este trabajo me pone en la obligación de compendiar.

Descrito como queda, á grandes rasgos, el plano de América, despejado el escenario y visto el Nuevo Mundo, ocurre preguntar: ¿estudiado ese mundo, qué se supo respecto de él desde el principio del descubrimiento?

Sabíase que sus regiones septentrionales, cubiertas la mayor parte del año de hielos perpetuos, eran la morada de abundantes rebaños de búfalos, de manadas preciosísimas de martas y de armiños, de zorros plateados y de afelpados conejos, de tropas de ciervos y de osos blancos, y, en fin, de toda la serie animal cubierta de caliente lana, que debía abastecer el comercio universal de pieles para adorno y abrigo de las clases opulentas de la zona templada.

Sabíase que en México y en el Perú, el oro y la plata podían ser cortados á cincel en los copiosos veneros de Sombrerete y Potosí; que Soconusco, Guayaquil y Caracas producían, aromática y encantada, la deliciosa bebida de los dioses, con el nombre de *cacao*; que el Hiztlihuala y el Carahuairazo, el lago de Tezcuco y las apacibles riberas del mar del Sur, con las crestas de los montes, los oteros y los collados, cambiaban, como por obra de magia, el aspecto sublime de los paisajes, para recreo de la vista y satisfacción del alma.

Sabíase que las tierras de Guatemala y la faja ecuatorial asustaban con el ruido de sus entrañas candentes y consolaban con la feracidad de su fecundo suelo.

Sabíase que, dejando á la espalda los cocoteros y los manglares, las frutas exquisitas y todas las maravillas del mar Caribe, con su cielo azul y transparente en ocasiones y con sus vendavales y borrascas de otras veces, se entraba de lleno en el reino del Sol; en sus hondonadas tórridas, en sus ardientes valles, en sus templadas colinas, en sus oreados riscos, en sus frescas serranías y en sus heladas cumbres, rígidas por el frío de las nieves perpetuas.

Sabíase que en esta parte de la zona equinoccial, el albergue de la humanidad contaba con rica aglomeración de elementos propios para el desarrollo de la vida física y para la perfección posible de la inteligencia; acumulación indescifrable de productos indígenas, cada uno de ellos señalado con prominentes caracteres naturales. Había arroyos y torrentes de cristalinas aguas, para calmar la sed; aire puro, para refrescar los pulmones; campos, propios para el cultivo del maíz, de la caña de azúcar, del café, del añil, del tabaco, del arroz, del trigo, de la cebada, de las patatas, de la yuca, de la arracacha de todos los agentes nutritivos que, andando los tiempos, debían alimentar y robustecer á sus habitantes.

Los mares estaban llenos de brillantísimas perlas. Había islas de coral y peces de desconocida clasificación; oro y plata en Veraguas, Antioquia, Pamplona, Neiva, el Chocó, los tributarios del Marañón, las Californias, Potosí, Chile y en otras partes. Había bellísimas esmeraldas en Muzo, Manta y Somondoco; aquilatadas turquesas, granates y rubíes, ópalos de toda especie, finísimos azabaches, amatistas y topacios, ónices y zafiros. Purísimos diamantes, como chispas de estrellas, aparecieron en las arenas ferruginosas de las Minas-Geraes en el Brasil. Los esteros de Apuro y Casanare ofrecieron con anticipación corrientes eléctricas encerradas en la delicada carne del pececillo templador; las mariposas de Muzo rivalizaban con el arco iris, al extender sus alas de deslumbrantes colores. La vainilla, el clavo y el canelo embriagaban con su aroma el aire de los bosques. Troncos de corpulentos árboles manaban purísima leche; otros recogían en su áspera corteza bálsamos, resinas, gomas y aceites, dando en copiosas cantidades el estoraque, el tolú, la caraña, el maría, el anime, el copal, el copaiba y el algarrobo. Los cocuyos, con su luz fosforescente, iluminaban en los valles la negrura de la noche. La fauna y la flora ostentaban sus primores, ya con pintadas y canoras avecillas, ya con animales de gustosa carne, ya con flores de imponderable belleza, ya con plumas

de brillantísimos reflejos, y ya, en fin, con misterios profundos acerca de la vida orgánica y de las leyes que la rigen.

La historia natural, atrasada hasta entonces y perdida en mar de sistemas confusos, halló en América anchuroso campo para el estudio y la observación. Desde el corpulento cóndor de los Andes, que respira libremente el empobrecido aire del Chimborazo y del Soratá, hasta el escamoso caimán, que se arrastra en el lodo de los caudalosos ríos; desde el osado jaguar, el oso corpulento y el parlero loro, hasta las serpientes de mordedura letal y las veloces iguanas, que mueven como flechas en cuerpo tornasol; desde los rápidos lagartos, las perezosas tortugas y los repelentes batracios, hasta las ágiles ardillas, los monos burlones y los galanos coleópteros de esmaltado estuche; desde la fina vicuña, el lanudo huanaco y el manso llama, que pacen los tupidos pajonales en las frías cordilleras, hasta las hormigas, las raposas y las martejas, que esconden su existencia en la espesura de los matorrales, en los huecos del terreno ó en los troncos carcomidos, y desde el irisado plumaje del pájaro mosca, hasta el sucio y feo de la carnicera gallinaza, cuán rico tesoro, ¡cuán interminable serie de interesantes problemas para el sabio investigador!

Había en las costas del Perú y en sus islas cercanas el abono suficiente para prolongar de modo indefinido la fatigada y empobrecida feracidad del Mundo Antiguo, y había en las florestas, útiles maderas de construcción. Las había aplicables á la ebanistería y á muchas clases de artefactos de ornato; blancas unas como el marfil de Oriente; rojas otras como la púrpura de Tiro; negras aquéllas como el azabache; pesadas algunas como piedra; livianas otras como lana; veteadas y de fibra densa en ocasiones; porosas y blandas otras veces. Había sustancias impermeables, como el caucho; barnices naturales; depósitos inagotables de carbón de piedra; caudalosas fuentes de petróleo; hacinamientos inmensos de mercurio; hierro en abundancia; plomo, cobre, cinc, estaño, níquel, platino, manganeso, cromo, iridio, montañas de sal gema y todo ó casi todo, lo que constituye la opulencia del reino mineral.

Había plantas medicinales, entre las cuales descollaban por sus virtudes, la raicilla, la zarza, el guayaco, la jalapa, la genciana, la cañafístula, el tamarindo, el matico, el guaco, el cederrón y el árbol sagrado de los Incas, la milagrosa quina, que más tarde debía llegar como una redención física para las dolencias del hombre.

Entre las frutas indígenas para el agrado y alimentación de los americanos, lucían por sus propiedades y por sus simpáticos caracteres; la noble piña, refrescante y delicada; la succulenta chirimoya; el dorado madroño; el azucarado níspero; el delicioso zapote; el corpulento mamey; el resinoso caimito; la abundante guayaba; la dulce granadilla, la atemperante papaya; el nutritivo aguacate; la aromática badea; el coco, el anón, la piñuela, la uva silvestre, el pepino, la ciruela, la guama, la almendra de los bosques, el marañón, la mora, y el plátano profuso, riqueza del industrioso labrador y abierto tesoro para el indigente.

Los ríos eran navegables en su mayor parte. Había anchurosos golfos, tranquilas bahías, ensenadas apacibles y abrigadas caletas. Había..... ¿pero para qué continuar la enumeración de tanto recurso y elemento provechoso, cuanto la Providencia acumuló en esta parte del globo?

Todo eso, mucho más, cuya mención puede apenas entrar en el vastísimo campo de la inteligencia humana, se halló repentinamente en las nuevas tierras descubiertas y se presentó como ofrenda á todo el mundo conocido.

No bien se hubo mostrado la América á los ojos admirados de las sociedades europeas, cuando se levantó en el ánimo de aquéllas un extenso movimiento de tráfico. Los mares se cubrieron de naves; el comercio vigorizó su aliento; el mundo viejo envió hombres para su conquista y colonización, introdujo nuevas razas de animales domésticos, útiles semillas para la aclimatación, y múltiples géneros para satisfacer las necesidades comunes de la vida. En esos artículos vinieron casi todos los elementos de su hasta entonces adquirida civilización.

Hubo bien pronto grandes centros de población, en que la actividad del hombre llegó en ocasiones á un ardor febricitante; y si bien es verdad que al lado de los primeros movimientos de civilización, la existencia de estos países, bajo muchos respectos, ha estado caracterizada por el sueño letárgico que distingue el espíritu de colonización, y si también es cierto que, en una edad posterior, hemos padecido las convulsiones propias de las dolencias infantiles, también es evidente que en el fondo de tanto padecer, la voz de Dios se hace oír, omnipotente y segura, para ordenar que la humanidad continúe con firmeza y llegue á los altos destinos que le tiene preparados en este campo de grandeza y majestad.

El mundo conoce hoy la importancia de este Continente, y la conoce bastante para ensalzar y engrandecer cada día más el inmortal nombre de su descubridor, así como también el nombre ilustre de los personajes que han contribuido á su mejor conocimiento. Las generaciones precedentes estuvieron y admiraron la colosal influencia de América en los destinos ulteriores de la humana estirpe; pero la magnitud de esta influencia no será apreciada en toda su importancia sino por las generaciones venideras.

MEDELLÍN

Así como América nos vino de Colón, Medellín nos viene de aquélla, por ser una de sus hijas.

Corta es la importancia que alcanza en la época presente nuestra querida ciudad; pero así y todo, por ser esta festividad antioqueña y colombiana en el fondo, quiero describir con entera sencillez este lugar, y para ello me valgo de la forma epistolar.

Medellín, 21 de Junio de 1892.

Sr. D. Isidoro Laverde Amaya. Bogotá.

Estimado señor y compatriota mío:

En cumplimiento de la promesa que hice á Ud. de suministrarle algunos datos relativos á la situación presente de esta ciudad de Medellín, quiero escribirle mi primera carta.

Como todo lo que lo que acontece en el orden físico, ha de verificarse en punto determinado de la tierra, he creído siempre que cuando se trate de narración histórica, conviene mucho, para facilitar la inteligencia de los lectores, presentar primero la topografía, y entrar luego en la enumeración de los hechos.

Formar la topografía equivale, en mi opinión, á disponer el escenario adornándolo con sus decoraciones naturales. Esto, aunque de difícil ejecución para pluma tan menesterosa como la mía, es lo que intento practicar por ahora, á fin de poder entrar más tarde en pormenores.

La luz del sol, que reputo como más poderosa para alumbrar una comarca, que la luz eléctrica, su hija, para iluminar un teatro, es la que debe servirme para poner de manifiesto á los ojos de Ud., los elementos componentes del valle de Aburrá, donde se extiende la capital del Departamento de Antioquia. Concurra Ud. con el pensamiento, hágame compañía, déjese guiar por mi experiencia, y de este modo podrá darse cuenta de los toques de luz y apretones en el cuadro que Ud. debe ofrecer á sus lectores.

Si nos colocamos en punto eminente, la torre de nuestra catedral, por ejemplo, y dirigimos la vista al Sur, para orientarnos, tendremos forzosamente el Este á la izquierda, el Oeste á la derecha, y á nuestra espalda el Norte.

Ahora bien: si desde un sitio meridional hacemos girar nuestras miradas sobre cada uno de los puntos que limitan en altura á las cordilleras que forman el valle de Aburrá ó Medellín, tendremos que, principiando por el alto de Santa Isabel, le seguirá al Oriente el Astillero y luego el de San Luis. Andando para el Norte, sobre la cordillera de Las Palmas, se ofrecerán San Sebastián, Tablazo, Santa Catalina, la Meseta, Santa Elena, Piedras Blancas y Granizal. De este último, pasando por elevación la hoya del Medellín, y ascendiendo por Guasimal, llegaremos á las cumbres de Medina, Quitasol y Angulo, para continuar después al Sur, dejando por orden las alturas de Delgadita, Ovejas, Maruchenga, Gallinazo, Sabana Larga, Boquerón, Astillero (bis), Montañita, Barcino y Romeral. De aquí en adelante, si desviamos al Este, volveremos á pasar el Medellín por el Ancón, y tomando la cresta de una cordillera subalterna, ascenderemos á Morrón y Romera, inmediatos á Santa Isabel, punto de partida.

Por esta excursión imaginaria queda trazado un óvalo, cuyo relieve más aparente corresponde al conjunto de las cumbres montañosas enumeradas: el circuito que da campo para consideraciones de geografía física de cierta importancia.

Del primer Astillero mencionado y del San Luis, brotan fuentes que dan nacimiento al riachuelo Ayurá, el cual, después de correr al Norte, y de pasar por la villa de Envigado, deposita sus aguas en el Medellín.

Entre las moles de Granizal y el Chuscal nace el riachuelo Piedras Blancas, que tributa sus aguas al Medellín, en Copacabana, en cantidad aproximativamente igual á las del Ayurá.

De los cerros Quitasol, Angulo y Delgadita nacen aguas que forman el riachuelo García, cuyo curso inclinado á Oriente termina cerca de Bello. En la cima de Maruchenga tiene origen el Hato, que, con el García, riegan los campos de lo que antes se llamó Hato Viejo.

De Sabana Larga y Astillero (bis) salen vertientes que, por su reunión, constituyen las cabeceras del Iguana. Este, tomando curso oriental, desagua en el Medellín, casi enfrente del Santa Elena, que á su turno rueda en dirección contraria, desde los altos de San Ignacio, Perico y el de su mismo nombre.

Del alto de Canoas desciende sobre el valle la Doña-María, que rinde su tributo al mismo Medellín, faz á faz de Envigado; y en fin, para acabar la enumeración de estas corrientes de agua, mencionaré el raudal llamado la Doctora, que divide en dos partes la rinconada de Sabanera, antes de caer en el Aburrá.

Será fácil para Ud. comprender que si cada uno de esos riachuelos arrastra copia de agua equivalente á la que puede contener el río Tunjuelo, al Sur de esta Capital, necesitan de modo indispensable que de lado y lado de las cañadas que recorren les lleguen aguas de vertederos, fuentes y raudales que nazcan en los flancos de las montañuelas que los encajonan. Y así es la verdad, porque si tratara de enumerar todas esas corrientes elementales, no acabaría, por ser casi incontables.

Dicho lo anterior, ruego á Ud. se procure mirar desde allá el efecto que ese sistema hidrográfico debe producir sobre el aspecto que toman todos esos declives montañosos bajo la influencia de tal disposición geológica. En efecto, pienso que Ud. verá, como estoy viendo yo, faldas plegadas por ondulaciones de terreno, con planos inclinados que dan asiento á fértiles dehesas, á reducidas pero pintorescas praderas y á campos cultivados, de los cuales la selva virgen ha desaparecido definitivamente en los 25 ó 30 últimos años, tiempo que Ud. ha pedido para que á él reduzca mis observaciones de hoy.

Las dos cordilleras que circundan el valle de Aburrá, elevan sus alturas mayores 2,000 y hasta 2,500 metros sobre el nivel del mar, por lo cual se comprende que el frío debe ser intenso en algunos de esos parajes; y tanto lo es, que con frecuencia el agua se congela en épocas de verano, cuando por ser las noches sumamente despejadas y la atmósfera diáfana, la irradiación del calor terrestre es rápida y activa.

El óvalo delineado forma una especie de cenefa, rota de trecho en trecho, para dar paso á las aguas susodichas. Por lo demás, las vistas que esas cimas presentan al espectador son de gran suavidad, porque los segmentos de circunferencia no tienen ángulos agudos ni entrantes. No hay en ellos ni picachos abruptos, ni escarpas precipitadas, ni altos farallones; la línea curva domina en todo ese borde, y en manera tal, que, mirado de lejos, se siguen sus variaciones, sin choques y siempre con agrado.

Si á lo apuntado agrega Ud. que las faldas de esas cordilleras, contempladas desde el valle, en mañanas y tardes claras, se divisan llenas de población condensada, habitadora de casas blancas y relucientes, cubiertas de tejas; que reducidos rebaños, bien mantenidos, pastan en los campos, y que el maíz, el plátano, la caña de azúcar, la yuca, la arracacha y árboles frutales de muchas especies, revelan por todas partes esmero agrícola y economía doméstica, convendría Ud. conmigo en que el espectáculo, si no brillante y conmovedor, como diría alguien, sí es por lo menos agradable y bello, sin quitarle las condiciones de lo bueno y lo útil.

De la cúspide de una montaña llamada San Miguel, situada un poco al Sur de la cabecera del Distrito de Caldas, nace el río conocido por Aburrá en tiempo de la conquista, y hoy por Medellín; corriente que conserva este último nombre hasta enfrente de la desembocadura del río Porcecito, en donde lo cambia por el de Porce hasta las Dos Bocas. Recibe en este punto las aguas del Nechí, para correr bajo esta denominación al Cauca y entrarle un poco más arriba de Margento, pueblo de nueva fundación.

Le hago notar, por vía de digresión filológica, que los antiguos indígenas habitantes de la región antioqueña eran muy dados á terminar las palabras de su idioma en vocales, acentuadas ó nó, según distintos pareceres. Yo me inclino á pensar que todas esas voces que quedan hoy tanto en Antioquia como en otras regiones colombianas, llevan acentos en sus últimas sílabas y son, por lo mismo, agudas. Por eso

prefiero Murri, Titiribí, Ochali, Neguerí, Amagá, Ayurá, Itagüí, Cocorná, Sinú, Sinitabé, Facatativa, Cucunabá, &a., á Murri, Titiribi, Ochali, Begueri, Amaga, Ayura, Itagüi, Cocorna, Sinu, Sinitabe, Facatativa y Cucunuba &a.; y por eso digo Aburrá en lugar de Aburra. Agregó, como razón para fundar mi creencia, que en las voces que han quedado y de que se valen los pocos indígenas que tenemos, el acento carga siempre en la vocal postrera. Además, y siempre como digresión, diré á Ud. que Ayurá, en lengua de indios, tanto quiere significar como *perico ligero*, por ser muchos los animales de esa especie que hallaron los conquistadores en la orillas del riachuelo, al tiempo del descubrimiento.

Doctora se llama el raudal que atraviesa la rinconada de Sabaneta, como indiqué antes, y eso, según la versión común, porque allí vivía un Sr. D. Vicente de Restrepo, quien dio en la tentación de tener en su familia cuatro Doctores: D. Cristóbal, D. Carlos, D. Javier y D. Félix, digno colaborador el último de D. Juan del Corral, cuando el año de 14 se proclamó por ellos la emancipación de los esclavos. Probablemente el pueblo, viendo tantos Doctores reunidos cerca de aquella corriente, dio en llamarla *Doctora*, y así se llama hoy, bien que el Sr. D. Andrés Posada Arango alegue razones para pensar que el Dr. Félix de Restrepo no nació en Envigado, sino en lo que es hoy territorio de la América ó Granja, cercanías del riachuelo Iguaná, próximo a Medellín.

Terminado este desvío, vuelvo á la descripción de nuestro valle y sus contornos.

Línea imaginaria que úna por elevación el cerro de Santa Isabel al Sur, con el de Quitasol al Norte, por la parte media de cada uno, puede ser considerada aproximativamente como brevísima parte del meridiano terrestre, puesto que para probar la posición astronómica de esos dos parajes, bastará decir que en la dirección del primero vemos la Cruz del Sur levemente inclinada al Ocaso, y en la del segundo la Osa Menor: estrellas entre las cuales se destaca la Polar con elevación sobre el horizonte de grados que corresponden á la latitud del valle.

Si calculamos ese diámetro y hacemos caer sobre él, de modo que lo corte perpendicularmente, otra línea, paralela al Ecuador, tendremos que la primera, bien medida, da á la ciudad de Medellín 6°, 8' y 16" de latitud, y que como el meridiano de Bogotá no está muy lejos al Oriente, quedaremos separados de él solamente por 1°, 34' y 30" de longitud occidental. Por otra parte, como la altura de nuestra capital sobre el

nivel del mar sea de 1,479 metros, resulta que tiene 20" 5' de temperatura media, y calor relativo que á la sombra puede bajar hasta 15° en los días fríos del invierno, y ascender hasta 25° en los días más sofocantes del verano; lo que prueba que, vista en ese punto nuestra comarca, disfruta de clima delicioso, en el cual ni el frío incomoda ni el calor ofende.

La línea supuesta de Santa Isabel á Quitasol mide, poco más ó menos 28 kilómetros de Sur á Norte, y otra línea también imaginaria de Oriente á Occidente, desde el alto de Santa Elena al de Montañita, puede medir 14; de manera que, tomando por base esas dos líneas, se tendrá un perímetro de 69 kilómetros y una superficie total de 30,787 hectáreas: circuito bastante importante si se atiende á que todo él, en su parte doblada y llana, es feraz y pintoresco.

Los vientos principales que reinan en este valle son cuatro: del Norte, que penetra por la hoya del Porce; del Oriente, que nos viene de Cundinamarca y Tolima; del Sur, procedente del alto valle del Cauca; y del Oeste, emanado de los bosques del Chocó. El más fijo de esos vientos es el del Norte, que reina constantemente en las épocas de sequedad atmosférica. El del Oriente es transitorio y alterna entre períodos húmedos y secos. El del Sur nos trae casi siempre invierno, y el del Ocaso, tiempo variable. Por causas meteorológicas, sus vientos recorren todo el círculo de la rosa náutica, y entre los puntos cardinales su duración es efímera.

Llueve poco en esta región; en 1875, término medio, 1m 6542; en 1876, 1m 7125; en 1877 1m 2070 y en 1878, 1m 4285, según prolifas observaciones de D. Tomás Herrán.

Cuando había bosque virgen en los alrededores, las tempestades eran más frecuentes que en la época actual. Los desmontes han disminuido la cantidad de aguas corrientes; no obstante, el territorio entero está lujosamente regado, como puede deducirse de lo expuesto hasta aquí, con más la ventaja de que, con levísimas excepciones, la calidad de las aguas es en alto grado salúfera.

La humedad ambiente era grande en los tiempos de la colonia. El aire es seco al presente, y las nieblas empañan rara vez la limpidez de este cielo. El granizo, el rocío, la escarcha y los huracanes, si nos vienen, lo hacen con moderación. Pero dirá Ud.: "Este escritor, aunque de modo imperfecto, como que tiene tendencia

á pintarnos un paraíso”. A lo cual responderé yo, buena y simplemente, que no tengo la culpa de que sea tan hermosa esta tierra.

Hay al lado de éste, otro asunto, más grave para mí, y es imaginarme que al ver Ud. eso de óvalos, perímetros, hectáreas, superficies, latitudes, longitudes, temperaturas medias, alturas barométricas, y algo más por el estilo, habrá de exclamar; “Pues, señor, lucidos estamos! Todo esto es pura prosa, y de la peor, porque lo expuesto parece más bien estudio de ingeniero que artículo dedicado á una revista literaria. Manjar semejante no conviene á mis lectores, cuyo refinado gusto pide platos mejor adobados”.

Mas, sea de ello lo que fuere, y teniendo Ud. como tiene, derecho perfecto para poner á un lado este mi manuscrito, dejando de imprimirlo, sin que por ello me ofenda, una vez que la vanidad de escritor público no me tienta ni en poco ni en mucho, siglo adelante en el intento que me he propuesto.

Le hablé en párrafo anterior del nacimiento del río Medellín, de su curso y de su reunión con el Cauca, un poco más arriba del pueblecito de Margento. Ahora quiero decirle algo sobre esta corriente de agua, en lo que atañe á los valles de Aburrá y Bello, por ser la población de este último nombre, barrio de la metrópoli antioqueña.

Después que el Medellín baja del monte que le da nacimiento, atraviesa el vallezuelo de Caldas, bonito sobre toda ponderación. Al penetrar en la llanura de Medellín, por el Ancón, frente á la Estrella, es ya medianamente caudaloso. Del ancón en adelante, el río serpea con gracia por el centro de un plano levisísimamente inclinado, y es tan mansa su corriente, y son tan cristalinas sus aguas, y tan regulares las curvas que forma y que recorre, que, viéndolo desde las eminencias de sus flancos, cualquier observador estaría tentado á calificarlo de navegable. Así, con cierto aire de sencillez y majestad á un mismo tiempo, llega hasta el pie de los Bermejales, colina de remisa altura que campa graciosamente á poco más de un kilómetro de la ciudad.

El conjunto de paisajes desenvueltos por el Medellín en su tránsito, además de ser crecido en número, es de atractivo encantador; y si yo fuera poeta les enderezaría en este paso muchos párrafos en verso, para

encontrar su belleza; pero como no lo soy, ni espero serlo, tomaré de algún poeta que leí en mis mocedades, un trocito dedicado á cierto paraje de América, y diré que en sus riberas

“A un tiempo lucen la amarilla gualda,
La púrpura, el zafiro y la esmeralda”.

Una vez que he descendido de las montañas y he llegado á la llanura recorrida por el Aburrá, aspiro á darle pormenores acerca de ella. Mas, como el asunto puede ser un poco dilatado, y esta carta va ya muy larga, resuelvo dejarlo para la siguiente.

En conformidad con el párrafo final de mi carta anterior, intento darle en la presente, descripción general de la parte llana de este valle.

El diámetro Norte-Sur de la llanura mide poco más ó menos 25 kilómetros, desde la angostura de Sabaneta hasta el llano de Niquía, en la planicie de Bello; y el diámetro Este-Oeste, que lo corta perpendicularmente, da por término medio 5, correspondientes, como Ud. ve, á un perímetro de 57, ó sea una superficie de 9,817 hectáreas. Descomponiendo la suma total de 30,787 que anoté á Ud. antes, tendremos, si se sustraen las primeras 9,817, que nos quedan como residuo 20, 970.

Entro en estos cálculos á ver si por medio de ellos puedo averiguar el valor aproximado del territorio de esta comarca. Con tal fin aprecio cada hectárea de la parte baja en \$ 1,000, lo que me da \$ 9.817,000. A \$ 500 las 20,970 que constituyen las faldas, por ser terrenos fértiles y cultivados en su mayor parte, arrojan un producto de \$ 10.485,000 que, sumados con los anteriores, forman un total de \$20.302,000.

Se colige de lo anterior, que esta pequeñísima parte de Colombia que estoy considerando, merece muy bien la pena de figurar en la riqueza territorial del país, y si á eso se agrega que hablo únicamente del valor del suelo, será fácil comprender que si agrego el de las mejoras de los predios, el de los animales, el de las

habitaciones con sus muebles, y el de los haberes en caja, puedo concluir que en esta parte de la República se disfruta de algunas comodidades.

Supongo que Ud. conoce la teoría del Barón de Humboldt, aceptada por el Sr. Codazzi, respecto de la existencia anterior, muy remota, de lagos andinos en este Continente de América. Yo creo en ella, y por lo mismo me atrevo á decir que á lo largo del río Porce, Medellín ó Nechí, que lo mismo vale, están las cuencas de estos lagos, como escalonados de Sur á Norte; primero, un lago en Caldas; segundo, otro en Medellín; tercero, otro en Bello; cuarto, otro en Girardota, y quinto, otro en Zaragoza; porque debajo de este sitio, en donde hay una angostura que permite paso á las corrientes, la configuración del terreno no da campo para un gran estancamiento de aguas.

Suponiendo, pues, que lo que es hoy el valle de Medellín estuviera en otro tiempo ocupado por aguas detenidas, se puede deducir el aspecto que en aquella época ofrecerían sus orillas. Lo que es hoy Envigado sería un golfo, y otro quedaría en frente, hacia la Estrella. Habría uno, segundo en Medellín, y otro que le correspondería en Belén.

A esas entradas, en los intervalos seguirían ensenadas, bahías ó caletas de reducido espacio, pero siempre imitando en pequeño el aspecto de brevísimo Mediterráneo, en que no faltarían islas, porque la llanura, hoy sea, tiene dos serrezuelas que las formaran: una de ellas al Sudoeste y otra al Noroeste, separadas únicamente de la población actual por las aguas del río, y más ó menos aproximadas á la base de la cordillera de Occidente.

Estas dos cordilleras de que hablo, llamada la primera de los Cadavides, y la segunda del Volador, están divididas entre sí por el Iguana; y es de notar la circunstancia de que separada la última de la montaña vecina por una abra ó portete semejante á viejo cauce desecado, hay muchas personas que piensan que por ese punto corrió el riachuelo consabido, cuyo curso se pretende restablecer hoy.

Habrá Ud. notado que tengo propensión, cuando hablo de corrientes subalternas de agua, á darles el nombre de *riachuelos* y no el de *quebradas*, como generalmente se hace entre nosotros, y á propósito de ello, reincido en digresión filológica, por ser manía que me aqueja con frecuencia.

Quebrada, dice invariablemente el antioqueño, y lo mismo dicen muchos pueblos de América, y aun individuos españoles instruídos; y tanto se dice, que opino, con razón ó sin ella, que la voz ha tomado ya carta de naturaleza ó está próxima á tomarla. D. Juan de Castellanos, al describir en sus octavas la parte al Nordeste del territorio antioqueño, se expresa como sigue:

“Porque *quebradas*, ríos, vertederos
Y cualquiera lugar que se catea,
Manifiestan auríferos veneros
Con que el humano pecho se recrea,
Y la solicitud de los mineros
Saca bien proveída la batea.”

Y si no me engaño, en el laudo real sobre límites entre Venezuela y Colombia, la palabra está empleada en la acepción á que aludo.

Sin embargo, abro la última edición del Diccionario de la Lengua Castellana por la Academia, y veo que *quebrada* quiere decir ni más ni menos que lo siguiente: “Tierra desigual y abierta entre montañas, que forma algunos valles estrechos”, lo que no autoriza para legitimar la voz. Escrúpulos de monja llamará Ud. á todos estos reparos, y acaso haré yo lo mismo y seguiré diciendo *riachuelo* ó *quebrada* hasta que los maestros esclarezcan el punto. Y vuelvo al objeto principal de esta carta.

Después de haber descrito el suelo de la región en su desnudez natural, intento agregar algo á la relación, considerando sin vestidura desde dos puntos principales: el ornato engendrado por la naturaleza, según su fuerza peculiar, y el engendrado por el hombre, en conformidad con su ingenio.

El vigor propio de la naturaleza en este valle causa asombro, sobre todo si se estudia en relación con la flora tropical.

Como las peculiares influencias tórridas sean de notable suavidad, y como el frío no sea jamás intenso, resulta que las plantas alpinas y las tropicales germinan, nacen, medran y producen en singular consorcio y hermandad. Al lado de las palmeras de dátiles y de los cocales, vegeta el poleo de las altas cordilleras y crecen las gramíneas y los arbustos de las temperaturas medias, todo ello con sorprendente lozanía. Los árboles de talla mayor, como el búcaro, el algarrobo, la cañafístula, el sauce, el pino, el ciprés y las acacias, elevan sus copas graciosamente en la atmósfera y su tupido follaje de variados matices, desde el verde oscuro del madroño hasta el amarillo pálido de la caña, suelen coronarse con frecuencia de enormes festones de elegantes flores que representan á placer los diversos tintes que resultan de la combinación prodigiosa de los colores elementales del espectro solar.

Entre las plantas cultivadas, el maíz aparece colocado en lugar preferente, y á él siguen cañaverales de azúcar y de cañabrava, ricos y provechosos los primeros para las necesidades del gusto, é indispensables los otros para exigencias industriales, sobre todo cuando se trata de construcciones domésticas ó de acotar predios. El plátano, pan bendito de los habitantes de los trópicos, representado por diversas especies, la yuca suculenta y nutritiva, la no menos agradable arracacha, las exquisitas legumbres, las variadas hortalizas y deliciosas frutas exóticas é indígenas, forman granero de abundancia en que la cocina del pobre y la repostería del opulento, hallan, para la subsistencia y el agrado, abundante provisión.

Comoquiera que la propiedad rural esté prodigiosamente dividida, los cultivos mencionados, aunque muy importantes por su cantidad, no se ofrecen á examen prolijo sino á trechos. Antes el valle tenía grandes dehesas en que pacían numerosas manadas de reses vacunas y caballares; pero la necesidad creciente de aumentar las producciones propiamente agrícolas, ha reducido á proporciones minúsculas la industria pecuaria, hasta el punto de que hoy la leche y el queso sean caros en demasía, y casi siempre escasos. Por dicha, el inconveniente se subsana en parte con el auxilio que suministran los cortijos establecidos sobre la alturas vecinas y en los distritos cercanos.

Recoja Ud. en su mente lo que en breves palabras acabo de apuntar sobre nuestra flora, y agréguele mucho más que dejo en el tintero, por no extender fuera de medida esta carta, y podrá creerme cuando le diga que, al contemplar un bosquecillo de sauces á la orilla del río, de mangales, de pomos, de cipreses, de guamos y de otros muchos árboles, cree el observador que ha caído en gratísimo ensueño, porque la

realidad de tanta belleza no se alcanza con los sentidos en estado de vigilia; y crecerá su admiración cuando desde alguna altura divise, en cuanto alcance la mirada, desde el inofensivo color verde de los prados, con reflejos de oro, hasta el sombrío y oscuro que imita por su concentración el de las más aquilatadas esmeraldas de Muzo.

Noto que al querer describir la excelencia de estos campos, caigo sin quererlo, en enfatismo peligroso, tanto más arriesgado para mí, cuanto prefiero siempre gastar estilo llano y lenguaje popular.

Para darle idea exacta de lo apiñada que está la población en este trozo del país, le digo que, previo aviso convencional para la transmisión de una noticia cualquiera, partida del extremo Sur, podría llegar en cinco minutos al extremo Norte, comunicada de punto á punto por la voz humana.

No hace todavía muchos años que las habitaciones de esta comarca estaban cubiertas por techos en su mayor parte pajizos, y de tejas en la menor. Hoy es raro encontrar una casa de las primeras, pues en lo general pertenecen á la última categoría. Casas de dos pisos son poco numerosas en los campos, porque la moda seguida en esta clase de construcciones, es darles uno solo. Nuestros antepasados gustaron de construir sus habitaciones con una galería al frente, que llamaban corredor. Por la puerta central de esa galería se entraba á la primera pieza, llamada sala ó salón, destinada habitualmente al recibo de visitas, y á uno de los lados de esa pieza había otra, conocida con el nombre de aposento, mientras que al lado opuesto estaba una gran alcoba ó dormitorio común.

En ciertos casos, jefes de familia acomodados, complicaban la hechura de sus hogares con la adición de algunas piezas más, empleadas como dormitorios, como depósito de útiles de labranza, como despensa y como troje.

El patio seguía á la casa, el huerto al patio, el platanal al huerto, y la dehesa al platanal. Con frecuencia, alguna planta trepadora, de bella y aromática flor, como el jazmín ó la mosqueta (éste, único rosal entonces conocido), servían de adorno á los corredores sin que por esto dejara de haber en ocasiones, para realzar el cuadro, un jardinito lateral con algunas eras de claveles, alhelies y otras plantas, y huertecillo en que se cultivaban hierbas medicinales muy socorridas en casos de enfermedad.

Lo que acabo de escribir sucedía hace cuarenta ó cincuenta años; más al presente las cosas han cambiado, porque las mayores comodidades traídas por la civilización así lo piden.

Los edificios campestres, en la actualidad, tienen forma de escuadra. Con no poca frecuencia estas habitaciones ocupan cuatro lados, lo que les da forma claustral con patio en el centro. Unas veces ofrecen zaguán, y otras se penetra en el salón, por una puerta colocada al centro de la galería como antaño, y de súbito, si se permite la frase. En ocasiones, al cuerpo principal de la casa sigue otro posterior, destinado al servicio de la familia. Si se exceptúan casuchas reducidas, pertenecientes á gente paupérrima, quedarán muchas que son verdaderos modelos de comodidad y hasta de elegancia.

En efecto, para que se forme idea de la exactitud de lo que vengo diciéndole, añadiré á usted que hay muchas de estas construcciones rodeadas de bonitas y espaciosas galerías, con buenos salones de recibo, alcobas propias para los diferentes miembros de la familia, pieza para costurero, despensas, comedores, departamento para sirvientes, depósitos de instrumentos para beneficiar la tierra, fuente de agua potable, surtidores, baños bien dispuestos, muebles sencillos pero adecuados para el servicio, espejos y láminas para ornato, hechos bien aderezados, animales domésticos en abundancia, y limpieza en todo; porque el aseo, el orden, la compostura y la economía son virtudes tradicionales en la mayor parte de estos campesinos que, merced á trabajo constante, llevan, por lo general, vida holgada y recomendable.

Tengo entendido que la clase llana de Holanda, es en Europa la que mantiene el hogar doméstico en mejores condiciones, y sobre el particular opino que el pueblo de esta parte de la República, si no ha llegado todavía á igual punto de perfección, algún día llegará, porque el camino que transita, á él conduce. Cuando yo era médico, toda consulta que recibía, terminaba con esta pregunta, hecha por el enfermo: “¿Puedo bañarme, señor?” Si la contestación era afirmativa, la fisonomía del enfermo mostraba satisfacción; en caso contrario, se asombraba. El baño en agua corriente ha entrado en esta tierra en el número de las necesidades indispensables.

Las flores que antes figuraban como asunto de simple entretenimiento y que se cultivaban en corto número, cuando más para que las señoritas llevarsen puestas una ó dos en la cabellera, ó para tributar culto

á la patrona del lugar en las grandes festividades, han aumentado en cantidad prodigiosa. Es difícil llegar á las casitas más humildes sin encontrar en ellas algunas plantas de las nuevamente introducidas, y es muy común hallar espléndidos y bien ordenados jardines en que la vista se deleita y el alma se regocija con la contemplación de este nuevo elemento de perfección social.

Entiéndase que lo dicho últimamente, se refiere sólo al hogar campestre de la clase llana. La gente acaudalada de Medellín ocupa puesto más alto en esta materia, porque son muchos los ciudadanos propietarios de lindas quintas en los campos que circundan la capital, y eso en todas direcciones. Tales casas de recreo son preciosas, pues además de su elegancia, muestran comodidades bastantes para la satisfacción de las necesidades comunes, y llegan en ocasiones hasta la ostentación de un lujo refinado; ricos muebles, buenos caballos, coche en ocasiones, suntuosos baños y mil cosas más que sería prolijo enumerar, todo se encuentra en esos recomendables albergues, creados por labor constante, por aplicación infatigable y por severa economía.

Los habitantes del campo visten, por lo general, telas sencillas de algodón ó de hilo, llevan ruana y sombrero de paja y de fieltro, todo ello aseado, lo mismo entre labriegos que entre arrieros. Los pobres, y son los más, como se concibe, andan con los pies desnudos, sin distinción de sexo; los que no son muy pobres, gastan botas. En los días feriados es agradable ver la concurrencia á los templos ó á las plazas de mercado, porque entonces el saco de *pañete*, ó la levita lucen sobre el cuerpo de algunos hombres, y la zapatilla de alto tacón es aiosamente llevada por señoras y señoritas de la clase rica. Las mujeres y los hombres del pueblo visten lo mejor que se encuentra en sus baúles; pero sea que revelen pobreza ó comodidad, se adivinan al través de los vestidos sólidas pantorrillas, brazos robustos, armaduras orgánicas resistentes, y, en fin, la fuerza y el vigor que revelan sanidad de raza y que prometen algo ó mucho para el porvenir de Colombia.

Si quisiera explotar en esta carta el venero, casi inagotable, de las costumbres antioqueños, enfadaría á Ud. y á sus lectores, y saltaría por encima de los términos de mi encargo, por lo cual quiero complementar la descripción del valle de Medellín, para ver de llegar á esta ciudad y decirle alguna cosa acerca de ella.

Además de la población diseminada en los cortijos que engalanan toda la superficie del valle, hay otra recogida en poblaciones de mayor ó menor importancia, que paso á enumerar rápidamente.

En la banda occidental y al Sudoeste de Medellín, sobre la base en que descansa la pesada montaña del Romeral, está asentado el pueblo de la Estrella, cuya erección, según las crónicas locales, se hizo dándole por vecinos á algunos indios yanaconas, que había hacia la parte izquierda de la quebrada Santa Elena.

El caserío de la Estrella es de humilde apariencia, pero está favorecido por situación pintoresca. La torre de la iglesia, pintada de blanco, se alcanza á divisar desde la carretera que conduce de Medellín á Envigado y desde sus puntos vecinos, como la vela blanca de una goleta que navegue con sosiego sobre las olas de una mar tranquila. El Dr. Rufino Cuervo, uno de nuestros hombres más esclarecidos y de quien se dice que á la gravedad del filósofo acompañaba el donaire de hombre del mundo, á la figura del diplomático la seriedad del jurisperito, y á la sensatez del sabio la agudeza del *cachaco* bogotano, en visita que hizo á esta tierra, hace ya muchos años, contemplaba atentamente, desde el atrio de aquella iglesia, el panorama que se desenvuelve al frente y á los lados, y, después de recogida meditación, exclamó: “Oh, esto parece mentira; no es cierto.” “He visto”, agregó, “la llanura de Lombardía, y la considero muy inferior á ésta en punto de belleza”.

En efecto, yo he visto también la Lombardía, y pienso que si á los encantos naturales que ofrece aquella extensa llanura se los quitara el incentivo de las ciudades que la esmaltan, de los prodigios creados por antigua civilización, y del manto deslumbrador de un enorme pasado histórico, esta tierra de montañas, diminuta como es, le haría notables ventajas. He paseado también el bendito valle del Cauca, esperanza del porvenir colombiano; he visto su importancia indescriptible, sus florestas no holladas todavía por la planta humana, sus cristalinas aguas, sus canoras aves y su linda flora; pero debo confesar que esa extensión de cuarenta leguas de longitud y quince de anchura, me ha velado sus facciones como si estuvieran envueltas por la bruma sutil de sus dilatados horizontes. El paisaje de este valle de Aburrá no representa ciertamente un gran cuadro, salido de la paleta y de la mente de Horacio Vernet; es más bien preciosa miniatura, contenida en breve espacio, evocada con maestría por el pincel inspirado de Messonnier, porque en tal paisaje todo palpita, todo se percibe con la simple mirada.

Al Occidente de la Estrella está el pueblecito de San Antonio de Prado, de creación reciente y barrio apenas del Distrito de Itagüí. Este, atravesado por cómoda carretera, está situado en la parte baja de la llanura y favorecido por feracísimos terrenos.

La Villa de Envigado, á ocho kilómetros al Sur de la capital del Departamento, colocada como en anfiteatro, rica de sementeras, de árboles frutales, de jardines, de un hermoso templo católico, de un espacioso edificio para hospital ó colegio, de casas bien dispuestas, de aguas salutíferas, de aire puro, de temperatura suave y de muchas otras ventajas, adorna graciosamente el escenario.

Entre la villa descrita y la ciudad capital, hay un interesante barrio de Medellín, conocido con el nombre de *Poblado*, que ha surgido en estos diez ó doce años, con formas admirables de belleza y como por evocación de magia.

Además de esta fracción ó barrio, Medellín tiene como tales á Belén, América, Robledo, San Cristóbal, San Sebastián, Piedras Blancas y Bello, interesantes los más por motivos que no enumero, deseoso como estoy de terminar esta carta.

De todos los parajes situados sobre las alturas circundantes, el valle de Aburrá sorprende al viajero que lo visita, por su singular belleza; pero hay algunos de aquéllos desde los cuales el panorama se observa con más admiración.

El alto de Santa Elena, como el más frecuentado y acaso como el mejor dispuesto, ha sido hasta hoy el más favorecido; porque efectivamente, al colocarse de súbito sobre aquella eminencia y al dirigir la vista al Occidente, mil pormenores, cubiertos de límpido cielo y atmósfera transparente en las mañanas y tardes de verano, quedan bajo el dominio del espectador. El enrejado casi inextricable construído por los lindes de las heredades, no puede compararse á un tablero de ajedrez, porque la figura no asume condiciones geométricas que le den tal semejanza. Se dirá, más bien, al examinarlo, que remeda el laberinto de Creta y que para seguir sus enmarañados giros, sería preciso llevar en la mano el hilo mitológico de Ariadna. Tánta luz, tanto arrebol, tánta sementera, tánta suavidad de líneas, tánta armonía de contornos, tánta delicadeza

en las curvas del río, tanta riqueza de azul, verde y amarillo en las faldas montañosas, y la ciudad de techumbres pardas y de paredes blancas que reposa en el fondo, como pudiera hacerlo la perdiz en el nido rodeado de follaje, es asunto más propio para ser cantado por poetas que descrito por prosadores de mezquina fuerza.

Prescindo de extenderme en esta carta con reflexiones más ó menos elocuentes para ponderar el mérito de tan soberbio paisaje. Ruego á Ud. solamente, que si en la relación hecha hallare algún arrebató de fantasía, lo excuse en gracia de que tal cosa se debe, más bien que á interés de escritor, á movimiento de pasión; porque, hablándole con franqueza, el amor intenso que profeso al país natal, puede privarme de la cordura que Ud. me atribuye cuando califica mi pluma de discreta.

Mi carta anterior fue únicamente descriptiva; ésta aspira á ser netamente histórica.

Hablé á Ud., al tratar del pueblo de La Estrella, de un lugarcito conocido por San Antonio de Prado, que demora un poco al Occidente, y ahora le agrego que San Antonio está situado á regular distancia del riachuelo Doña María, del cual también le hablé como originario de la montaña de Canoas. Entre los tributarios de Doña María se puede contar, como uno de los principales, el raudal de Quebrada Larga, que nace en el cerro de Las Cruces y en montañuelas vecinas.

Siguiendo el cauce del raudal mencionado, se llega á una depresión de la cordillera, que puede considerarse congénere de otra situada más al Sur, conocida con el nombre de Mal Paso.

La primera de estas depresiones montañosas queda faz á faz de Heliconia, y la segunda, frontera de Amagá.

El Capitán Jorge Robledo, que venía como Conquistador, enviado por D. Sebastián de Belalcázar, andaba como enredado en laberinto de montañas, y á la cabeza de un pelotón de españoles, que no alcanzaban á ciento.

Aquellos hombres se parecían un tanto á argonautas terrestres, que navegaban por el mar inmenso de descubrimientos y conquistas.

Cuando Robledo hubo llegado á un caserío de indígenas, al cual puso por nombre “Pueblo de las Peras”, que, según toda probabilidad, estaba situado en donde hoy se halla Amagá, notó que la cordillera se mostraba un tanto rebajada de altura, y lo mismo observó al llegar á otro caserío, un poco más al Norte, en donde halló gordos panes de sal, por ser tierra rica en fuentes saladas. Estaba sin duda en lo que es hoy Pueblito, Sabaletas ó Heliconia; y como por aquel tiempo los invasores peninsulares viviesen agitados por la quimera de *El Dorado*, ó la casa del Sol, que consideraban como tesoro de incalculable riqueza, los que por acá peregrinaban, perseguían el mismo objetivo, bajo el nombre de valle de Arbí.

El Cabo de la corta expedición de que trato, nombró en aquella vez á Jerónimo Luis Tejelo, para que, guiando una partida de 25 hombres, trasmontase la sierra y examinara la región que debía de existir al oriente de ella.

Pienso que Tejelo, en cumplimiento de su encargo, entró al valle por Quebrada Larga y Doña María, y nó por Mal Paso y Caldas, como algunos han creído. Pero sea de ello lo que fuere, es lo cierto que á la prima del alba se vio atacado por crecida turba de naturales, que debió de ser relativamente poderosa, puesto que le obligó á retraerse y á dar cuenta al jefe, de lo que le acontecía, y del bello descubrimiento que dejaba hecho.

Sin pérdida de tiempo, acudió el Capitán Robledo con toda su gente y con ánimo de dar ayuda al guerrero que se la pedía. Los indígenas, al ver aumentadas las fuerzas enemigas, retrocedieron espantados y dieron paso libre al Conquistador, quien inmediatamente atravesó la llanura y estableció cuartel general en el sitio de Aná, sobre el cual se fundó más tarde esta ciudad de Medellín.

El descubrimiento de tal localidad se hizo cuando comenzaba á declinar el año de 1541, y como el día del hallazgo fuese el de San Bartolomé, ese nombre, que no se conservó, le pusieron á la comarca.

El Capitán español permaneció algunos días en el paraje de Aná, desde donde destacó algunos subalternos para que fuesen en diferentes direcciones á explorar el territorio; y como nada encontraran que satisficiera sus deseos, regresaron al campamento sin traer noticia de provecho.

Se decidió entonces tirar á Occidente, en requerimiento del río Cauca, donde esperaban hallar el ponderado valle que buscaban. Parece muy probable que continuaran la correría trepando la cordillera por Montañita, hasta dar en Guaca, hoy Heliconia, rica salina, en la cual volvieron á ver panes de sal.

Siguiendo camino, pasaron el gran río, frente al pueblo de Curumé, y anduvieron hacia abajo, por la banda izquierda, hasta dar con la llanura en que está asentada hoy la ciudad de Antioquia, que primitivamente no fue erigida en el lugar que ahora ocupa, porque, atareados en reconocer los senos de la tierra y en guerrear incesantemente con los indios, avanzaron hasta Frontino, donde al cabo de trabajos y para reposar, tomaron pie y fundaron la susodicha ciudad, al terminar el año 41 del siglo XVI.

Unos dicen que la fundación se verificó en un vallecito que se llamaba Ebéjico, y otros lo niegan; pues tienen por Ebéjico la llanura en que actualmente está colocada la ciudad, sitio en el cual, y por hallarse mal dispuesta la primera, fue segunda vez erigida por el Capitán Juan Cabrera, Teniente de Belalcázar, en el año siguiente de 1542.

Los españoles no quisieron fundar ciudad, ni villa en el valle de San Bartolomé, no obstante sus visibles recomendaciones de belleza y exuberancia. No poblaron al principio en el pintoresco y rico valle regado por el Tonuzco y por el Cauca, y tuvieron á bien ir hasta cerca de Frontino y levantar en la loma de La Cruz los cimientos del caserío que, trasladado al punto en que hoy está, prosperó tanto como el que más del Nuevo Reino, en los primeros años que siguieron á su fundación. Hoy, por motivos accidentales, la capital antigua de Antioquia parece en decadencia; pero al terminar la fabricación de un puente monumental que actualmente se construye sobre el Cauca, para poner aquélla en comunicación con la parte interior del Departamento, y al tener vía fácil y cómoda para llegar al mar de las Antillas, sobre todo si el canal de

Panamá llega á ser obra definitiva, su prosperidad será sorprendente, porque son pocas las regiones de Colombia tan favorecidas por ventajas naturales. La razón para que las cosas pasaran en aquel tiempo como sucedieron, es de obvia interpretación. Los aventureros europeos no tenían el propósito de encomendar sus aprovechamientos personales ni á la agricultura, ni al comercio, ni á la industria en general; buscaban oro, oro en polvo, en pajuelas, en pepitas, en tejos y en alhajas. Únicamente en eso consistía su apetecida riqueza.

Antes de continuar en la mención de los puntos históricos que se refieren al establecimiento definitivo de la villa de Medellín, pido licencia para transportarme con la mente al tiempo mismo del descubrimiento, con el objeto de darme cuenta de lo que sería el circuito cubierto entonces por floresta virgen. Ya en mi carta anterior toqué asunto más oscuro, cuando consideré lo que debía de ser ocupado por aguas de antiguo lago; por manera que nada tiene de extraño el que entre ahora en descripción, que algo tiene de hipotética y algo tiene de real, por hallarse fundada en razones de analogía; pues alcancé á contemplar en mi niñez restos de aquella primitiva formación.

Para evitarme trabajo, tomo algunos lugares de antiguo escrito, que, en forma de discurso, publiqué, en ocasión solemne, hace yá muchos años, y que, por ser míos, los pongo á mi servicio.

El lugar nuevamente hallado por Jerónimo Luis Tejelo, estaba en la cabecera y en los flancos de un valle que debió sorprender á los caminantes, por la pintoresca belleza de la posición, por lo poético de las formas, por la benigna y casi sensual graduación de la temperatura, por la profusa riqueza de la vegetación, por el armonioso concierto de las aves, por la multitud de los cuadrúpedos y por la pródiga variedad de los frutos y semillas.

Viajeros que, después de mucho tiempo, andaban como sepultados en los dobleces de suelo tan escabroso como el nuestro, debieron sentir impresión inefable de placer al examinar desde los planos inclinados de la nueva región, deliciosa llanura cubierta por bosque secular, recorrida por manso y cristalino río, esmaltada á trechos por humildes chozas y cultivos rudimentales, cruzada por torrentes, fertilizada por arroyos, hermoseedada por algunas colinas salientes, por cejas amenas y espaciosas, y por un paisaje tan

delicado y rico á un mismo tiempo, que debió parecerles, desde entonces, vergel natural lleno de magnificencia y esplendor.

La imaginación me dice que en aquella remota época, el paraje mismo en que se asienta hoy la ciudad de Medellín, sería abertura pequeña de bosque, en que las serpientes salían á orear sus escamas á los quemadores rayos de sol; ó quizás el antro en que el oso ó la danta, el leopardo ó el tigre, establecían sus cubiles; ó tal vez el punto en que un añoso cedro encajaba las raíces de su tronco, para elevar á los aires el frondoso ramaje en que manadas de monos y de ardillas, acróbatas de la selva, corrían gesticulaban, gritaban y mecían sus cuerpos veleidosos, ó en donde las aves tropicales entonaban la música admirable de sus trinados y gorjeos.

Tan cierto es lo que acabo de escribir, que muchas veces, paseando estos campos, me he preguntado si su belleza de ahora será mayor que la que tenían en su estado primitivo, y no he alcanzado á resolver el problema.

Pocos años después de la fundación de la ciudad de Antioquia, la guerra de conquista terminó por su propia virtud. Los arcabuces guardaron silencio, las lanzas y las espadas lavaron la sangre de que estaban manchadas y una época de recogimiento sucedió á la algazara de las batallas y á las grandes hecatombes de seres humanos que pueblos sencillos é inocentes presenciaron con estupor y sin poder darse cuenta de los motivos que las habían originado. En Aburrá, el fenómeno se ofreció con caracteres simples; porque los indígenas, aunque un poco más avanzados en artes elementales, eran tan apocados y cobardes, que la mayor parte de ellos se ahorcó con sus propias vestiduras, por temor al aspecto extraño de los invasores y por el terror que produjeron en su flaco espíritu las poblada barbas de los guerreros, los movimientos marciales de éstos, el ruido de las descargas, la carrera de los caballos, el filo cortante de las espadas y el denuedo con que eran atacados.

Ciento treinta y cuatro años quedó este territorio estacionario y sin dar muestras de vitalidad. Desde Caldas hasta Barbosa, y de cordillera á cordillera, espacio más que triple del que considero, había únicamente en 1671, doscientos ochenta dueños de casas y 3,000 habitantes, con unas pocas ermitas aisladas, en las cuales contados sacerdotes celebraban en ocasiones el oficio divino y administraban los

sacramentos. Centro religioso para los habitantes de aquellos cortijos, pertenecientes en general á ricos propietarios antioqueños, era una diminuta parroquia gobernada por el Padre Facundo Martín de la Parra en lo que es ahora el Poblado.

Sin embargo de lo dicho y de lo que me atrevería á llamar mezquina población, ya á mediados del siglo XVII, aquellos vecinos, apoyados por la influencia del Gobernador D. Francisco de Montoya, pedían el establecimiento de una villa que les sirviese como punto fijo de reunión; mas como Antioquia, por motivos especiales, opusiese todo su valimiento á la proyectada empresa, y los vecinos insistiesen, el asunto fue llevado á la Audiencia Real de Bogotá y sometido á trámites que parecieron impedirlo por entonces.

Los interesados en la erección de villa resolvieron, para vencer todo obstáculo, ocurrir directamente á la Majestad española. Doña María Ana de Austria, por muerte del Rey D. Felipe IV, con un Consejo de Regencia, dirigía á la sazón los destinos de la Monarquía.

Después de muchas vacilaciones expidió la Regencia cédula de fundación, y por causa de que D. Francisco Portocarrero y Luna, Conde de Medellín en Extremadura, actuase como Presidente del Consejo, se dispuso, para honrar su nombre y el del lugar de su nacimiento, que la nueva población llevase en adelante el nombre de Villa de Nuestra Señora de la Candelaria de Medellín.

Promulgada la Cédula Real por el Gobernador D. Miguel de Aguinaga y llenadas convenientemente, á usanza española, las fórmulas del caso, quedó dicha villa erigida el día 2 de Noviembre de 1675, si bien su advocación no se efectuó hasta el 24 del mismo mes y año.

Echados los fundamentos del lugar, la operación subsiguiente consistía, como puede fácilmente comprenderse, en dar fomento á sus adelantos, desarrollo natural á su existencia y vida á nuevos elementos que lo hicieran con el tiempo próspero y feliz. Este empeño era verdaderamente noble; pero mil obstáculos, casi invencibles por su carácter, se opusieron desde el principio á que se le diera cima con fortuna y lucimiento.

La posición topográfica de Medellín fue siempre tan contraria á su adelanto rápido, que sin la incontrastable voluntad de sus hijos, ella no tendría hoy ni importancia relativa, ni significación alguna. Aislada, en medio de montes que la rodean por todas partes, sin caminos, sin ríos navegables, y distante de todos los senderos que le permitieran libre comunicación con otros pueblos, permaneció por siglos sin los estímulos del comercio, sin los recursos de la industria, sin el socorro de buenas relaciones, sin el auxilio de los libros, sin las ventajas de las artes y sin el aliento poderoso de la ciencia. Sus hijos, confinados en estrecho recinto, como el ave en el recipiente de la máquina neumática para la experimentación física, han carecido durante largos años del aire vivificante que sopla de regiones mejor favorecidas, y la luz quedó extinguida al querer penetrar en nuestras selvas, sin llegar al fondo de nuestros cerebros.

Desde 1675 hasta el presente, contamos 216 años; y si de ellos se rebaja el tiempo corrido entre nuestra emancipación (1810) y el tiempo actual, tendremos que durante un poco más de siglo y medio, esta tierra vivió vida colonial, en la cual dormitó perezosamente, como dormitaron la mayor parte de los establecimientos coloniales de España en el Continente Americano. Aquel estado de letargo limitó el movimiento civilizador, por causas que sería impertinente examinar en esta carta.

Empero, la rígida perseverancia de nuestra raza, el temple acerado del antiguo carácter español, movido y fortificado por la índole agreste y dura de los elementos ambientes de la comarca, dieron aliento; y por labor constante, se logró vencer en parte las dificultades que se oponían á abrimos franco paso por la ruta que conduce á la relativa civilización, Lento, pero gradual y sostenido, fue el triunfo alcanzado en tan penosa lucha. El atraso era evidente. Se carecía de escuelas, colegios, universidades y bibliotecas; por manera que la ignorancia general era profunda.

Existencia patriarcal, casi tan perfecta como en los tiempos de Jacob, ofrece la historia de este pueblo en su época primitiva. Los jefes de familia regían el hogar doméstico, á la manera que los patriarcas bíblicos gobernaban su tribu, y en las faenas caseras, como en todo lo demás, la mujer alcanzaba condiciones de virtud primitiva. Por eso, si no podemos distinguir en aquel lejano horizonte el aspecto lucido de la inteligencia ilustrada, sí podemos percibir un conjunto de costumbres tan limpias y sencillas, que con razón han tenido el honor de ser citadas como ejemplo tradicional.

En los últimos cinco años del siglo XVIII, Medellín tenía como único establecimiento de educación una mala Escuela de primeras letras, doscientos cuarenta y dos casas de tejas y de paja, seis iglesias y veintinueve balcones. La Providencia toda, al principiar nuestra guerra de independencia, contaba 80,000 habitantes, de los cuales, á lo más, tocarían á la ciudad 5,000. La estadística de aquellos tiempos nos descubre pormenores de varias clases, en completo acuerdo con tan precaria manera de existir. Comparemos, pues, ese atraso lamentable, con nuestra relativamente próspera situación presente, y convengamos en que la diferencia da un resultado admirable de ventura; fenómeno lógico, debido en gran parte á la acción de dos fuerzas nuevas-la independencia y la libertad.

En el curso de la tarea que me he impuesto, deberé hacer á Ud. la enumeración de las ventajas conseguidas hasta hoy, y por ella caerá en la cuenta de que, si bien se anduvo con lentitud al principio, se anda con razonable rapidez al presente, por la vía de adelantos fundamentales.

Pienso que cuando Ud. solicitó de mí algunos datos acerca de la ciudad de Medellín y de su situación actual, no llegó á pensar por un momento, que diera con hombre tan difuso como yo. No es culpa mía si gasto mucho tiempo en la relación de pormenores, porque debo tal flaqueza á haberme entregado desde muy temprano á estudios anatómicos y quirúrgicos, que si no me han dado ciencia, sí han ingerido á mis escritos espíritu analítico, que toca con frecuencia en lo prolijo.

Además: entre los distintos fenómenos que me han llamado profundamente la atención en el curso de mi prolongada carrera, hay dos que he contemplado siempre con positiva admiración; la vida y la muerte. La primera, porque nos llega siempre acompañada de inefables alegrías y de plácidas sonrisas; y la segunda, porque nos sorprende constantemente entre lágrimas y lamentos. Hay en lo primero sujeto para un idilio, y hay en lo segundo argumento elegíaco; y como yo pretendo invitarlo para que asista conmigo al alumbramiento de un pueblo que viene á la civilización, me detengo en pequeñeces que pido á Ud. me excuse con su genial benevolencia.

Desde el año de 1810 hasta el de 1822, la situación de la Provincia de Antioquia fue, con corta diferencia, la misma que tocó á las demás secciones que componían la antigua República de Colombia; es decir, la de un período revuelto y lleno de problemas militares, que no llegaron a resolverse sino por los

triumfos definitivos de las armas republicanas en las célebres batallas Taindala, Pichincha y Yahuarcocha. En aquel tiempo, por todos los lugares del país, hubo sacrificios de sangre, de hacienda y de vidas; y si bien es cierto que en el territorio de Antioquia, por causa de su posición geográfica, la lucha fue menos cruenta, justicia es confesar que esta porción del territorio dio a nuestra gran revolución hombres notables que la ilustraron por más de un punto de vista. D. Juan del Corral (momposino ilustre, devotísimo de Antioquia, por vínculos sagrados de familia), los Ortices, los Restrepos, los Uribes, los González, los Gómez, los Salazares, los Alzates, los Montoyas, los Córdoba, los Giraldo y otros muchos que sería largo enumerar, ya en los campos de batalla, ya en el gabinete como estadistas, ya en el parnaso como poetas, ya en la tribuna como oradores, ya en la vida pública como patriotas, enaltecieron muy dignamente la grande obra de nuestra inmortal y gloriosa emancipación.

Del año de 1822 al de 1860, con cortos intervalos de paz, que forman excepciones en Antioquia, como en toda la República, se ha gastado gran parte de tiempo en vida de cuarteles, en campos de batalla y en agitaciones políticas, que á las veces han llevado la fiebre de las pasiones populares hasta el delirio.

Se concibe fácilmente que en medio de tanta alteración pública, un pueblo no puede andar gran cosa por el camino de los adelantos materiales ni intelectuales; sobre todo si se atiende á que los motivos que actuaron en la época de la colonia, han continuado ejerciendo su acción paralizadora por algún tiempo más. La causa eficiente de la detención á que me refiero es, por tanto, múltiple; pero, cuando trato de darme razón de la más poderosa de los motivos que nos mantuvieron por aquel período en situación estacionaria, no puedo hallarla sino en el influjo de una ley material y espiritual que, con los físicos y los filósofos, llamo fuerza de inercia; ley por la cual todo cuerpo y toda inteligencia propenden á conservar el estado en que se hallan, de movimiento ó de reposo, según las condiciones.

Quedó Antioquia en quietud perfecta durante aquel tracto, como queda la bola de billar sobre la mesa cuando los jugadores abandonan la partida, esperando la contracción del brazo de un nuevo jugador y la fuerza que da nuevo golpe de taco para hacerla correr en su campo durante tiempo indefinido.

Aunque no hayamos tenido en el transcurso de 81 años paz estable, que merezca plena confianza, es lo cierto que en algunos cortos intervalos, el vigor y la actividad de los pueblos cobran bríos, crecen y siguen

hacia delante. Esto ha sucedido con especialidad en la comarca antioqueña; porque, sepa Ud. que, después de que las revoluciones llaman á nuestra puerta, el movimiento industrial no se detiene, y que después de que nuestros caudales son mermados por contribuciones de guerra y otras, las tareas de este pueblo vuelven al carril natural cuando se extingue el humo del último disparo.

No soy yo de los que piensan que estas nuestras contiendas intestinas detengan el impulso de nuestros adelantos. Soy ya demasiado viejo, y desde el año de 1830 en que se disolvió la antigua Colombia hasta hoy, he venido presenciando todos los acontecimientos políticos, bélicos y sociales, que se han sucedido unos á otros, sin que en ellos haya percibido sino el cumplimiento natural de leyes estrictamente históricas y fisiológicas. He ejercido durante 48 años la profesión de médico, y convendrá Ud. conmigo en que en tan largo tiempo, por lerdo que haya sido, me he hallado en disposición de sospechar muchos principios biológicos aplicables á la sociedad humana.

He visto nacer muchos niños, y he contemplado los fenómenos orgánicos de su infancia, los accidentes de su niñez, su entrada en la pubertad, el despertar de sus pasiones en juventud, sus virtudes y desvíos en la edad adulta, su prudencia en la vejez y su degradación en la caducidad, y por tanto, puedo decir que entre los cuatro y cinco meses de edad, la salud del niño se altera porque los dientes forman núcleo que pide trabajo; que de los siete á los nueve, los mismos dientes rompen los maxilares y las encías; que entre los doce y quince meses los molares se abren campo; que entre los seis y los nueve años, incisivos, caninos y molares se remudan; que entre los catorce los quince, brotan pasiones con grandes exigencias; que entre los veinte y veintiuno, las cordales reclaman juicio; que desde los veintiuno hasta los cincuenta se cosechan frutos de inteligencia ó de virtud, de delito ó de crimen, según el caso; que desde los cincuenta hasta los setenta y cinco la parte moral del hombre afirma ó niega según los precedentes de su vida, y que de los setenta y cinco en adelante, el menoscabo orgánico no deja vitalidad sino para llorar al muerto, siempre con vaivenes de salud ó dolencia.

Entiendo que las sociedades son como los seres humanos, y por esto las considero sujetas siempre á diferentes alternativas de salud ó enfermedad, de quietud perfecta ó de movimiento desordenado, de reposo saludable ó de agitación tormentosa. Los pueblos que no pasan gradualmente por esas alternativas, no son

más felices que los otros; porque llegado el caso, pagan de una vez por todas. Testigo la República chilena en la época presente.

Es preciso transitar por la calle de la amargura y pasar por el purgatorio, como lo hemos hecho nosotros, para gozar más tarde de la bienaventuranza. Debates ardientes por la prensa, sinsabores constantes, utopías que van y vienen, sangrientos campos de batalla, ensayos peligrosos, y mucho más, que sería prolijo mencionar, constituyen nuestro martirologio, desde cuando nos llamamos libres hasta hoy.

Abandono por el momento estas filosofías impertinentes, é invito á Ud, á que entremos de lleno en la ciudad simpática y hospitalaria que, si no me ha servido de cuna, puesto que soy envigadeño en carne y hueso, ha sido mi residencia habitual hace cerca de medio siglo. Digo ciudad simpática y hospitalaria, y agregó que si Ud, quiere exigirme prueba de lo que afirmo, no tiene que hacer otra cosa sino dejar lares y penates, tirar por la parte occidental de la ciudad de Quesada y penetrar de rondón á ésta que le describo. Entre la iglesia Catedral y el puente de Palacé, á veinticinco metros de uno y otra, hallará Ud, una casita de estilo inglés, á la cual puede allegarse, y entrar sin tocar á la puerta, bien seguro de que los habitantes de ella lo recibirán como bienvenido.

En el año de 1860 una línea tirada de Oriente á Occidente, desde la antigua Escuela de Artes hasta cien metros más debajo de lo que es hoy calle de Salamina, y otra de Sur á Norte, desde el punto en que principia la carretera Sur hasta la calle de La Paz, abrazaban en su conjunto un espacio de terreno que, reducido á rectángulo, por líneas que cayeran perpendicularmente á las primeras, comprendería una extensión de 152 hectáreas: extensión que, como Ud. ve, es bastante reducida, para poder decir que entonces, más bien que una ciudad, teníamos un pueblo sencillo y de escasa importancia.

Hoy, una línea trazada de La Puerta Inglesa, al Oriente, hasta cerca del río Medellín, al Occidente, y otra de Sur á Norte, desde cerca del puente de Guayaquil hasta el Cementerio de San Pedro, unidas por perpendiculares que formen otro rectángulo, nos darán lugar poblado de 606 hectáreas, ó sea un producto que demuestra que en treinta y un años nuestra población ha cuadruplicado ó poco menos.

Efectivamente, este aumento no es igual al que ofrecen muchas ciudades de la América del Norte; pero sí es muy superior al que acostumbran tener las poblaciones de la América Latina; y como el aumento parece andar en progresión geométrica, es fácil comprender que dentro de cincuenta años Medellín será algo que llame la atención por su importancia.

En la extensión dicha, tiene la ciudad 927 manzanas, más grandes unas que otras, como sucede naturalmente en casi todas las poblaciones de origen américo-español, á cuya formación no presidía plan determinado.*

Déjeme Ud. decir, aunque la cosa parezca de novelista, que todos los objetos del inventario que he hecho en nota para hacer menos pesada su lectura, forman en su conjunto esta reina de montañas, tendida á modo de gran señora, sobre un lecho inclinado de Oriente á Occidente, por la diferencia de altura de 88 metros, que es la que existe desde el nivel del río hasta la preciosa quinta de *Miraflores*, en la parte superior. De esta manera tendrá Ud. que nuestra soberana asombrará graciosamente las sienes bajo el dintel de La Puerta Inglesa, que bañará sus pies en las ondas cristalinas del Aburrá, que extenderá el brazo derecho sobre las corrientes espumosas del Santa Elena y que jugará á la izquierda con el verde y tupido ramaje de los sauces, aguacatillos y cañaverales de los ejidos.

* El número de manzanas que doy á Ud. está encerrado por las siguientes calles:

De Norte á Sur: Neira, La Paz, Zea, Perú, Juanambú, Caracas y Maracaibo.

Avenidas de la Quebrada: Ricaurte, Calibío, Boyacá, Colombia, Ayacucho, Pichincha, Bomboná, Maturín y San Juan.

De Oriente á Occidente: Aranzazu, Miguel Uribe R., Aguinaga, Nariño, Giraldo, Berrío, Palmas, Córdoba, Girardot, Niquitao, El Palo, San Félix, Caldas, Carúpano, Sucre, Abejorral, Ecuador, Junín, Venezuela, Palacé, Bolívar Carabobo, Cundinamarca, Cúcuta, santa María, Tenerife y Salamina.

Entre todas esas calles hay siete plazuelas: Buenos Aires, San José, San Roque, La Veracruz, San Juan de Dios y San Benito y cuatro plazas: la de Mercado Cubierto, la de D. Félix de Restrepo, la de Bolívar y la plaza principal, hoy de Berrío.

El número de edificios públicos que merece mención, es como sigue: Seminario Conciliar, Colegio de los Hermanos Cristianos, Biblioteca y Museo de Zea, Palacio de gobierno, Presidio, Imprenta del Departamento, Casa de Moneda, las Escuelas Normales, iglesia de la Vera-Cruz, iglesia de San Benito, iglesia Catedral, Escuela de Artes y Oficios, iglesia de San José, Cuartel de gendarmes, Hospital de Caridad, iglesia de San Juan de Dios, Escuela de Minas, Universidad de Antioquia, iglesia de San Francisco, Colegio de San Ignacio, Escuela de Beneficencia, Colegio de las Hermanas de la Presentación, Teatro, Palacio Episcopal, Casa Municipal, Palacio de Justicia, Cárcel pública, Convento de Carmelitas, iglesia del Carmen, Casa de Asilo, iglesia de San Antonio, Asilo de Desamparados, Catedral en construcción, Casa de Mendigos, Manicomio ú Hospital para los locos, Ermita de San Serapio, Cementerio de San Pedro y Cementerio parroquial.

Si todo lo expresado pareciera á Ud. fantástico, quégese á sí mismo y condene la hora en que provocó, con su tal vez imprudente exigencia, el amor que profeso á la tierra.

Los diferentes artículos que, á manera de factura comercial, he metido en los inventarios que preceden, me darán pie para hablar de especies y de géneros, como acostumbran hacerlo los naturalistas, á quienes quisiera, pero no puedo, imitar con perfección. Contentémonos, por ahora, con agregar á la substancia de esta carta, algunas generalidades que acaso no carezcan de interés para los curiosos.

No debe pensarse que al enumerar calles, plazuelas, plazas y edificios públicos, haya tenido la intención de dar aspecto monumental á la capital de Antioquia. Todo existe en realidad; pero está muy lejos de asumir aspecto grandioso, ya se le vea por la faz de la arquitectura, ya se le considere por el lujo, ya por la del refinamiento artístico. Las casitas que sirven de habitación al pueblo son pequeñas, pero generalmente bien gobernadas; aquellas en donde moran los artesanos, son cómodas, bien distribuídas y á veces tienen la arrogancia de exhibir alfombras, papel de colgadura, interesantes cuadros, uno que otro quinqué y hasta espejos grandes con marco dorado; las que pertenecen á la clase acomodada, en la cual cuento industriales de diverso género, comerciantes, abogados, médicos etc., están más prolijamente embaldosadas, entabladas á veces, entapizadas algunas, empapeladas las más y provistas todas de ricos y costosos muebles, que cautivan no pocas veces el espíritu observador de los extranjeros que nos visitan, quienes por el conocimiento que adquieren de los caminos que acá conducen, no alcanzan á explicarse por qué arbitrios se hayan podido transportar hasta el corazón de estas breñas, pesados planos y espejos monumentales.

La mayor parte de nuestras habitaciones urbanas cuentan un solo piso; hay bastantes que tienen dos, y unas cuatro ó cinco que van hasta tres, de construcción que imita un poco las europeas de tercer orden, en su aspecto y en su distribución; pero esta moda no ha calado en el gusto del pueblo, quien ha dado en decir que están hechas en inglés y que no las entiende.

Por regla general, que considero invariable, diré á Ud. que en la época presente la última casa que se fabrica es mejor que las anteriores. Algunos ricos han hecho construir en estos dos últimos años varias casas en los malecones del riachuelo Santa Elena y en las vecinas calles, que no les van en zaga á muchas atildados palacios de los que se contemplan á lo largo de los Campos Elíseos en París, y en algunas de las

avenidas que á ellos convergen. Y entienda que no le hablo únicamente del aspecto exterior, porque el boato con que están decoradas me parece digno de todo encomio.

Las calles no están dispuestas como en las ciudades modernas de la América del Norte; es decir, no se cortan, manzana por manzana, en ángulos rectos. Algunos aplauden aquello, diciendo que la simetría es monótona. Mas sea de ello lo que fuere, estoy por este último sistema, y no por el de encrucijadas españolas, que se me parece en todo y por todo á rúbrica de escribano viejo, en que los extraños se desvían como en intrincado laberinto.

No es precisamente esto último lo que acontece en Medellín, porque aunque muchas de esas vías sean torcidas y por ende irregulares, atendido el todavía reducido espacio en que giran, no se corre mucho riesgo de quedar perdida en ellas por largo tiempo.

Nuestras calles más antiguas son notablemente angostas, pero como los edificios que las encierran son por lo general de poca altura, la luz las baña con facilidad y el aire atmosférico circula libremente en todas direcciones. Además, el blanquimento de cal que de modo uniforme tiñe las fachadas, si bien produce el inconveniente de deslumbrar la vista, por exceso de reflexión luminosa, tiene también la ventaja de dar aspecto alegre al conjunto; y tan alegre, que quien esto escribe, afirma, sin temor de equivocarse, que la capital de Antioquia contesta como con una sonrisa al saludo que recibe del viajero que la visita.

No hace todavía una decena de años que estas calles estaban construídas á manera de canoas, es decir, altas en las aceras y cóncavas en el centro, para dejar correr por él las fuentes de agua viva, y, en las horas de lluvia, precipitados arroyos. Hoy el sistema ha cambiado, porque la parte central, empedrada con guijarros, es convexa, y los andenes limitados por acueductos hechos de cal y ladrillo que dan paso á las corrientes con rapidez y facilidad. Agréguese á esta última favorable disposición, que muchas de las comunicaciones urbanas tienen por debajo cómodas alcantarillas destinadas á la limpieza diaria de las habitaciones y que las que no las tienen, las tendrán bien pronto, por cuanto la diferencia de nivel entre el suelo de la ciudad y los lechos del río, de la quebrada Santa Elena, de la Palencia y de los zanjones, brindan mucha comodidad para establecerlas.

He dicho que las calles son angostas y un poco torcidas en ciertos puntos, y agrego que algunas carreras nuevamente abiertas, están tapadas por edificios nuevos, construidos sin que la Municipalidad haya pensado impedirlo. Esta observación se refiere, sobre todo, á la parte primitiva de la ciudad; porque las vías que hoy trazan son más anchas y rectas; no tanto, sin embargo, como deberían serlo. Que una de nuestras poblaciones adolezca de éstos y algunos defectos más en su arreglo, es asunto que se explica sencillamente á mi manera de ver, por causas que han venido presidiendo á su formación. Tenemos mucho respeto al derecho de propiedad; y aunque en la materia las leyes de expropiación autoricen para tomar cualquier pedazo de terreno cuando la utilidad pública así lo pide, la autoridad retrocede á veces ante providencias extraordinarias de esa clase, porque percibe algo odioso en la aplicación de tales disposiciones y porque, como además la ley exige previa indemnización, las Municipalidades, sumamente pobres, no pueden gastar lo preciso para conseguir fines de ornato y comodidad. En las monarquías absolutas, las ciudades se levantan grandiosas desde el principio, porque los déspotas disponen á su amaño del trabajo de los siervos y de los caudales públicos. En las repúblicas no debiera acontecer lo mismo, porque del trabajo de los ciudadanos no se puede disponer arbitrariamente. No es sino cuando los gobiernos democráticos prosperan tanto como en los Estados Unidos del Norte, cuando las poblaciones asumen aspecto monumental. Nosotros tendremos que esperar largo tiempo para llegar á ese punto.

Las plazuelas cuya enumeración he hecho, son, por lo general, de corto espacio; la de Buenosaires, más grande que las otras, está todavía menos poblada que ellas; la de San José es un cuadrilátero bellamente dispuesto, decorado por el templo de su nombre y por algunos árboles al frente del atrio; la de Caldas es más bien una calle ancha, por la cual ruedan ocultas por largo arco de fábrica las aguas de la Palencia. A lo largo de esa plazoleta hay una fila de acacias que al elevar sus troncos, y al extender sus copas, darán frescura al sitio; la de San Roque, en donde está el palacio episcopal, es bastante más ancha y está provista también de lindos árboles; las de la Veracruz y de San Juan de Dios, son, más bien que plazuelas, grandes atrios embaldosados, y la de San Benito, aunque de regular tamaño, ofrece sólo, como cosa interesante, el templo de su nombre, edificio pequeño, pero de sencilla y correcta arquitectura.

La plaza que llamamos hoy *mercado cubierto*, está al Oriente de la ciudad, entre las calles de Berrío, de Giraldo y de Ayacucho. A esta plaza, como á las restantes, consagraré algunas observaciones en la carta siguiente, pues á ello se prestan por más de un punto de vista.

La calificación de mercado cubierto que se da en Medellín á la nueva plaza, en servicio desde el principio del año, es un poco exagerada, pues apenas se la puede llamar mixta; es decir, cubierta en parte y en parte al aire libre.

La distribución del lugar abraza dos departamentos principales, divididos por una doble galería y tiene cuatro calles de entrada. La galería mencionada separa en dos secciones el edificio, ambas empedradas y provistas de fuentes centrales que surten de buena agua potable. En esa plaza se celebran ferias al descubierto en los días secos, pero como adentro está provista de anchos corredores, cuando llueve los concurrentes tienen dónde guarecerse.

El nuevo mercado ofrece el inconveniente de estar muy lejos del Sur, el Norte, el Ocaso y aun del centro de la ciudad, razón por la cual los habitantes de esos puntos no dejan de elevar algunas quejas en contra. Mas como por el contrato sobre privilegio celebrado con el Sr. Rafael Flórez, se permite la construcción de otro ú otros mercados que se establezcan á 900 metros de éste, considero probable que algún empresario nuevo ejecute la obra, lo que será de grande utilidad para la población.*

La plaza de Félix de Restrepo se llamaba antes del Colegio ó de San Francisco, pero por ley especial recibió el nombre de uno de nuestros más respetados y queridos próceres.

El costado oriental de esta plaza está formado por las fachadas de la Universidad de Antioquia, del templo de San Francisco y del Colegio de San Ignacio. Los tres lados restantes lo están por casas de modesta apariencia. En el centro hay una fuente, y filas de árboles, sencillamente distribuidos, completan el todo de este sitio, que espera aumento de fondos públicos para erigir una estatua, que decretó también la ley antes citada, en memoria del abolicionista de la esclavitud, D. José Félix de Restrepo.

* Este deseo se ha realizado. D. Carlos C. Amador hace actualmente la Plaza de Mercado Cubierto de Guayaquil, sobre n excelente plano del Sr. Carré.

La plaza de Bolívar es la más espaciosa de Medellín y será bien pronto una de las más hermosas de la República. En estos momentos se hacen en ella mejoras que obedecen á un plan concebido y ejecutado por D. Manuel Botero, de acuerdo con la Municipalidad, y á este respecto puede decirse que tal plaza será la primera palabra del arte aplicado con buen éxito al ornato de la ciudad. **

Nueve calles convergen á ella, pues uno de sus lados, en vez de tener otra, para completar diez, comienza á ser ocupado por el atrio de la Catedral en construcción; obra ésta que si se lleva á término, será positivamente de estilo irreprochable. Su Director, Sr. Carré, que ha trazado los planos y dirige los trabajos, es consumado artista, modesto y sabio ingeniero.

El espacio ocupado por la plaza de Bolívar comienza á rodearse de muy regulares edificios que, atendida la importancia del sitio, no estaría mal que fuesen aun mejores. Ostenta en el centro suntuosa fuente de hierro. Eras caprichosas y bien dispuestas sirven para el cultivo de árboles, arbustos y plantas de flores, y, destinadas á separarlas, proporcionadas calles, cubiertas de arena menuda, para el tránsito de los paseantes. El todo está encerrado por un marco vivo de acacias, árbol indígena, acaso el más galano de los trópicos, por sus abundantes flores violáceas y por el grandioso y tupido follaje de su copa.

En este jardín hay árboles indígenas y exóticos, numerosos arbustos de las mismas clases y vegetales herbáceos de lucidas flores, todo ello limitado por rica verja de hierro; y como la feracidad del terreno es grande y la precocidad vegetativa tánta, todo se ve crecer en escala sorprendente.

La plaza vieja, llamada *principal* en tiempos pasados, y hoy de Berrío, para honrar con ella la memoria de este ciudadano, se destina á colocar en su centro la estatua del que fue magistrado modelo y á quien Antioquia debe gran número de importantes servicios. El cuadrado que la forma está constituido por casas de dos pisos de muy decente apariencia. En la parte oriental se eleva el templo más antiguo de Medellín, que sirve hoy como iglesia episcopal. En el centro hay una fuente pública.

** Ya está concluída, y es bellísima

Si Ud. se coloca en el atrio de la Veracruz, con la mirada al Sur, y sigue en esa dirección, llegará á la calle de San Juan, y de ella en adelante, por angosta carretera, bordada por dos filas de sauces y por cañaverales, al puente de *Guayaquil*, donde la vía se divide á manera de las varillas de un abanico, para ir á Belén por la derecha, á Itagüí por el centro, y á Envidado por la izquierda. Es de sentirse que esa carretera del Sur sea un poco angosta, porque llana y bien trazada, como está, forma aventajado paseo, no muy concurrido por los vecinos, por estar próxima al río, baja y sujeta á emanaciones mefíticas. Desde el puente de *Guayaquil* hasta Caldas, la carretera es amena, y en ella alternan variados y espléndidos paisajes, que regocijan al viajero; pero no tanto quizás como sucede en la vía que conduce á Envidado, donde á cada paso del corcel y á cada vuelta de la rueda del coche, el panorama cambia, como por obra de encantamiento, y ofrece al viandante escenas de lujo natural que mueven la organización más estoica. Desde Envidado hasta el Ancón de Sabaneta se construye actualmente uno de los más lindos caminos de ruedas de la República; y tanto, que en opinión de algunos peritos en la materia, esa vía puede sostener competencia con las mejores de los estados Unidos del Norte y de las más adelantadas naciones de Europa. De allí en adelante esos caminos continúan, pero salen del cuadro que me he propuesto trazar á usted.

Si desde el mismo atrio de la Veracruz se sigue directamente al Norte, se llegará pronto a la Calle de Neira y se estará de hecho en la carretera septentrional, y por lo mismo, en el tranvía que desde Medellín lleva hasta la colina de Bermejales. En esta carretera ya no hay sauces ni cañaverales, sino frondosos árboles de uno y otro lado.

Una compañía belga ha comprado últimamente extenso lote de terreno entre la ciudad y los Bermejales, y si los proyectos que anuncia han de tener, como es probable que tengan, adecuado desarrollo, la parte de la población allí puesta y la calzada central que la recorra, serán admirables á la vista é interesantes sobre toda ponderación.

Si de la esquina Suroeste de la plaza Berrío, se avanza en línea recta al Ocaso, se dará pronto con el puente de Colombia sobre el río Medellín; y es colocado sobre él y extendiendo la vista en todas direcciones, como se pueden contemplar los más lindos pasajes de la comarca; porque las curvas del río, los bosquecillos de sauces, la brillantez del cielo, la suavidad del aire, los encantos del agua en movimiento, el azul de las cordilleras, la concurrencia de los vecinos y la vida en toda su plácida armonía, se nos ofrecen allí como en

campo paradisíaco. A eso aludí cuando en una de mis cartas anteriores dije que hay en este valle puntos de vista tan admirables, que al examinarlos con detención, se perdía el sentimiento de la vigilia para entrar en las regiones de lo soñado.

Si de una cuadra al Sur de la vieja plaza de la villa se anda al Oriente por la Calle de Ayacucho, se llegara á la antigua Escuela de Artes, se pasará por uno de los costados del mercado nuevo y, avanzando siempre, se dará con el barrio de Buenosaires, de fundación reciente, y después de pasar la Puerta Inglesa, casi enfrente de ella se tendrá á mano izquierda la quinta de *Miraflores*, tan admirablemente situada, tan lujosamente dispuesta y tan recomendable en todos sus pormenores que, más que mansión de acaudalado antioqueño, parece morada predilecta de un opulento oriental.

Empero, el más delicioso paseo de la ciudad se halla situado sobre los malecones del riachuelo Santa Elena, que se extienden de lado y lado del agua por algunas centenas de metros, desde el puente de Junín hasta el llamado de *Miguel Gómez*. Yo considero ese trecho como la joya artística y natural que engalana á nuestra población. La corriente está encerrada entre murallas de pedernal sólidamente construídas. A la vera de cada margen hay una fila de copudos árboles y á lo largo de ellas la calzada que da paso á los transeúntes, limitada á su vez por paredes y verjas de elegantes casas que ya muestran sus fachadas desnudas, ó bien se introducen separadas de la vía por algunos metros que ocupan los propietarios en el cultivo de flores raras, de preciosos arbustos ó de árboles corpulentos. El sauce, la ceiba, el búcaro, el naranjo, el piñón, el algarrobo, la cañafistula, las palmeras, las acacias, los alcaparros y muchas especies más, interpoladas unas con otras, dan al paisaje el más delicioso aspecto que se pueda imaginar. Esta variedad de plantas constituye, á mi entender, la gran ventaja de las ciudades tropicales para su embellecimiento ulterior, sobre todo, cuando un arte esmerado intervenga en el asunto; porque flora tan exuberante habrá de prestarse para las más complicadas operaciones de adorno y de hermosura.

No hace todavía muchos años que una parte de los habitantes de Medellín mostraban á las claras su origen etiópico ó del Congo, del Senegal y de la Nubia, y yá hoy ese tipo ha desaparecido casi completamente. La raza mixta abunda en verdad; pero se muestra con caracteres muy recomendables; porque la refusión de las castas anda á paso precipitado y porque el cambio de las costumbres, de los hábitos y de las prácticas privadas, ha ganado de modo visible y tiende á mejorar nuestra condición personal.

Los artesanos, que son mulatos en su mayor parte, llevan ruana de paño, camisa blanca y bien aplanchada, elegante sombrero de paja, botas lustrosas y pantalón de paño, y eso es cuando no van al igual de los caballeros más apuestos. Sus mujeres asisten á los templos con ricas mantillas ó con buenos pañolones; unas de traje negro y otras de indianas, de colores bien escogidos, de cortes irreprochables, cuidadosamente peinadas y calzado el pie con zapatillas de última moda. Las señoras visten como en Bogotá, como en Quito, ó como en México, quizás con un poco más de economía; pero en todo caso con algo que revela comodidad en unas y riqueza en otras.

La clase más pobre lleva, como es natural, vestidos más humildes, pie desnudo y trajes modestos; pero siempre reveladores de gran compostura.

El uso del calzado, que á decir verdad, es reciente por acá en la clase inferior, está obrando el prodigio de reducir el tamaño de los pies, que antes era un tanto desrazonable. Descienda Ud. un poco con el pensamiento, llegue hasta los pordioseros y déjeme decirle todavía que esa desgraciada clase ocupa en la escala social puesto mucho más alto y ventajoso que la misma de otros países. Decía D. Mariano Ospina R., que los pobres de Antioquia no olían á pobres; frase que en el fondo tiene mucho de cierto, pero de cuyo valor absoluto no quiero salir responsable, contentándome con decir que el mendigo de Espronceda, el mendigo tipo, de pungente mal olor, no existe en estas regiones ó es muy raro.

Además, se tiene de los paseos mencionados que la población frecuente, se tiene también la costumbre de hacer excursiones dominicales á los pueblos vecinos, sea á lomo de caballo ó á pie, lo que produce soledad relativa en lo poblado y que, en opinión mía, no deja de desvirtuar un tanto la intimidad de las relaciones sociales.

Las distracciones populares entran por mucho en la vida ordenada, cuando son bien dirigidas y asunto de mero solaz y divertimento.

Tiene Medellín gran número de baños públicos y privados, sin contar los sitios destinados á ese objeto en las fuentes, raudales, riachuelos y el río. Estos últimos son frecuentadísimos, y si no me equivoco, razón tienen los que prefieren esta clase de abluciones á las de aguas estancadas, si bien no se pueden reputar

como tales, las cómodas y en ocasiones elegantes albercas construídas en los domicilios particulares y en otros que se ofrecen al público.

Los baños al aire libre tienen la ventaja de ser hasta cierto punto dobles: primero, baño de aire circulante, y segundo, de agua corriente, que toca la piel, limpia, pasa y se renueva. D. Simón Rodríguez, el célebre amigo del Libertador, me ponderaba mucho los benéficos efectos higiénicos de los baños de aire que él tomaba una noche en mi presencia, á pesar de ser octogenario, en la fría atmósfera del Cotopaxi.

Tiene la ciudad los siguientes baños públicos: La Puerta del Sol, El Edén, los de Cipriano, los de Coriolano, y, en el barrio de Aná, El Jordán. En todos ellos el agua es purísima y el servicio, aunque sencillo, exquisito. Todos ellos son fríos y bien fabricados. Las ropas que en ellos se suministran, aunque no perfumadas como en los países de ultramar, brillan por la limpieza.

Si bien no tenemos establecimientos hidroterápicos, en la acepción extensa de la palabra, en la Puerta del Sol aplican saludables duchas á quien las pide, y en El Jordán, el espacio es bastante grande para entregarse á ejercicios de natación.



No se puede concebir la existencia de una ciudad notable, sin el acopio, en abundancia, del agua, elemento bienhechor. Recorra Ud. en su mente los grandes centros humanos del globo terrestre, y verá que los más populosos están situadas á las márgenes de grandes ríos, ó al menos provistos, por medio del arte, de enormes depósitos de agua traída de largas distancias.

La ciudad de Medellín está regada por el río del mismo nombre, que corre de Sur á Norte; por el riachuelo Santa Elena, que la atraviesa de Oriente á Occidente y que se une con el anterior en la parte baja de la ciudad; por la *quebrada* Palencia, con curso de Sur á Norte, y por el Zanjón ó *quebradita* de los Ejidos, que gira en dirección Noroeste hasta entrar en el río, cerca del Santa Elena.

De estas corrientes, las dos últimas son de poca importancia, y meramente deben considerarse como desagüaderos que recogen y arrastran las inmundicias para sacarlas fuera de lo poblado.

Todas ellas tienen puentes para facilitar el tránsito de los vecinos; en el Aburrá ó Medellín, el de Guayaquil, sobre la carretera que conduce á Caldas; uno en construcción para comunicar la capital con el barrio de América ó La Granja, y otro, el más antiguo en la Calle de Colombia, puente que lleva este mismo nombre y que sirve para unir la ciudad con el barrio de Robledo ó Aná. Los dos primeros son de clásica solidez; construido el uno de fábrica; colgante el segundo; y el último, aunque de madera, descansa sobre fuertes estribos de cal y ladrillo. El riachuelo de Santa Elena tiene los siguientes, de Este á Oeste: el primero en frente de la Calle de Aranzazu, sobre el antiguo camino de Río Negro; el segundo, de hierro con el nombre de *Miguel Gómez*, para pasar del malecón izquierdo á la Calle de la Ladera; el tercero colgante, en la Calle de Girardot, bautizado con tal nombre; el de Mejía para recordar al valeroso prócer de la guerra de Independencia, inmediato á la Calle del Palo; el de Junín, en la calle de este nombre; el de Palacé, á pocos metros de la plaza de Berrío; el de Arco, construido por el sabio Caldas en el año de 14 y el primero que hubo en la ciudad; el de la Calle de Carabobo, que comunica la carretera del Norte con el centro de la población; el de Cundinamarca, y, en fin, el de la Calle de Santamaría, que se halla en construcción.

Sobre la Palencia hay un puente en la Calle de Ayacucho y otro sobre el malecón izquierdo del Santa Elena, cercano á la confluencia. Hay además otros puntos en que este riachuelo está cubierto por obras de fábrica.

La *quebrada* Loca posee también un puente para comunicar la Plaza de Bolívar con la calle de este nombre, y otro sobre la de Carabobo. Hay, en fin, uno tercero sobre la Calle de Zea.

El manantial de los Ejidos tiene igualmente uno sobre la Calle de Bolívar y dos sobre la de Carabobo.

Después de la fundación de la ciudad, los habitantes de la parte oriental y central se servían para sus necesidades domésticas, de las aguas de los riachuelos Santa Elena y Palencia, y los de la parte baja ú occidental, de las del río Medellín, y como estas últimas fueran de excelente calidad, resultaba que los

vecinos de esa parte gozaban en general de buena salud, mientras que los de la parte alta estaban sujetos á las dolencias que engendran aguas impuras.

En el paraje denominado *Bocaná* hay varias fuentes saladas, y entre ellas una de bastante consideración; pero es el caso que la sal disuelta en esas fuentes no se adapta al consumo del hombre y se emplea sólo para mantener en buen estado la salud de los ganados. En otros términos: es lo que por acá llamamos *sal amarga*, cuyo amargor se debe á que no predomina en ella el cloruro de sodio en la cantidad precisa, y á que contiene sulfatos de potasa, cal, soda, magnesia y acaso algunos principios más, como yodo, bromo y fluoro.

Disueltos esos elementos con el agua de la quebrada, ejercían acción dañosa sobre la organización de los vecinos. Hasta el año de 1838, los hombres estaban sujetos á padecer anemia, y las mujeres, clorosis, de donde resultaba que en todo el lugar había personas sumamente pálidas y achacosas, que con alguna frecuencia terminaban su existencia por hidropesía incurable en aquel tiempo y que en éste suele no serlo.

En el año de 1791 el Gobierno español mandó a esta tierra al ingeniero D. Juan Bautista Monzón, con el encargo de establecer en Medellín una real fábrica de aguardiente; y como para ello tenía necesidad de copioso acueducto, manifestó al muy ilustre Ayuntamiento que el agua que pensaba conducir á su fábrica, tomada en el riachuelo de Santa Elena, pasaría por el centro de la plaza mayor y que por tal motivo pensaba que la Municipalidad haría bien en levantar una *pila* en tal sitio.

El Cabildo comisionó para informar sobre el asunto á D. José Ignacio de Posada, á D. Miguel Fernández de Latorre y á otros, con previo juramento de que informarían sobre el punto, en conformidad con su conciencia.

Hasta entonces los negros esclavos y las negras llevaban el agua de la quebrada á los diferentes domicilios, y fundados en razones de moralidad, como la de evitar faltas contra la honra de Dios y para impedir que los esclavos se huyeran, la comisión opinó que la *pila* debía ser inmediatamente construída en conformidad con las indicaciones del Sr. Monzón.

La obra se ejecutó; pero como por entonces los materiales de construcción eran sumamente ordinarios, bien pronto amenazó ruina, en términos que en el año 23 de este siglo hubo necesidad de refeccionarla, lo que efectivamente se hizo. En aquel año había aún verdugo en Medellín, y me refiere alguien, que en tal época era niño, que el día de la inauguración, cuando se trató de hacer chorrear el agua, el dicho verdugo, armado de una larga zurriaga, espantaba y azotaba á los muchachos, que se apiñaban curiosos al rededor de la fuente.

El año de 1851, yá la famosa *pila* estaba de nuevo en lastimosa decadencia, cuando D. Francisco Posada, patriota distinguido, la reemplazó con la que hoy existe, costeadá en parte de su peculio, y en parte con donaciones voluntarias que activamente solicitó entre sus amigos.

Cuando eso acontecía, el agua que usaba el público era de excelente calidad; porque D. Evaristo Zea primero, y D. Estanislao Barrientos después, habían cambiado la de Santa Elena por la de dos raudales llamados *Aguas Claras* el uno, y *Castro* el otro. Ese cambio produjo resultados admirables sobre la salud y bienestar de los medellinenses, y se acrecentó su benéfico influjo higiénico, porque al mismo tiempo aquellos dos honorables ciudadanos arreglaron en lo posible los desagües de los Ejidos, que antes eran cenagales deletéreos, por consecuencia de las frecuentes avenidas del río. Pienso yo que á esa clase de hombres la sociedad agradecida debe tributarles grandes honores.

Un poco después de la época á que acabo de referirme, por los años de 1855 á 1856, D. Jacobo F. Lince, recomendable sujeto, unido á un afamado alarife de apellido Rodríguez, á quien el pueblo, sin que yo sepa porqué, apellidaba el maestro Castillo, emprendió la humanitaria tarea para el público, y provechosa para ellos de dotar á la población con el agua llamada de *La Ladera*, de mejor calidad que la que existía entonces, porque el Cabildo, para disponer de mayor cantidad, mezcló á la que habían puesto los Sres. Zea y Barrientos, algo de la que corre en la parte inferior del Santa Elena, que si no es completamente mala, es muy inferior á la de *La Ladera*.

Esta última proviene de las diferentes fuentes que corren por el flanco occidental de la cordillera del centro antioqueño, ramificación de la oriental de los Andes; pero acontece que el largo acueducto que la suministra, llegado á lo que hoy se llama barrio de Villa Nueva, provee en tiempo seco á todos sus

habitantes, dejando sedientos á los propietarios de ella en el resto de la ciudad, que no la tienen sino en épocas de lluvia.

Siendo ahora el agua relativamente escasa para atender á las exigencias de la población entera, la Municipalidad, de acuerdo con algunos empresarios, ha determinado construir un espacioso acueducto, para traer parte del riachuelo *Piedras Blancas* hasta la ciudad. Esa obra está á punto de concluirse, y acabada que sea, el agua potable de superior calidad será abundante y salutar, excesiva para el pedido actual y bastante para muchos años más tarde.

Agréguese á lo dicho, que el riachuelo Santa Elena, arriba de Bocaná, es alimentado por el fluido acuoso más exquisito de la comarca, y que tanto de él como de *La Espadera* se puede hacer llegar á la población cantidad de agua que supere en mucho la copia de ella que tendrá la capital en el transcurso de medio siglo, aun suponiendo que ande á paso de gigante por el camino de los adelantos.

Hay todavía más: el agua del río, tomada en la parte alta de su curso, puede ser distribuída en la mayor extensión del lugar; y si no se quiere tomarla desde arriba, la operación puede ser hecha en la parte baja, con maquinaria idéntica á la que se ha empleado en el Schuylkill en Fairmount para surtir á Filadelfia, como la del río Harlem para prover á Nueva York, como la de Marly en Francia, como la del Magdalena de Barranquilla, ó como muchas otras de que supongo tiene Ud. noticia.

Aunque por lo dicho se comprende que Medellín no carece de agua potable y de agua para el aseo, yo conceptúo á pesar de la buena reputación de ciudad limpia que tiene, no le faltan algunos lunares que deben ser quitados; pues por el lado de la higiene pública, aunque su calidad de sitio saludable sea indiscutible, de lo cual salgo garante como médico, pienso que si bueno en alto grado, pudiera ser muchísimo mejor.

Los Ejidos al Suroeste de la ciudad, y los terrenos al Noroeste, son bajos y anegadizos, y como me parece haberlo indicado, cenagosos en tiempo de invierno. Esa circunstancia, á mi entender, es causa de que en las épocas de transición, de verano á invierno, ó viceversa, las enfermedades infecciosas sean un tanto más comunes entre nosotros; y para evitar los peligros que acarrear, propuse al Gobierno, hace algún tiempo, la canalización del río Medellín, desde frente á Bello hasta el puente de Guayaquil, procurando que se

le dé al cauce alguna mayor profundidad; pues ganando en el nivel de la corriente, de seis á ocho metros, los desagüeros de la ciudad correrán libremente, los campos quedarán secos y cultivables y la salud pública asegurada.

El Gobierno, á pesar de algunas objeciones hechas en contra de mi proyecto, parece haberlo aceptado de buena voluntad; pero la obra, un poco costosa, anda con lentitud.

Para concluir esta carta le diré que, atendido el desnivel de las corrientes que caen á Medellín y sus alrededores, desde la falda de la montaña vecina, la presión del líquido es tal, que los surtidores que á veces se construyen por lujo en las habitaciones centrales, en los afueras y en las casas de recreo, alcanzan á elevarse uno, dos, tres y hasta ocho metros sobre la superficie del suelo. Dejo á la interpretación de Ud. el adivinar la sorprendente belleza de juegos de agua que podrá haber en lo futuro, si Medellín, vistos sus adelantos posteriores, llega á tener la importancia de Versalles, Fontainebleau, San Germán y otros sitios que cautivan la exigente imaginación de los franceses.

Cuando el Genitor sublime de los seres y de las cosas estaba ocupado en formar el teatro que debía ser habitado por el hombre, lanzó en la creación dos cuerpos simples para que vagasen en la atmósfera. Esos dos cuerpos, oxígeno e hidrógeno, unidos en íntimo consorcio, formaron el agua, y al formarla, la misericordia de Dios hizo caer sobre el labio sediento de sus hijos el líquido refrescante que debía impedir que fuesen calcinados por el calor central, por el del sol y por el de la fiebre.

Cuando en mi serie de cartas me ha tocado hablar á Ud. de la galanura de este valle, he procurado que mis descripciones vayan ajustadas á la verdad. Pero como en lo dicho existe algo que para los que no conocen esta comarca parezca exageración, no ha dejado de llegar á mis oídos susurro que me acusa de ser un tanto inclinado á alardear de nuestras naturales. Para justificar que lo dicho por mí es cierto, tendría si fuese preciso, prueba de bulto, invitando á los que duden de mi veracidad, á que vengan á comparar lo escrito con lo que existe. Si tál sucediera, yá estaría yo seguro del triunfo.

No tema Ud. que al hablarle en esta carta y en las que me faltan por escribir, de cosas que atañen á la manera como está servida esta ciudad, yo eleve mis ponderaciones sobre el nivel de nuestra positiva situación. Estos escritos aspiran á quedar únicamente como crónicas lugareñas que habrán de leer y compulsar los antioqueños venideros, para medir lo que sean con lo que fueron.

No me detengo en explicar, con pormenores, lo que se refiere á menestrales de diferentes clases, porque esos elementos de adelanto material son aquí, poco más ó menos, como los de otros muchos lugares de la República. Diré solamente que el peón antioqueño de ínfima categoría, el aplicado puramente á oficios materiales, está constituido por dos factores que le dan cierta relativa superioridad sobre muchos otros de la nación; sanidad de cuerpo, que engendra vigor físico, y despejo natural de inteligencia, que de mucho sirve á las clases ignorantes. Efectivamente, señor; yo pienso que el obrero medellinense ejecuta en un día tarea doble de la que he visto desempeñar á muchos trabajadores de Colombia.

Tampoco me detendré en la enumeración de industrias pequeñas, que dan como resultado, comodidad á los vecinos en la vida pública y en la privada. Si yo digo, por ejemplo, que tenemos copia de buenos artesanos, como sastres, zapateros, herreros, &c., se me podrá tachar de nimio y hasta de pueril; pero como intento únicamente describir el mecanismo que arregla en todo ó en la mayor parte las tareas de este pueblo, me tomo la libertad de ser prolijo en la exposición de algunos puntos.

El arte del zapatero y el del sastre, á pesar de la grande introducción de calzado y vestidos ingleses y franceses, alcanza entre nosotros alto grado de perfección; y no porque los materiales indígenas que en él se emplean sean de buena calidad, pues eso de adobar pieles y de fabricar telas se halla en lamentable atraso, sino porque, traídos de países extranjeros todos estos artículos, los obreros los aderezan con grande habilidad.

La carpintería deja muy poco qué desear en cuanto á adelantos. Los constructores de edificios operan con desembarazo, y con tánta destreza, que á veces asombran por la prontitud que tienen para manejar pesados leños, para acomodarlos con rapidez, para adaptarlos unos á otros y para fabricar armazones sólidas y elegantes.

La hechura de muebles es aventajada. Cuando un carpintero común necesita modificar, componer, perfeccionar y aun inventar alguna máquina, lo hace con acierto; y tanto, que la minería, los ingenios de azúcar y otros ramos de industria, encuentran en ellos poderoso apoyo. Las maderas de construcción son de excelente calidad y las de ebanistería admirables. El laurel comino, crespo y liso, inatacable por todo insecto; el diomate, el cedro, el nogal, el chaquiro, el abinje, el algarrobo, el guayacán y muchos otros, se prestan á maravilla para la fabricación de muebles que serían lujosos hasta en populosas ciudades de la América del Norte, Inglaterra, Francia y Alemania. Ebanistas tenemos para quienes es practicable tarea construir órganos y pianos, á cuya labor se entregarían si los introducidos de Ultramar no los rivalizasen por su mejor precio.

Los cerrajeros son hombres de ingenio; pero, poco conocedores de los secretos del arte, han llegado solamente á fabricar algunas armas de fuego. Para ellas y para las que se procuran al ejército, preparan aquí cápsulas y algunas otras municiones de guerra, con máquinas apropiadas para tal objeto.

Los fundidores de metales abundan bastante y son capaces en sus respectivos oficios; y como la tierra produce regulares cantidades de oro y plata, los encargados de reducir esos cuerpos á barras, los ensayan antes de mandarlos á mercados extranjeros, con no desmentida precisión. Oficinas de ensaye hay tres en la ciudad.

El trabajo mecánico más atrasado en Medellín es el del hojalatero; pues guarnicioneros, veleros, plateros, orífices y otros, cuál más, cuál menos, revelan buenas aptitudes para la ejecución de sus obras; si bien es cierto que los últimos desconocen lo concerniente á esmalte y ligereza en la obra.

Esta ciudad ha reemplazado el antiguo alumbrado de velas de sebo por bujías esteáricas de aceptable calidad; pero preciso es decir que bajo este aspecto el atraso es considerable, porque el consumo del gas no existe y el de la electricidad es apenas un amago. Sospecho que en esta materia la gradación habrá de ser rota por salto que se dé de la grasa de ahora al alumbrado eléctrico que se espera.

Empero, si la luz eléctrica no nos ilumina todavía, el telégrafo, tomando por centro esta ciudad extiende sus alambres en todas direcciones, y la comunica con la mayor parte de los Distritos del Departamento, con todos los Departamentos de la República, y, por medio de éstos, con algunos países de Ultramar.

El teléfono principió á establecerse en los últimos meses del año próximamente pasado, y continúa desenvolviéndose á contentamiento de los vecinos y muy en su provecho.

Hay cosa de trescientos cincuenta aparatos en ejercicio en la capital; va el hilo telefónico á varias casas de campo de ricos propietarios; comunica á Medellín con lugarillos como Poblado y Robledo y con la villa de Envigado. Se están construyendo ó se piensan construir líneas que comuniquen á esta ciudad con Río Negro, Sonsón &c.

Yo inferiría gran ofensa á la ilustración é inteligencia de Ud., si al hablar de cada una de estas cosas me detuviera en detalles relativos á la importancia social de este ramo. Pero antes de ir con mis disertaciones á otra parte, no quiero prescindir de indicarle que á poco más de 5 kilómetros de esta ciudad, al Oriente, el riachuelo Santa Elena forma pintoresca cascada de 25 á 30 metros de elevación, y que ese precioso accidente geográfico está allí, enfrente de Medellín, como esperando el golpe de magia que deba darle la física moderna experimental, para echar sobre la población las vibraciones maravillosas, la *vis incita* de la Naturaleza, que le dé luz, industria y vida.

Paso por alto algunos oficios de menor cuantía, y dejo para la carta siguiente á los alfareros, picapedreros y albañiles, porque pienso describir en ella el modo como aquí se construyen los edificios, los materiales que entran en su fabricación, los salarios de los trabajadores, el talento relativo de que disponen éstos, y la manera de vivir que gastan los vecinos en el hogar doméstico; y paso á tratar en esta relación de lo que concierne á las bellas artes y á su manera de ser entre nosotros.

En el año de 54, punto de partida de mis narraciones, tenía yo un amigo francés en esta ciudad. ¡Pobre Coronel Coleville! lo mataron en la última guerra de los Estados Unidos del Norte! Pues bien, aquel amigo, que había asistido á la conquista de Argelia, era, como son casi todos los de su tierra, sobre modo pronto y sagaz en sus observaciones y conceptos.

En el año á que me referí había, como Ud. sabe, guerra civil entre nosotros, y estaba en este lugar parte de la gente que debía derribar á Melo, declarado Dictador, y la tropa de que hablo tenía banda de música.

Cierta tarde estábamos el Sr. Coleville y yo en la plaza mayor; los soldados hacían ejercicio; los músicos tocaban; los cabos mandaban, y nosotros oíamos. De repente, dicho señor sacó de la faltriquera un librito de memorias, tomó el lápiz y se puso á escribir rápidamente.

- ¿Qué hace Ud? le dije.
- Tomo notas de viaje.
- ¿Y qué escribe Ud. ahora?
- Pues escribo que Medellín es la ciudad que tiene la música más abominable de la creación.

Y me parece que era verdad.

Sin embargo, me atrevo á pensar que si aquel amigo oyera tocar hoy clarinete, violín, piano, flauta y otros instrumentos á los inspirados jóvenes miembros de la Sociedad musical de Santa Cecilia y á algunos señores más, no se atrevería á escribir lo que en aquel tiempo escribió, porque para mí tengo que esos caballeros, si no enteramente doctos en el arte, son notables en la armonía.

Siento verdaderamente tener oídos tan torpes á las impresiones filarmónicas, porque de no ser así, daría razón artística para fundar mi aseveración; pero lo cierto es que sin valorar notas, sin medir compases, sin conocer la diferencia de tonos, ininteligibles para mí como las lenguas orientales, tengo momentos, cuando escucho, en que la piel se me eriza como pellejo de gallina y se me excitan los nervios con indecible placer. La estética musical debe de tener dos faces: la una mental é íntima, que me falta; orgánica y material la otra, que me sobra.

Permítame Ud. que, para limitar la fuerza de lo dicho, le manifieste que si bien es cierto no tenemos maestros eminentes, en la grande acepción de la palabra, sí tenemos artistas que nos honran, y aprendices bien aprovechados. Además, me han dicho que estos señores italianos que vienen por acá á cantar óperas,

aseguran que al lado de poco adelanto general en el arte, hay felices disposiciones para cultivarlo y gusto natural para apreciar los tesoros de belleza que contiene.

Y ya que de ópera trato, le manifestaré que los individuos de la Compañía que actualmente trabaja en Medellín, están sacando pingües ganancias cada dos ó tres noches, cuando representan; y consiste eso, según me han dicho, en que el teatro se colma de damas, caballeros, gente de la clase llana y hasta de los limpiabotas que pululan por estas calles. Y sea también esta la ocasión de expresar que la vieja costumbre de mostrarnos en público, sin fórmulas de resto y cortesía, va desapareciendo á la carrera, pues el pueblo que asiste á festejos principia á revestir exquisitas formas de moderación y compostura, sin renunciar por ello á explosiones de entusiasmo que revelan inteligencia y pasión.

Ruego á Ud. que oiga y compare lo que voy á decir. Cuando en el año de 1834, merced al patriotismo de D. Pedro Uribe Restrepo, se abrió el modesto teatro que hoy tenemos, apareció para la primera función dramática un aviso de aquel señor, que decía: “Por motivo de los ingentes gustos que hemos tenido para la construcción de este edificio, suplicamos al respetable público no extrañe el aumento de precios de entrada á cada función, que nos vemos obligados á elevar, para indemnizarnos, á la suma de una peseta por persona”. Hoy por hoy, nadie puede entrar á oír cantar una ópera sin pagar tres duros, no teniendo en cuenta el palco, y, sin embargo, el edificio no es suficiente para contener á los que á él llegan. Y depende lo que acabo de apuntar, de que la mayor parte de los vecinos tienen señalada afición á los entretenimientos filarmónicos.

Yo no pretendo afirmar que la música se halle en esta ciudad en alto grado de perfección, ni mucho menos. De la instrumental algo he dicho; y de la vocal insinúo que, si no estoy engañando, el adelanto no es muy considerable. Los hombres cantan poco, y las mujeres en general se desempeñan bien; conozco cinco ó seis señoras y señoritas á quienes oímos frecuentemente con positivo placer. Se dice que carecen de escuela: sea; pero tienen tal gusto natural, modulan con tanta ternura, y alcanzan tanta delicadeza instintiva en la expresión, que por mi parte las admiro y las acato como si fuesen experimentadas artistas.

La tonada española, con acompañamiento de guitarra, va de huída, y si no me equivoco, pronto ha de llegar á extinción completa. Por lo que á mí toca, digo que Dios la lleve con bien, porque no tengo de extrañar su monotonía y enfadoso sonsonete. Respecto á la desaparición de las danzas antiguas y de las

canciones populares, no siento la misma cosa. Pluguiera á Dios el que conserváramos galerones y fandanguillos, vueltas y bambucos, bundes y boleros; porque, todo bien pensado, nuestras madres y nuestras hermanas, nuestras nodrizas y nuestras criadas, al mecer nuestras hamacas y cunas, las entonaban á placer, para adormecernos con ellas en la infancia y hacernos soñar con los angelitos del Cielo.

Esto que hemos dado en llamar literatura propiamente dicha, desgajándola del estudio general de las letras, y que, si se me permite, llamaré por mi parte, *prosa, novela y poesía*, se encuentra en esta ciudad, como la música, en germen; pero sí con elementos bastantes para poderse desenvolver con brillo en lo porvenir; y eso porque el carácter viril de estos paisanos míos y su inteligencia, que no es poca, dan asidero para pensar que así habrá de suceder corriendo el tiempo. El Sr. D. Manuel Pombo que no me desmentirá si afirmo que en el año de 1881, en plática que tuvimos en esa capital, me decía: "Antioquia literaria tendrá que distinguirse entre nosotros por el original vigor de sus escritores."

Como yo sé que las columnas de la Revista de Ud. no alcanzan para contener mucha parla de los colaboradores, no deseo ni quiero entrar aquí en detalles ni en críticas detenidas acerca de las personas que escriben entre nosotros. Reduzco, pues, mi juicio á conceptos generales.

En prosa se escribe de diversos modos; generalmente con descuido; pero en ciertos casos, ó, mejor dicho, por contados autores, con elegancia y brío. Por lo común, el fondo es sustancioso y práctico, en armonía con la índole positivista del pueblo aburrés, aunque abunde el provincialismo y se vea que no se paran mientes en los primores de elocución; mas se dan ejemplos de pureza y propiedad en el lenguaje, y de estilo notable por la concisión y enlace vigorosos de los períodos, ligado todo esto con uso discreto y hábil de las figuras de retórica. Lo primero no alcanza á cargo formal; pues sobre ser una de las cosas más difíciles el escribir prosa intachable, miro la desmaña en la forma como defecto de que se ven libres pocos de los que hablan el noble, rico, y, tal vez por la misma causa, engañoso idioma de Cervantes y de Bello.

Podría decirse que no hemos tenido hasta ahora escritores de grande aliento; pero hay en la lista algunos que han cultivado con provecho el campo de las costumbres, de la crítica, de la ciencia, de la filosofía y de la política. La *Historia de la Revolución de Colombia*, por D. José Manuel Restrepo, y algo más que pudiera citar, son pruebas estimables de capacidad literaria. Además, Ud. sabe que hay por acá y por allá,

jóvenes antioqueños, que han cultivado con esmero la lengua de Castilla. El adelanto vendrá, mediante Dios, para honra de las letras colombianas.

No ha llegado aún hora de vitalidad para la novela. Existen algunas muestras que no creo despreciables, porque en ellas dominan descripciones naturales bien conducidas, sentimiento profundo é interpretación acertada de las pasiones.

Al hablar de escritores, no puedo ni debo dejar de mencionar lo que á la poesía pertenece. Por desgracia, nuestro Parnaso es pobre aún, y las obras salidas del numen de nuestros bardos, no forman en la línea de las inmortales. No obstante, me atrevo á opinar que entre las muchas composiciones de corta extensión publicadas por cantores antioqueños, hay algunas en que se percibe alta inspiración y no escasa belleza. El *Poema del Maíz*, que Ud. conoce, tomando por base las singulares bellezas de nuestra zona tropical, vivirá mientras el antioqueño sea antioqueño y el colombiano colombiano. En efecto, yo considero que las humanidades en general, y muy especialmente la poesía, entre nosotros, no habrán de llegar á grande altura sino cuando sean genuinamente americanas. Salir de los caminos trillados con felicidad por poetas europeos, pero que no son propios en esta naturaleza colombiana, para ascender hasta la oda sublime y hasta nuestra epopeya continental, me parece el destino reservado á nuestros vates en no muy lejanos tiempos. Olmedo y Bello han principiado á probar esta tesis, de modo brillante; y entre los poetas de hoy, creo distinguir muchos, y en ellos, algunos de esta tierra, que liban á grandes sorbos las aguas puras de la fuente de Hipocrene, si Ud. me excusa el arcaísmo de la alusión. Lo verdadero, lo bello, lo útil y lo sublime, mucho tienen que esperar de los nobles esfuerzos que, por mostrarlos, se verifican actualmente.

La estatuaria y el grabado no me detendrán cosa; porque son pocos, y todavía no muy felices, los ensayos ejecutados hasta hoy en esta materia.

En cuanto al dibujo y la pintura no diré lo mismo; porque noto que en el asunto se adelanta con alguna rapidez, sin que por ello tenga yo la temeridad de manifestar que poseemos modelos de exquisito arte. Por allá en los primeros años que siguieron á nuestra emancipación, teníamos dibujantes y pintores que hacían mamarrachos, al estilo que aun se usa para embadurnar casas á la vera de los caminos, con tierra roja ó

amarilla, en que á lo más se veía sobre los dinteles de las puertas, la imagen de alguna virgen con su versito al pie, y copia de monos, perros, conejos y papagayos en las paredes.

Hoy tenemos algunos jóvenes que dibujan bien y otros que pintan al carbón ó al óleo con razonable perfección. Algunos de ellos, discípulos de D. Alberto Urdaneta, nos han venido de esa capital y manifiestan haber sacado provecho de las lecciones recibidas, y otros que sin haber salido de aquí, merced á esfuerzos de consagración y de ingenio, ejecutan obras de recomendable belleza. El impulso está dado, y hay que esperar con mucha confianza que al fin se llegue á resultado satisfactorio.

Permítame Ud. que, antes de entrar en el asunto de esta carta, reanude con ella la parte final de la anterior en lo que se trata de poetas.

He procurado ser económico en la mención de nombres propios, porque mi intento ha sido generalizar las reflexiones y concretar en cuanto me sea posible los asuntos que elucido, pero acaso no cumpliera mi deber, si no dijese algo de Epifanio Mejía, cuya alterada salud, por irremediable dolencia, es un mal para las letras colombianas.

Epifanio Mejía apareció entre nosotros como verdadero prodigio de espíritu poético; pero no bien hubo modulado sus primeros cantos, la locura, negra nube, apagó la antorcha que iluminaba los aposentos de aquel impresionable cerebro. El bardo guardó silencio, y Antioquia lleva luto por pérdida tan lamentable.

Confieso que hice mal cuando hablé de los carpinteros y de sus obras, pasando tan de prisa sobre el gran mérito de ellos y de ellas, porque, á la verdad, á muchas favorables reflexiones se prestarían; mas es el caso, que, embarazado por exceso de pormenores, contengo mi mano al escribir, porque me da miedo de causar fastidio.

Los maestros albañiles de esta ciudad tienen gran pericia para hacer sus obras; pero, por desgracia, los materiales de que disponen para ejecutarlas no corresponden á su reconocido ingenio. Sin embargo, el

resultado general de sus esfuerzos no deja de ser favorable á la fisonomía que tiene el conjunto de edificios de esta capital.

Entro á describirle minuciosamente el modo como aquí se edifica, para indicar luego la manera como viven vida de hogar los habitantes de esta ciudad; y lo hago con tanto más interés, cuanto que de mi ingenua relación podrá Ud. deducir algunas de nuestras costumbres privadas.

Sin contar otros, los materiales de construcción que emplean los albañiles se reducen á los siguientes: tierra, arena, gujarros, cascajo, cal, piedra de canto, piedra de talla, yeso, &c.

De la tierra se sirven nuestros oficiales de albañilería para la construcción de muros, que fabrican con bastante solidez. Estos muros descansan sobre cimientos hechos de pedernales y cascajo; cimientos que, según el sistema hoy acostumbrado, van en ocasiones á gran hondura, para asegurar la firmeza del piso puesta en relación con el peso que debe sostener.

Sobre el cimiento de piedra suelen algunas veces construir recinto de fábrica, y sobre ése arreglan el aparato de madera llamado tapial, que forma cajón de dos varas de largo, y es de anchura proporcionada al espesor que quiere darse á la pared; hecho lo cual, ponen la tierra, por capas que comprimen dos obreros por medio de piones de madera, hasta que queda bien compacta. Sobre una capa ponen otra y así continúan hasta llenar el cajón.

Después de dar una primera vuelta que circunscribe al edificio, ponen una segunda, y sobre ella una tercera, hasta elevarse á proporcionada altura, si la construcción ha de ser de dos ó más pisos, y menor si debe ser de uno solo; teniendo siempre cuidado de dejar aberturas para puertas y ventanas, dinteles y soleras, con el fin de poner á disposición del carpintero armador la hechura de la techumbre, como queda indicada en mi carta anterior.

Casi todos los edificios que tenemos han sido hechos con muros de esta especie; y partiendo de esa verdad, fácil es comprender que su elegancia no sea grande y que han de prestarse mal á obras subsiguientes de ornamento. Sin embargo, no dejan de ofrecer señaladas ventajas, sobre todo cuando se

trata de temblores de tierra, que sí no muy frecuentes en estas montañas, sí nos vienen en ocasiones de un modo aterrador. Es verdad bien reconocida entre arquitectos que las paredes de tierra pisada, por su elasticidad, soportan mejor que las de cal y canto y las de fábrica los trastornos sísmicos de nuestro planeta.

Entre los inconvenientes de las tapias, debo apuntar la facilidad con que se desploman cuando no descansan sobre terreno firme ó cuando no han sido bien comprimidas. Sin embargo, conviene saber que es muy raro el caso en que caigan del todo, y muy frecuente el que aguanten la ruina de las techumbres, cosa debida, en mi opinión, á que la tierra usada para hacerlas es de excelente calidad.

Aunque el aspecto de la ciudad sea uniforme y el de los edificios que la constituyen muy semejante, quiero, para dar idea exacta de la disposición que aquélla tiene, tomar término medio entre los mejores y los más humildes que componen el todo, para describirlos; y prefiero referirme á los de un solo piso, pues por regla general el segundo alto de los que lo tienen, con pocas variaciones, es repetición del primero.

La fachada de las casas, enlucida con cal, carece de adornos, á no ser en la obra de madera, porque puertas y ventanas son ejecutadas á veces con bastante esmero. La puerta de entrada ó portón es seguida por un zaguán que mide de 1 metro hasta 2 metros 25 centímetros de anchura, y cuya longitud varía igualmente de 4 á 5 metros.

En el zaguán dicho, á derecha ó á izquierda, existe una puerta que conduce á cuarto destinado para habitación del propietario durante el día, y en él, adecuado mueblaje. Ese cuarto suele tener al lado alcoba pequeña, y aun patio para la comodidad de quien lo habita, cuando la construcción es grande y el dueño rico.

En la extremidad inferior del zaguán hay un contraportón, destinado á dar seguridad al resto del domicilio y para punto de llamada cuando alguna persona quiera penetrar en el interior. Pasando de ese sitio, se llega á un corredor ó galería de las cuatro que ordinariamente circunscriben el patio, por regla general bien empedrado, con canales para recoger el agua que corre de los tejados y conducirla por medio de tubos de hoja de lata al desagadero común.

Una vez que se ha penetrado á la primera galería, se halla también, á derecha ó á izquierda, el salón de recibo, y á su continuación una pieza más pequeña, destinada á dormitorio, tocador ó cuarto de costura, según el gusto de la señora de la casa. Tal pieza, como el salón y el cuarto del zaguán, reciben la luz del día al través de ventanas que dan á la calle, ventanas que actualmente se hacen por el estilo de las que llaman *arrodilladas* en Bogotá.

A la pieza adyacente al salón, y formando línea recta con ella y por consiguiente ángulo recto con el primer tramo del edificio, siguen dos, tres ó cuatro alcobas más, para dormitorio de niños pequeños, señoritas, señora y jefe de la familia; pues para los varones hay cuartos de hechura análoga en la parte frontera. El claustro, ó sea el cuadrilátero del edificio, se completa con el comedor, con la repostería, y á veces, aunque no muchas, con un pasadizo que conexas el patio principal con el de la cocina. Esta, por lo común, es espaciosa, aseada y provista de excelente hogar y de bien fabricada chimenea.

En el patio de la cocina hay agua en abundancia y lavadero para la vajilla, departamento especial, baño que falta en pocas habitaciones. Más adelante, si la capacidad permite, pesebre, corral de aves, árboles frutales ó cultivo de flores, que tampoco faltan en el primer patio ó en los corredores de él, ya sea en tiestos, ya directamente en el suelo; porque la afición á este artículo de adorno y á producirlo en abundancia, es notable entre nosotros.

Como no he estado en España, no puedo decir hasta qué punto llegue la semejanza entre los edificios de las ciudades subalternas, de los pueblos y campos de la Península, comparados con los nuestros, para comprender los cambios que la traslación hiciera ejecutar á nuestros antepasados en su manera de vivir; cambios motivados, sin duda alguna, por el clima y por la diferencia de recursos de que podían disponer, para establecerse definitivamente en la tierra conquistada. Me atrevo, sin embargo, á pensar que el estilo de nuestras habitaciones nos viene de allá, y si me fuere permitido ir más adelante, estoy tentado á sospechar que ello es genial de la raza latina, pues casas he visto, de las descubiertas en Herculano y Pompeya, cuya distribución se me parece mucho á la que se ha dado en la América española á las que en ella se usan.

Cuando los muros de tierra pisada se han enjutado bien, las tapias dejan entre sí algunos vacíos, que los albañiles colman con pedazos de teja y con pedrezuelas ó fragmentos de madera bien colocados; verificado lo cual cubren todos los muros, con dos capas bien alisadas, de una grosera preparación que componen con estiércol de caballo pulverizado y amasado con tierra amarilla, que llaman de *boñiga*, operación que también ejecutan para los cielos rasos antes de blanquear unos y otros.

En columnas de templos, altares y otras partes más, van los arquitectos hasta imitar imperfectamente los verdaderos estucos; pero hablando en verdad, el estuco modelo, el que refleja la luz como si fuese la superficie pulida de un espejo, está por nacer entre nosotros.

La descripción de los últimos edificios que tanto ponderé á Ud. en una de mis cartas anteriores, la excluyo de ésta, porque sería prolijo efectuarla y además fastidioso y cansado.

En las casas particulares el suelo está embaldosado con ladrillos cuadrados y bastante resistentes, pero que fastidian por la cantidad de polvo que se desprende de ellos al andar y al barrer. Este uso tradicional se cambia hoy por entablados de madera, mucho más aceptables.

Las paredes de las diferentes piezas, enlucidas antes con agua de cal, se cubren hoy con papel de colgadura, y aunque esta útil reforma, así como la de entablar, no esté generalmente adoptada, se nota mucha tendencia á que predomine.

Sobre el tipo medio que he tomado para mi descripción, hay construcciones muy superiores á las citadas, por el mayor lujo que ostentan; pero también las hay muy inferiores, hasta pasar por humildes casuchas, estrechas tiendas y hasta miserables tugurios, escasos por fortuna, en que habita la gente menesterosa y aun los mendigos, con los inconvenientes propios á tan reducidos sitios.

La cal, aunque de calidad no muy buena, da cemento resistente y contribuye mucho á la solidez de la obra. Los ladrillo son, por lo general, broncos y se adaptan mal á la justa posición de uno sobre otro, y como la argamasa con que los unen sea bastante grosera, resulta que las juntas dejan una línea ancha de

desagradable aspecto, á no ser que los alarifes trabajen con el palustre penosa y lentamente, para alisar las caras del material y se esmeren en lavar y cerner la arena por medio de zaranda.

Los tejeros y arquitectos se cuidan poco de hacer preparar en los tejares ladrillos más perfectos y con molduras propias para facilitar las construcciones, especialmente cuando se trata de elevar columnas, de disponer fachadas, ó de labrar cornisas elegantes, pues bien se deja ver que trabajando á mano sobre tierra cocida, el tiempo de la tarea crece, y con él el costo impendido en la construcción.

Si por acá tuviéramos gres esponjoso, poroso ó compacto, como en cantidad tan grande abunda en Bogotá, las casas serían mejores, los canteros más hábiles, y los edificios más baratos; pero desgraciadamente los depósitos de esa roca quedan distantes y los caminos que á ellos conducen son generalmente malos.

Para compensar el inconveniente apuntado, hay en las cercanías de la ciudad dos clases de piedra de construcción: el óxido hidratado de hierro, que por acá llaman *piedra de cantería*, y una roca de color azul, fibrosa y relativamente blanda que, si no me equivoco, es un verdadero *esquistos* talcoso. Ambas fueron usadas en tiempo de la colonia para fabricar templos y pretilas, á lo menos en parte, y ambas son empleadas hoy con el mismo objeto; pero como la primera es muy quebradiza, y la segunda, aunque más blanda y fibrosa es difícil de tallar, resulta que, yá preparadas, unas y otras son excesivamente caras y están en desacuerdo con los todavía no muy abundantes recursos de la población. Por otra parte, como esta clase de materiales no ha sido entre nosotros de uso común, los obreros ignoran casi por completo el medio de cortarlos y variar sus formas con economía. Lástima de ver en reducidos obradores de picapedreros, el trabajo ímprobo á que se entregan para conseguir lapidar un fragmento, siquiera sea de medianas dimensiones, cuyo precio asciende de ordinario á cinco, diez, y hasta treinta pesos, sobre todo cuando, por haber visto ejecutar la operación con instrumentos adecuados en países extranjeros, se viene en conocimiento de lo provechoso que sería mejorar tan útil industria en la nación.

Tiene también Medellín, en sus alrededores, sienita porfidítica y granitoide, y no á mucha distancia granito puro y pórfido fino; pero se comprende que si las antedichas rocas, á pesar de ser de poca

resistencia, no son económicas y fácilmente beneficiables, mucho menos lo serán las últimamente citadas, por motivo de su bien reconocida dureza.

Materiales de construcción, de mejor calidad que los indicados, no se usan todavía, y no porque no los haya en el Departamento, sino porque el subido precio á que podrían obtenerse los hace de imposible ó por lo menos dispendiosa aplicación. El hierro, de tan brillante porvenir arquitectónico, no lo vemos sino en algunas barandas de escalera, en rejas de ventanas y en verjas de jardines ó paseos públicos. El mármol tallado para losas sepulcrales, para mesas, para escaleras ó para estatuas, es sumamente raro é introducido apenas como costoso lujo por ricos capitalistas. No pudiera decirse igual cosa relativamente á los artefactos de porcelana y de cristal, pues, por gravosa que sea su adquisición, abundan mucho. El granito, el pórfido de hierro y el mármol, en sus diferentes variedades, son elementos indispensables para elevar dignamente cualquier ciudad que aspire á ser monumental.

Ahora bien: ruego á Ud. que me permita salir un tanto de lo presente, para entrar un poco en lo porvenir.

Tiene el Departamento de Antioquia inagotables canteras de mármol ordinario en Amalfi, La Clara y otros parajes. Ese mármol se presta bien á dos aplicaciones: primera, la extracción de cal hidráulica, y segunda, corte de piedras de construcción. Hay también mármol de los valles de Pocuné, Samaná del Norte, Río-Claro é Iglesia, y eso en depósitos que miden crecido número de leguas cuadradas y en algunos de ellos, como el que existe entre el pueblo de Nare y el sitio de Remolino, á lo largo de aquel río, la aglomeración se ofrece de modo sorprendente. Aquellas caudalosas aguas corren por encima de enormes masas marmóreas, y cuando el viajero que las navega, pasada reciente avenida, se fija con atención descubre montones serpeados por venas rojas, blancas ó amarillas sobre fondo negro, blanco ó gris, ó enormes masas negras como tinta, blancas como alabastro o de colores diferentes, todas ellas propias para la estatuaria ó para el suntuoso decorado de templos, palacios ó edificios públicos.

En la época presente no hay en la República ni explotadores de esa riqueza, ni canteros que amolden artísticamente los materiales que produce, ni urgentes necesidades sociales que reclamen su empleo, ni caudales bastantes para gastar tanto lujo; pero día llegará en que, ó Colombia deje de ser, ó sea más

ostentosa que lo han sido muchos puntos del globo, porque habrá obreros para beneficiar éste como otros tantos productos naturales de inestimable precio, con que Dios ha dotado á estas regiones.

La distancia que hoy nos separa de esos recursos se dominará con el tiempo, y entonces vendrá el turno de sumo boato y brillo para todas estas comarcas americanas. Los atenienses tenían que llevar de Paros, de África y de lejanos puntos los mármoles para sus estatuas y sus templos; Roma tenía que buscarlos en Luca y en Carrara, y así muchas ciudades que nos poseían en sus alrededores. Igual cosa podrá suceder á Bogotá, á Medellín y á otros tantos lugares de Colombia, con el transcurso de los años.

Los géneros de alimentación fueron siempre escasos y caros en tiempo de la colonia, y continuaron siéndolo en los años que siguieron inmediatamente á nuestra emancipación. Hoy, aunque excesivamente costosos, son abundantes, y si no muy variados, de muy buena calidad.

Antes se comía poca carne; hoy todos la comen en mayor ó menor cantidad; pero la base nutrición para los pobres se saca del maíz, de los frijoles, de las yucas, de las arracachas, de las frutas y de los productos de las aves de corral.

Los hombres de posibles se regalan un poco más, y agregan á sus manjares preparaciones esmeradas de huevos, arroz, carnes, ensalada, conservas, y algunas veces vino y cerveza, en tanto que los ricos van hasta el refinamiento; mas como ellos sean los menos, resulta que puede establecerse como verdadera tesis que el comer y el beber de los medellinenses es sobrio y frugal.

En el hogar reina espíritu de economía, que viene en mi sentir como herencia de la índole de nuestros antepasados y de la cruda lucha que tuvieron que sostener viviendo en un territorio rico de minas, pero escaso de tierra vegetal; porque con tales condiciones, la explotación de metales, como de más pronto resultado, imperaba sobre las labores agrícolas. A esa parsimonia en los gastos, creo que se debe el buen gobierno del hogar y el gradual crecimiento de la riqueza pública y privada; porque el ahorro bien entendido y sabiamente practicado es base sobre la cual se elevan los caudales.

En los tiempos anteriores, las horas destinadas á la alimentación estaban señaladas como sigue: al dejar la cama para emprender trabajos, desayuno; á las nueve de la mañana, almuerzo; entre las once y doce, una cosa que llaman *algo*; á una, la comida; á la oración, la merienda, y antes de ir á la cama, entre las ocho y las nueve, la cena. Esas costumbres vienen modificándose al presente. El desayuno queda como antes; el almuerzo, entre las diez y las once la mañana; la comida, de cuatro a cinco de la tarde, y la cena, abolida, excepto por unas pocas personas.

Tal vez sería bueno que yo me detuviera á tratar en este lugar de las ceremonias que se usan en bautismos, casamientos, entierros, banquetes, festividades, y muchos asuntos más; pero discurro que si tál hiciese, no acabara, y que si bien la etnografía ganaba algo, corriera yo peligro de enfadar á Ud. con ridículos pormenores.

El peón jornalero gana unos 70 centavos; el oficial, de \$1-40 á \$ 2; un maestro director de obra, de \$2-50 á \$ 3, y los empresarios reciben como remuneración sumas condicionales. Se puede calcular que el valor de la obra de mano ha triplicado del año de 1860 al en que hoy estamos.

Hablaré á Ud. en esta carta de un punto que considero importante sobre todos los otros que he tratado hasta hoy: instrucción y educación públicas, tales como se hallan en esta ciudad; y al verificarlo, le suplico encarecidamente se fije con atención en lo pasado y en lo presente que se refieren á ese asunto, para que vaticine lo que se nos espera en lo porvenir, que, si no estoy equivocado, auguro será en alto grado satisfactorio para colmar dichosamente nuestras patrióticas aspiraciones.

Aunque no quisiera salir del cuadro que Ud. me trazó y yo acepté al tiempo de escribir estas cartas, le ruego me tolere si retrocedo en mis narraciones á un tiempo yá lejano, par poder dar relieve á mi relato y provocar en su entendimiento comparación de hechos, de los cuales se deduzca juicio favorable al giro presente de la civilización colombiana; porque lo que yo dijere de esta ciudad, puede aplicarse, sin violentar el razonamiento, á otras muchas de la República.

En el año de 1680, por Abril, Pedro de Castro compareció ante el muy Ilustre Cabildo, Justicia y Regimiento, pidiendo permiso para que se le dejara establecer escuela de primera letras en esta Villa de Nuestra Señora de la Candelaria.

Solicitó dicho señor, en el memorial aludido, el que se le permitiera cobrar seis tomines de oro en polvo de buena calidad, por cada discípulo de lectura; un peso por cada niño á quien enseñara á escribir, y otro por cada alumno á quien inculcara las cuatro primeras reglas de aritmética. Rogó, además, el que se le concediesen preeminencias en el alto ejercicio de sus funciones de maestro, y todo ello con muestras de gran celo por sus merecimientos como pedagogo.

La Municipalidad miró con agrado la solicitud, y dio la licencia requerida, sin otra modificación que la de reducir á un peso la cuota mensual de honorarios por cada discípulo. Y si se considera la escasa población de la Villa en aquella época. Creo que tengo razón para suponer que los educandos que estaban bajo aquel primitivo director, no debieron de pasar en número de 30.

En el siglo transcurrido de 1680 á 1780 hubo escuela en Medellín, con diversas interrupciones, porque á veces faltaba maestro, y otros alumnos; y lo dicho es tan cierto que en los albores de nuestra revolución de Independencia estábamos en posesión de un solo plantel público para el aprendizaje de las primeras letras.

Una que otra madre, y acaso uno que otro padre de familia, enseñaban en el hogar doméstico á sus hijos y á sus hijas el silabeo, y deletreo de la cartilla, operación que, de cuándo en cuándo, llegaba hasta la imperfecta lectura de algunos libros de devoción, quedando á los Curas, á los Escribanos, al Alférez Real, al Procurador, á los Concejales y al Sr. Capitán General de la Provincia, el privilegio de leer y escribir correctamente, acaso porque tal habilidad la habían importado de la Península, de donde la mayor parte de ellos eran oriundos.

Uno que otro párroco recibía bajo su amparo algún jovenzuelo a quien se quería hacer entrar por el camino de la Iglesia, y le enseñaba un poquito de latín, otro de cánones y algo de teología, por el padre Pacho.

Los padres pudientes mandaban, con alguna frecuencia, uno ó más de sus hijos al Colegio de Popayán, en donde las letras fueron cultivadas con algún provecho desde tiempo muy anterior; ó bien al Colegio de San Bartolomé, al del Rosario, al de Santo Tomás ó á algunos de los conventos de frailes establecidos de antemano, para recibir en ellos la educación que, en aquel entonces, podía proporcionarse escasamente á los colonos. Esta última circunstancia demuestra claramente el porqué al lado de algunos Presbíteros ordenados en Popayán ó Santa Fe, hubo tantos doctores teólogos en el curso del siglo XVIII y aun algunos que llegaron á las más altas dignidades de la Iglesia.

A fines del siglo pasado vino de la Capital del Virreinato, comisionado para fundar convento de la Orden Seráfica, el padre Rafael de la Serna, quien, efectivamente, previa licencia real, principió á poner los cimientos del edificio con grande actividad y no poca energía, á pesar de la oposición que algunos de sus hermanos de la Provincia de Santa Fe le hicieron con tenacidad.

Cuando sonó el trueno gordo que anunciaba nuestra emancipación de la Metrópoli, el Convento, aunque no terminado, iba tan adelante, que estaba casi á punto de recibir copiosa congregación de frailes; pero comoquiera que la gresca revolucionaria de entonces privaba sobre todo otro asunto, los efectos esperados quedaron nugatorios, y el movimiento educador en quietud completa hasta el año de 14, en que el viento de la guerra trajo por estos lados al esclarecido sabio D. Francisco J. De Caldas. Él, los Dres. José Manuel y Félix de Restrepo y D. Miguel Uribe dieron vida y aliento al deseo de difundir las luces en estas montañas; el primero como Catedrático de matemáticas aplicadas á la ingeniería; D. Félix como Profesor de Física; D. Miguel Uribe como Maestro de Filosofía y D. José Manuel como escritor público, cuyos primeros ensayos geográficos brillan aún como modelo de ciencia y de exactitud. Fue entonces cuando presenciaron gozosos, por primera vez, los vecinos de esta ciudad, exámenes y certámenes públicos.

Empero, esa dichosa muestra de adelanto, fue fugaz como la luz de una estrella, porque desde el año de 1815 al de 1816, yá D. Pablo Morillo, el Pacificador, mandaba sobre Antioquia al Coronel Warleta, quien llenó de espanto á los pobres habitantes de una comarca que, en asuntos bélicos, carecían de toda noción, y para los cuales el fusil, la pólvora, las cornetas y los clarines, gozaban de tan aterrador prestigio, que todos fueron fácilmente sometidos a la autoridad del invasor.

Caldas huyó con el fin de hurtar el cuerpo á sus perseguidores, y la suerte que le cupo, Ud. la conoce tanto como yo. Pero es tal, señor mío, la influencia del genio sobre la humanidad, que el reguero de luz que despedía á su paso aquel hombre inmortal, penetró en brevísimo tiempo al entendimiento de algunos jóvenes que llegaron á ser después honra de Colombia la Grande; Alejandro Vélez, Vicente Uribe, Juan María Gómez y algunos otros, prueban mi aserción.

El año de 1821, el Congreso nacional, reunido en Cúcuta, expidió una ley por la cual se dispuso la supresión de los conventos menores que no pudiesen tener en claustro más de ocho religiosos; y como el convento de San Francisco de Medellín, se hallase en tal caso, de hecho quedó suprimido, y en cumplimiento de aquélla disposición el Vicepresidente de la República, General Francisco de P. Santander, ordenó que el edificio mencionado se destinase á la enseñanza de la juventud, con el nombre de Colegio Académico de Antioquia. Así se hizo, y fueron primeros oficiales del Establecimiento los Dres. José María Uribe, Rector; Estanislao Gómez, Pasante; Francisco Antonio Obregón, Vicerrector y Profesor de Filosofía, y D. José Ignacio Escobar, Catedrático de lengua latina. Siguieron á los primeros, Galavís, Gómez, Ospino, Hoyos, Villa, Lince, Zuleta, Retrepo, Escobar, de Hoyos, Berrío, Campuzano, Restrepo Euse, Escobar R., Vélez, Carvalho y acaso algunos más que olvido.

Es preciso tener en cuenta que los períodos de guerra civil han interrumpido por más ó menos tiempo las tareas escolares, por manera que, desde 1834 hasta 1860, ha habido lamentables vacíos en el cultivo de las letras, con gran perjuicio para el aumento de civilización, tanto de esta tierra como de la República en general.

No obstante eso, como en la materia, dado el impulso, el avance sea incontenible, sucedió que no sólo el estudio de lo que entonces se llamaba Filosofía y Facultad mayor de Jurisprudencia se hiciera en el Colegio Académico, sino también, que escuelas elementales se fundaran inmediatamente en todas las parroquias, como se apellidaba entonces á lo que ahora se llama distritos.

Los métodos de enseñanza usados antes eran pobre legado de tradiciones españolas; pero hubo de repente grande interés por adquirir ciencia, circunstancia que fue avigorada por el cambio del sistema seguido en las viejas escuelas, por el método Lancasteriano, á todas luces muy superior éste último al

primero, aunque, si no me engaño, inferior al de Prestalozzi, introducido más tarde por maestros alemanes, durante la administración del Dr. Pedro J. Berrío, y continuado hasta hoy, con algunas modificaciones que los pedagogos consideran útiles, De todas maneras, la enseñanza, en parte objetiva, que en la actualidad se acostumbra, me parece muy ventajosa para la formación intelectual de los niños; pero como no me considero capaz de razonar á fondo y con acierto en tan escabroso asunto, y como además, el hacerlo me obligaría á salir del giro y extensión que debo dar á mis cartas, me abstengo de reflexiones y vuelvo á mi narración anterior.

A medida que iban pasando años, el número de escolares aumentaba en proporción, de modo que yá desde 1850 á 1860, aunque no muy crecido el personal de estudiantes, era de bastante consideración; si bien no tánto que pasara de la quinta parte de los que hoy se instruyen y se educan.

Las diferentes ramas de artes y de ciencias que han venido cultivándose en nuestros planteles han aumentado el guarismo de modo tal que, sobre enfadosa, sería larga la lista de todo lo que hoy se enseña, por lo cual me guardaré bien de hacerla, pues no trato de estadística, sino de dar noticias generales sobre el asunto. Bate saber que la tarea referente al aprendizaje de esas materias, versa aquí, como allá y como en otras partes, sobre unos mismos puntos.

El año de 1837 vino de Europa, pedido por el Gobierno, un Profesor de Química, que también lo era de Geología y de Mineralogía, y que si bien no formó grandes maestros, si dejó algunos discípulos aprovechados que, por lo menos, contribuyeron á vulgarizar el lenguaje técnico en aquellas materias.

Un poco después vino un profesor español, que también educó jóvenes de provecho en asuntos de Química; y luego un joven colombiano que continuó la misma tarea con lucimiento; y tan útil ha sido esa enseñanza, que á continuación varios antioqueños han podido seguirla con mayores ó menores ventajas, pero siempre con reconocida utilidad. Hoy la Escuela de Minas tiene un profesor de Química, que dicen ser de gran competencia, y la Universidad un hábil catedrático para lo mismo, si bien es cierto que los laboratorios de que disponen para la enseñanza no son bastante ricos, lo que igualmente acontece con los destinados á demostraciones de Física experimental.

El estudio de las matemáticas se hace bastante bien en la Universidad y en los Colegios; y en ese ramo afirmo que tenemos personas eminentes. Lo que adquiere todavía más importancia, con el hecho de que muchos jóvenes antioqueños se han formado como ingenieros en escuelas norteamericanas, de Francia y de Alemania, hasta el estado de poseer conocimientos bastantes para servir al Departamento con honra para ellos y provecho de él.

He creído notar que el espíritu eminentemente práctico de estos nuestros compatriotas, les da suprema habilidad para adquirir con rapidez muchas nociones exactas, pues da gusto ver en exámenes y certámenes la rara destreza mental con que perciben el fondo de un embrollado problema, ó de un teorema difícil, y el desenfado con que resuelven altas ecuaciones de álgebra o cuestiones de toda especie de cálculo. Tal vez no sean tan hábiles para razonar en el vasto campo de las sutilezas ideológicas y metafísicas, bien que no falten entre nosotros sujetos que se distinguen en lo que atañe á la más pura filosofía.

El Colegio Académico de Antioquia asumió carácter Universitario durante la administración del Dr. Berrío, y así continúa hasta hoy; por manera que ella nos da jurisperitos y médicos; entre los primeros algunos muy notables, y entre los segundos otros muy expertos; protectores aquéllos de la justicia y del derecho; favorecedores éstos de la salud y de la vida. Noto, sin embargo, que en esta última tarea, además de los ya formados, se anuncian otros que habrán de ser muy aptos para alivio de la humanidad.

Todos los jóvenes que se instruyen y educan en Medellín, cuentan con institutos regulares para ejecutar en ellos sus trabajos; y como desde mis últimas cartas vengo describiendo á Ud. los edificios más importantes de la población, continúo en mi propósito, si bien á grandes rasgos para economizar tiempo.

El edificio llamado *la Universidad* es bueno, no sólo para esta tierra sino para ciudades más importantes. Su construcción es sólida, el aire circula en él con libertad, la luz lo esclarece, los salones son amplios, los claustros adecuados á su empleo, las piezas para aulas suficientemente grandes, los muebles decentes, en el patio principal hay lindo jardín, y el todo, aseado y simpático, satisface á las aspiraciones del gusto y á las necesidades de su destino.

El Colegio de San Ignacio está en el viejo claustro destinado á los frailes franciscanos y de su aspecto se forma una idea cabal cuando ha visto un Convento levantado por españoles en la Península ó en las ciudades que se fundaron en América. Ese Colegio, aunque no bello, me parece cómodo.

La Escuela de Minas funciona en una humilde casa, que yo haría muy buena, si para ello tuviera poder; pues considero ese Establecimiento como uno de los que más prometen, no sólo á la prosperidad de este Departamento sino también al desarrollo de la industria y por tanto de la riqueza colombiana.

Los Hermanos Cristianos, que actúan como educadores de gran número de párvulos, aumentan el edificio que hoy les sirve, con el fin de darle gran capacidad, para que corresponda á las necesidades de la enseñanza que ejercitan en alta escala.

El Seminario, en que se educan varios jóvenes, entre los cuales van algunos por el camino que conduce al sacerdocio, es una excelente casa, de condiciones recomendables, y el Colegio de las Hermanas, lo es igualmente. Las Escuelas Normales y Superiores, así como también las Elementales, unas más y otras menos, tienen locales apropiados á su objeto.

He tomado de documentos oficiales, datos que, si no de rigurosa exactitud matemática, si me parecen ajustados á la más estricta aproximación, para poder señalar en esta carta el número total de educandos de uno y otro sexo, y de los Profesores que los dirijen; advirtiéndole que al hacerlo no me refiero únicamente á los existentes en la ciudad de Medellín y sus barrios, sino también á los que hay en toda la parte comprendida en el óvalo de que hablé en mi primera carta; es decir, agregando á este distrito los de Envigado, Estrella é Itagüí, Hay pues 2,823 alumnos varones y 2,270 niñas, lo que forma un total de 5,093, guiados en sus tareas por 137 profesores, sin que me parezca necesario indicar que de los últimos, algunos desempeñan dos, tres y hasta cuatro cátedras en uno mismo ó en diferentes establecimientos.

Creo no equivocarme si pienso ó afirmo que en pocos, ó talvez en ninguno de los pueblos de la América española, hay tantos estudiantes como en esta parte, si se atiende á la población de ella; pero no por eso se debe deducir que yo esté satisfecho de tan favorable circunstancia, porque desearía que el número triplicara ó cuadruplicara para bien de las generaciones subsiguientes.

Me he tomado la libertad de tratar en esta carta de instrucción y educación, como de dos cosas distintas en su verdadero sentido, por que tengo para mí, que aunque íntimamente conexas, solidarias si así puede decirse, y medidas en parte una en otra, no dejan de ofrecer en su conjunto, diferencias esenciales.

Por la instrucción se llega al conocimiento de principios, de teorías, de sistemas, de reglas y de doctrinas tanto en las ciencias como en las artes; y por la educación se adquieren nociones generales sobre las últimas; perfección de costumbres, buenos hábitos, dominio sobre las pasiones, uso de buenas maneras, régimen y exacta disciplina en asuntos sociales, práctica de virtudes, acatamiento recíproco y razonado de libertad individual, respeto por el derecho ajeno y celo por el derecho propio, veneración á lo justo y sujeción al deber.

La instrucción crea y enaltece la industria, anima el ejercicio de las profesiones, aumenta la riqueza pública, y á veces, cuando el ingenio interviene, preside á fecundos inventos que conducen á cambiar la faz de las naciones. La educación auxilia esa obra; pero, más humilde y más benévola, hace á la sociedad entera el beneficio que un buen padre hace en el hogar doméstico. A ella se deberá siempre el bienestar civil de los pueblos.

La instrucción no se concibe sin la educación, pero ésta última puede ser independiente de la primera. En vano podrá ser un hombre importante y respetable, por más instruído que sea, si á esa cualidad no une correcta educación. Conocemos muchos sabios que en vez de servir provechosamente á la sociedad, la dañan en ocasiones, y todo porque no son bien educados. Nunca hemos visto un hombre en el goce perfecto de una buena educación, que no haya sido bien amigo, buen esposo y buen ciudadano.

Las sociedades llegarán á tener muchos sabios, pero siempre en minoría. La aspiración más benéfica de la humanidad debe ser, en mi humilde opinión, alcanzar á tener pueblos bien educados. Pero dejando á un lado estas reflexiones abstrusas, quiero concluir esta carta con dos preguntas y dos respuestas. ¿Cuando la sociedad cuente con hombres doctos y con muchedumbres penetradas de perfecta educación, será completamente feliz? Probablemente nó; porque el padecimiento moral es patrimonio del espíritu, y porque el

dolor es atributo de la carne; pero si será infinitamente menos desgraciada de lo que hoy es, porque la verdadera civilización, la civilización moral, la verdaderamente cristiana, que penetra en el pueblo y en el hogar, pondrá coto al crimen, suavizará las costumbres, hará más hermanos á los hombres, estimulará las buenas acciones, elevará la tolerancia, y, porque, en fin, con la educación, como debe entenderse, las prisiones serán más pequeñas, los asilos de beneficencia más grandes y el Código Penal muchísimo más corto.

¿Será que este pensamiento mío procede de algún desequilibrio en mi sistema? Bien puede ser; pero en todo caso yo digo con el poeta:

“Más vale soñar virtudes
Que ver y llorar delitos.”

Dios guarde á Ud.

Manuel Uribe A.

La descripción de Medellín queda incompleta, porque lo angustiado del tiempo ha impedido terminar la impresión de ella,

El Director de la Imprenta,

ALEJANDRO HERNÁNDEZ Y M.